



DEMASIADO FRÁGILES

ROBERTO RABI

Cuento



Editorial Forja

DEMASIADO FRÁGILES

ROBERTO RABI

**DEMASIADO
FRÁGILES**
ROBERTO RABI

Cuento



DEMASIADO FRÁGILES

Autor: Roberto Rabi

Editorial Forja
General Bari N° 234, Providencia, Santiago de Chile.
Fonos: 56 -2—24153230, 56 -224153208.

www.editorialforja.cl

info@editorialforja.cl

Primera edición electrónica: noviembre de 2019.

Edición electrónica: Sergio Cruz

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Registro de Propiedad Intelectual: N° 307246

ISBN: N° 978-956-338-450-5

eISBN: N° 9789563384581

Dedicado a Marcela Moreno Contreras,
mi amor.

UN ENCUENTRO CON LA 99

- ¡Oh, Max!, ¡qué terrible!*
—*Él se lo merecía, 99. Era un asesino de KAOS.*
—*A veces me pregunto si nosotros somos mucho mejores, Max.*
—*¿Qué estás diciendo, 99? Nosotros tenemos que disparar, matar y destruir porque representamos todo lo que es sano y bueno en el mundo.*

Algún capítulo del *Súper Agente 86*,
entre 1965 y 1970.

Una luminosa mañana de otoño, en el paseo peatonal cerca de la oficina, Pancho vio a la Agente 99. Lucía tal cual como en la serie, con impermeable y su inconfundible flequillo. Hermosa. No se lo comentó a nadie; le pareció una cuestión trivial. Además, sus compañeros de trabajo eran mucho más jóvenes que él y probablemente ni siquiera sabrían de qué les estaba hablando. Pero verla mejoró inexplicablemente su día.

La segunda vez la situación fue sorprendente y algo incómoda. Caminaba por el mismo paseo peatonal con su mujer, Marcia, en dirección al centro médico, un sábado en la mañana, y entonces divisó a unos metros a un lustrabotas desocupado. Le dijo a Marcia que se lustraría los zapatos, aún tenían bastante tiempo antes de la cita con el doctor. Ella lo esperó mirando las revistas de farándula en un quiosco, a un par de metros. El lustrador le entregó un ejemplar de *La Cuarta*, sucio y doblado. Pancho lo abrió, pasó un par de páginas y al ver algunas mujeres con poca ropa, lo volvió a doblar y lo dejó sobre los muslos. Comenzó a revisar el celular. En algún momento levantó la mirada y ahí estaba nuevamente ante sus ojos, casi al lado de su esposa, con un chaquetón a cuadros hasta las rodillas y una boina de la misma tela. Su elegancia rompía la tosquedad del entorno, su sonrisa podría haber mejorado al más grave de los enfermos. En un instante se miraron directo a los ojos y ella amplió esa maravillosa risa de labios juntos y entornó los ojos. Pancho pensó que el corazón se le iba a salir del pecho mientras la 99 caminaba con una gracia insuperable hacia un destino desconocido. Pasó por su lado, luego dobló a la izquierda, e inevitablemente la perdió de vista. Cuando él giró de manera sutil el cuello para no acosarla con la mirada, ya no estaba. Pancho se movió de un lado a otro y al constatar que se había hecho humo, miró al muchacho que tenía al frente, él agitaba furiosamente un trapo sucio sobre sus zapatos viejos, que ahora estaban relucientes. Acto seguido llamó a Marcia.

- ¿La viste?* —le preguntó con entusiasmo.
—*¿A quién?*

—A la mujer de la boina, era idéntica a la 99. ¿Te acuerdas de la 99? ¿Del Súper Agente 86?

—No, no he visto a nadie con una boina —contestó lacónicamente Marcia mientras revisaba con la mirada el lugar, o al menos simulaba hacerlo—. ¿A quién dices que se parecía?

—A la Agente 99, de *Maxwell Smart*. No recuerdo cómo se llamaba la actriz, pero era bien guapa. La mujer de la boina era realmente idéntica. Y estaba vestida igual. A lo mejor van a filmar algún comercial. Me parece que hace unos días también andaba por acá.

—¡Ah! Una serie *vieeeeja*. Era chistosa, creo.

—Sí, *poh*, y ella se veía igualita a como aparecía en la serie. No sé cómo estará ahora. Vieja, sin duda.

Marcia miró su reloj mientras el lustrador se echaba hacia atrás, insinuando que su faena había terminado. Pancho juntó las monedas de cien pesos y se las entregó. El muchacho las recibió con las manos inmundas y las arrojó a una cajita al lado del lustrín, causando un sonido estridente al golpear con el resto de sus ganancias. Luego Pancho se puso de pie y caminó de la mano de su mujer hacia el Centro Médico, conversando sobre series de los sesenta y setenta, de las cuales apenas recordaban algún nombre o personaje. Producciones que vieron en distintos tipos de televisores, los primeros gigantes engendros a tubos. Algunas de aquellas historias pudieron asociarlas a vivencias importantes de su juventud.

Pancho cambió la ruta al trabajo, agregando un par de cuadras al recorrido, para caminar por el paseo peatonal en que había visto dos veces a la mujer, con la esperanza de divisarla de nuevo. Revisando en Google recordó que el nombre de la actriz era Barbara Feldon y constató que aún estaba viva. De seguro ahora estaba hecha una tierna ancianita que nada tenía que ver con esa belleza clásica que derrochaba en la serie. Por entonces era una mezcla de mujer sexy —una *femme fatale*— con una chica ingenua que pedía a gritos la protección de un macho alfa de la época. Y *Maxwell Smart*, el Súper Agente 86, era cualquier cosa menos un macho alfa. Esto llevó a muchos a envidiar la suerte del monigote estúpido a quien la 99 le rendía pleitesía.

Pasaron unos días y no la vio. Días en que olvidó varios de sus deberes fundamentales en el trabajo. Álvaro Larredonda, su jefe directo, lo llamó una tarde a la oficina y le hizo ver la gravedad de los olvidos, de los cuales Pancho parecía no tener cabal conciencia. Sin embargo, se hizo cargo y propuso ciertas fórmulas de registro y calendarización para evitar más inconvenientes, asumiendo implícitamente que tenía problemas. La honestidad de Pancho le agradó a Larredonda, quien lo invitó a un café y terminaron hablando de política, del clima; de cualquier cosa. Y de la 99.

—¿Se acuerda de la 99, jefe?

—¿La de *Get Smart*?

—Ehh.

—El Súper Agente 86 —dijo el jefe—, la serie vieja de la que hicieron un *remake* hace unos años. La actriz era, mijita rica, Anne Hathaway.

—No, se llamaba Bárbara algo —lo corrigió Pancho, sin entender que el jefe se refería a la nueva intérprete—, la cosa es que he visto a una mujer igual en la calle, varias veces. Es igual de linda.

—Que no lo escuche su mujer, estimado. Son celosas hasta de la tele.

Cuando Pancho llegó a su casa quiso darse un baño de tina. Abrió la llave, moderó la temperatura, debía estar bien caliente, hacía frío y se helaría pronto una vez llena. Caminó unos

metros al dormitorio, se sacó los zapatos y los calcetines. Marcia se acercó y le dijo que tenían que hablar seriamente. Había consultado los resultados de algunos exámenes por internet y no estaban muy bien. Le dijo, con bastante sutileza, que tenía que ir pensando en dejar de trabajar. Él ya tenía 67 años, debería haber jubilado hace dos. Ella puso énfasis en que estaban en condiciones de vivir de manera más modesta con la jubilación y un poco de ayuda de los hijos. Pancho se quedó pensativo. Le confesó que Larredonda le había llamado la atención por algunos problemas con su memoria, pero agregó que él tenía la situación bajo control. Se comprometió a evaluar y planificar el retiro definitivo. Se tomaron tiernamente de la mano entre pensamientos melancólicos sobre el ocaso de la vida. De pronto, él miró el agua que escurría bajo la puerta del baño y corrió a cerrar la llave, se resbaló cerca del lavamanos que le sirvió para amortiguar con el brazo el impacto de la caída. Sintió un dolor intenso e intentó mirarse el codo, pero le costó una enormidad. Marcia lo ayudó a pararse y lo llevó al Servicio de Urgencias, a pesar de sus reclamos. La radiografía reveló que se trataba de un hematoma, grande, pero sin compromiso óseo ni muscular.

La mañana siguiente Pancho insistió en ir trabajar. Más que dolor en el brazo, sentía un gran peso sobre los hombros. Pena. Siguió el recorrido habitual, intentando caminar más erguido que de costumbre. Cuando estaba muy cerca de la oficina apareció ella. Impecable, con un abrigo blanco y su clásico peinado con melena corta y chasquilla, derrochando elegancia. Pancho podía oler su dulce perfume. Decidió que esta vez no la dejaría ir y se acercó. Cuando la tuvo enfrente, a no más de dos metros de distancia, entró en pánico. No sabía qué decirle. No quería incomodarla, no eran tiempos para acercarse a una mujer y piroppearla en la calle; arriesgaba incluso una multa por una conducta de ese calibre. Pero tampoco quería dejarla ir, que pasara por su vida y se le escurriera para siempre. La mujer, sin dirigirle la mirada, sacó una cajetilla metálica de cigarros y luego registró infructuosamente en sus bolsillos. Entonces Pancho vio la luz, se acercó esgrimiendo, cual ramo de rosas, su encendedor Bic amarillo y ella le dirigió una dulce sonrisa. «Muchas gracias», expresó con la misma voz de la mujer que doblaba el personaje al castellano. Pancho sintió que le flaqueaban las piernas, apretó con fuerza los labios durante unos instantes y luego, mientras la mujer se alejaba, le comentó, alzando la voz: «¡Se ve muy elegante hoy!». La mujer giró la cabeza, sin detenerse, le regaló una sonrisa de agradecimiento y luego siguió caminando, segura de sí misma, con la vista al frente. Inmediatamente, Pancho le dijo con un tono apenas más bajo que el de su último comentario y, por cierto, sin que ella pudiese escucharlo: «Es usted igualita a la 99...».

Pancho perdió la noción del tiempo, se fumó un cigarro, sumido en complejas reflexiones y mirando en dirección hacia donde ella se había ido. Cuando decidió volver a la rutina habitual era muy tarde. Miró el teléfono y tenía diez llamadas perdidas, de al menos cuatro teléfonos distintos. Corrió a la oficina y solo entonces recordó que cuarenta minutos antes debía estar en una reunión de su equipo de trabajo. Una de sus virtudes era la puntualidad, por lo que, más que molestia, el retraso causó sorpresa en sus compañeros, y también algo de lástima. Era inevitable asociar sus recientes desajustes con la edad y, eventualmente, con algún problema de salud. Les mintió diciendo que la caída había sido esa misma mañana. Larredonda le pidió que se tomara el día, pero él no quiso. Pensó en que debía terminar varios informes muy importantes y en la reunión de las tres con la gente de infraestructura. Él estaba preparado para el invierno, pero el edificio no. «Es importante que esté yo, jefe, estos cabros no van a poder con la pega», dijo antes de que Larredonda, con una sonrisa bonachona, lo invitara a abandonar la oficina para que continuara con

sus labores.

Cuando Pancho salió del trabajo aquella tarde un impulso irresistible lo llevó a un antiguo centro comercial, al norte de la Plaza de Armas, uno con paredes cubiertas de pequeñas baldosas cuadradas, muchas de las cuales se habían salido dejando indecorosos agujeros que revelaban la decadencia de la construcción. En ese lugar había varios locales oscuros y de mala muerte en los que vendían discos, revistas, películas (la mayoría pornográficas) y posters. Comenzó a revisar los artículos con viva curiosidad, hasta que de pronto encontró un tesoro: un afiche de 75 × 45 en que aparecía ella, con la mano bajo la barbilla y esa cautivante mirada, bajo el título *Get Smart*, seguido de una frase en inglés que no entendió. Una exclamación ahogada, parecida a un «¡bien!», brotó espontánea de su boca, al tiempo que sacó con ansiedad el póster y lo llevó a la caja para pagarlo. El hombre del local le cobró en silencio, mirando la imagen en el papel *offset* de 150 gramos. «Era bonita la Barbara Feldon», dijo, venciendo el desgano, y luego ajustó uno de los extremos del cilindro que había creado con papel de envolver y se lo entregó.

Pancho llegó a la casa con el tesoro que había obtenido, oculto. Había pensado durante todo el camino dónde ponerlo. Esperó a que Marcia se durmiera y lo instaló en la muralla de la pieza que alguna vez había ocupado su hijo mayor y que ahora estaba llena de libros, recuerdos y cachureos. Al fijar el último pedazo de scotch, pensó que sería mejor enmarcar la lámina, pero mientras estaría bien así.

La imagen de aquella mujer se transformó en una obsesión para Pancho. Algunas mañanas avisaba en la oficina que bajaría a comprar remedios y se dedicaba a recorrer las calles, buscándola. Un día en que almorzaba con algunos compañeros venció los prejuicios y les preguntó derechamente si la conocían. «¡La 69, querrás decir!», bromeó Lucas, un técnico treinta años menor que él. El chiste más que molestarlo lo decepcionó. «Ustedes no saben nada, todo este mundo de *millennials* es basura», los increpó, luego tomó su chaqueta y abandonó la mesa del casino. Esa tarde, a la salida del trabajo, la vio a la distancia, de espaldas, pero con el inconfundible impermeable y la boina, por lo que no le cupo duda alguna. Corrió varias cuerdas tras ella, pero no pudo alcanzarla; finalmente la perdió de vista cuando entró a una galería. Estaba exhausto y sintió un dolor repentino en el pecho que lo aterró. Tras unos minutos sentado en la silla que le facilitó el dueño de un local de teléfonos celulares, se sintió mejor. Pero triste. Empezó entonces el regreso a su casa.

Días después, mientras la buscaba en las inmediaciones de la misma galería, se encontró de golpe con Marcia y Lorena, su hija menor. Parecían muy preocupadas. «¡Dios mío! ¡Acá estás!», dijo Marcia, rompiendo en llanto. «¿Qué te pasó, papi? ¿Por qué no fuiste a trabajar?», escuchó de la desconcertada boca de su hija. Pancho tragó saliva e intentó recordar lo que había ocurrido horas antes. No tenía ninguna duda de haber salido de su casa en dirección al trabajo, pero solo lograba capturar recuerdos difusos. Nervioso, miró su reloj: las tres de la tarde. Las miró, disimulando la culpa, e intentó construir una respuesta creíble. «Tu... tuve un problemilla. Nada grave, ya lo solucioné. Vuelvo de inmediato a la oficina, me están esperando».

En la oficina estaban muy preocupados por él. Su mujer y su hija hablaron con Larredonda mientras Pancho, notablemente ruborizado, volvía a sus labores. Diez minutos después, salieron de la oficina de su jefe, Marcia lo pasó a buscar a su puesto de trabajo, con algo de alivio en su inquebrantable semblante, y le dijo: «Amor, te autorizaron a irte más temprano, solo por hoy. Vamos al Café Torres, hace tiempo que no tomamos once los tres». En la entrada del café los esperaba también Lucho, su hijo mayor. Fue una hermosa velada.

Cuando a la mañana siguiente quiso levantarse para ir a trabajar, Marcia le dijo que tenía que quedarse en casa. Pancho se sentó a los pies de la cama y bajó la cabeza, molesto; estaba dispuesto a discutir lo que fuese necesario para después salir. Entonces la miró. Ella, de pie, cubierta con un pijama grueso con interminables hileras de flores de pétalos grandes, dio un paso en dirección hacia él. Solo uno, luego se detuvo. Pancho volvió a mirar el piso, el silencio se quebró por la bocina de algún auto a la distancia, abrió levemente la boca y, emitiendo un sonido pegajoso, la miró a los ojos y dijo: «Estoy realmente mal de la cabeza, ¿no?». «No te preocupes, viejo, nada que no se arregle con un buen descanso», respondió ella, abrazándolo como hacía años no lo había hecho.

TRES AL HILO

Regresan en un Twingo color verde arrecife desde Pichilemu a Santa Cruz. Marcelo —el copiloto— se queja porque Ramona pone por enésima vez un compact disc de Eros Ramazzotti. «Ya no soporto una canción más de ese tipo que canta con la nariz tapada», dice. Ramona, relajada pero concentrada en la conducción, le propone que cambie el disco y le muestra un bolsito con el logo del Club Deportivo de la Universidad Católica en la guantera para que lo registre. El muchacho lo hurga y constata que la mayoría son discos de Ramazzotti y, los que no, de Morrissey o Alejandro Sanz, cantantes que no lo entusiasman para nada. Resignado los deja a un lado y busca una señal en el dial de la radio.

Entonces, en medio de los chirridos y la interferencia se escucha: *Esta es Radio Alegría 84.9 FM, transmitiendo Más Deporte*. «¿Quién juega esta semana?», pregunta Marcelo, sabedor de que Ramona es mucho más futbolizada que él. «Nadie —contesta la chica— o sea, el Campeonato Nacional terminó la semana pasada...». «Debe ser fútbol inglés», observa Marcelo. «O español», precisa ella.

Estamos en la cancha número dos del estadio Municipal de Las Cabras, en decisivo encuentro hoy se miden Unión Veterana de Peumo versus Ferroviario Comercial. ¿Cómo estamos, Mario?, se escucha la voz impostada de un locutor, que obtiene como respuesta de otro animador de timbre más pastoso: *Muy bien, Pascual, lo que hoy pase quedará sin duda en la historia del fútbol de la región de O'Higgins*.

Los jóvenes se miran con una sonrisa irónica, y cuando Marcelo pretende cambiar la radio, ella reacciona felinamente, deteniendo su mano a la orden de «déjala ahí, quiero escuchar». Interviene entonces una voz potente, casi lírica, que con sumo entusiasmo declara: *Esta transmisión no podría llegar hasta ustedes sin el gentil apoyo de nuestros auspiciadores: Tulio Rojas, concejal de Pichidehua; verdulería La Rubia de Kennedy, variedad en frutas y verduras; Vidrios y aluminios La Nueva Jerusalén; Elías Cabrera Canales, los mejores sombreros artesanales; Patricio Acuña Bustos: arreglamos su autito en su presencia*.

Ambos chicos ríen de buena gana con lo de «arreglamos su autito en su presencia», mientras continúa la eterna letanía de auspiciadores y el bucólico paisaje que los envuelve se torna más luminoso en la medida que el cielo se abre y deja a la vista el colorido mágico de los viñedos de la zona a fines de abril. Hace frío, pero el interior del auto está cálido y lleno de envoltorios de galletas, discos, latas de bebidas a medio consumir, botellas de vino de distinta calidad, bolsos, diarios, revistas deshojadas, papeles, vestimentas y minúsculas partículas de una amistad de varios años en que, como siempre, uno de los amigos —Marcelo— pretendió algo más.

Mientras se anuncian las alineaciones, Marcelo piensa cómo hubiese sido su carrera como

futbolista, tenía aptitudes físicas para el deporte, pero nunca había intentado algo más allá de sus pichangas semanales. Llega a la dura conclusión de que esa es la pregunta que deberá hacerse eternamente, sobre todos los ámbitos de su vida: estudios, trabajo, relaciones humanas, de pareja; ese «por qué no lo intenté» que solo tuvo excepción con Ramona. La única vez que se la jugó en serio, con mucho que perder, le fue mal. Pero, como decíamos, la amistad se mantuvo, en la medida en que no volvió a insistir. Había entendido, con estoicismo, que eran demasiadas las señales que indicaban que para ella la amistad era más que suficiente. Hablamos de resignación, *friendzone*, un cautiverio tranquilo en la zona de confort. En este momento el interior del Twingo es una agrídulce y necesaria zona de confort.

De ganar Unión Veterana, será campeón hoy sin importar cómo le vaya a Independiente de Pichidehua, pero si empatan y los pichideguanos ganan su encuentro frente a Unión Barrio Alto, serán los de Larmahue los que se queden con el título y los pasajes a la Tercera División B del fútbol nacional..., reflexiona quien en ese momento ya es identificado como Mario por los muchachos. «¡Tercera B! ¡Estos hueones no pueden estar más abajo!», exclamó Marcelo. «¡Entretenido, poh! —afirma ella—, llámalo pintoresco. Un partido de vida o muerte que tenemos la suerte de escuchar porque al lindo no le gusta Ramazzotti. Es el destino que no juega a los dados».

Mientras uno de los hombres de la radio, identificado por los otros como Landaeta, entrega solemnemente las alineaciones de los equipos, los muchachos cantan una vieja canción que en algún momento simbolizó la presencia de Digeder y el deporte en dictadura. ...*Con el número diez, Nelson “Chupa” Pinto...*, señala Landaeta.

—¿Me estás hueviando? ¡El Chupa Pinto! —exclama Ramona.

—¿Ese no es el arquero de la «U» que juega en México? —pregunta Marcelo.

—No, ese es otro Pinto.

—¡Sí lo es! El Chupa es uno que tenía un gemelo o mellizo o una cosa así... Manuel creo que se llama.

—No, Marcelo, ese es Miguel Pinto. El Chupa era volante. Jugaba por la «U» cuando yo era chica. Bueno, deben haber jugado juntos. Pero me acuerdo que al Chupa le tiraron un piedrazo en el Monumental, en un clásico...

—¿Con la Católica?

—No poh, gil, ¿si fue en el Monumental con quién va a ser?

—Algunos clásicos universitarios se han jugado en el Monumental, ¿o no? ¿Nunca?

—¡Filo! Concéntrate. Le llegó un piedrazo, suspendieron el partido, castigaron al Colo sin poder jugar en su estadio un par de fechas y ese fue todo su aporte por la «U». *Cacha* donde está ahora...

—¿Cómo?

—Que está jugando por uno de estos equipos, lindo, ¿no?

—¿Es ironía?

—¡Dios mío! Concéntrate poh, Chelito. Es bueno que siga jugando, a eso voy. Debe tener como noventa años...

—¿Estás segura de que no es el arquero? ¿El qué tenía psoriasis?

En ese momento se escucha con potencia: ... *¡remata el Chupaaaaa... ¡Uuuy! Se salvó Ferroviario...*, luego cambia la voz y el locutor comercial agrega: *Quiosco El Chico Sabio, toda*

la prensa local, nacional e internacional, camino al hospital; Fermín Alejandro Carreño Carreño, un gran alcalde.

—¿Viste que es el mediocampista? No va a andar metiendo goles si es arquero —observa Ramona, agregando con autoridad—: el gusto de contradecirme. A ver, ¿quién se ganó el «Experto»? ¿Ah? ¡Dime *poh!* Usted dedíquese al *baby no mah*.

Con un par de observaciones, expresión de la personalidad dominante de la chica, al calor de la discusión sobre la joya del fútbol amateur que escuchaban, Marcelo se siente disminuido. Como siempre. Guarda silencio un rato, de modo que lo único que se oye es la transmisión.

Esta transmisión es posible gracias a su verdulería amiga La Rubia de Kennedy y a Fermín Alejandro Carreño Carreño, alcalde de Peumo; ¿cuánto tiempo va, Pascual?

—*Quince minutos del primer tiempo, Landaeta. Toma la pelota Díaz en el medio y entrega a Saldaña, el volante oro y cielo la pisa, la piensa... la pierde...*

—*¡Qué tontera, Pascual!* —comenta Mario—. *Hasta el momento el dominio de Unión Veterana ha sido, salvo el remate del Chupa, absolutamente intrascendente. Puros pases para el lado en mediocampo.*

—*¡Cuidado, Mario!* —interrumpe Pascual—. *¡Lleva la pelota Muñoz...! ¡Penal! ¡Penal para Ferro! El árbitro vacila...*

—*Sin duda* —afirma Mario—, *clarísimo, un penal del porte de una casa.*

—*¡No lo cobra! ¡Increíble!* —exclama Pascual, *mientras se escuchan comentarios a regañadientes, sobajeo de manos y palmazos sobre los muslos; además de gritos y groserías a todo volumen del audio ambiente.*

—*Esta transmisión* —interrumpe Landaeta— *es posible gracias a imprenta Héctor Tobar Osorio: soluciones de impresión digital y offset, revistas, folletos, insertos y catálogos, despachamos a toda la provincia de Cachapoal. José Miguel Carrera 299, edificio Manula; vidrios y aluminios La Nueva Jerusalén, insuperables.*

—*Se agarrarán a cuchillazos* —observa Marcelo dentro del Twingo—, *va a correr sangre.*

—*Pero no dicen nada de cómo fue, si fue mano, *faul*, ni nada* —observa Ramona—. *A ver...*

Amigos —anuncia en términos mesiánicos Mario, apropiándose de la transmisión—, *uno como comunicador social debe ser objetivo, hoy Unión Veterana, el equipo de mi pueblo, se juega el ingreso al palacio de nuestros sueños. Pero lo que es penal es penal, aquí y en la quebrada del ají. Si una patada como la de García la pega un delantero a un volante más cerca del arco rival que del propio, jamás, ¡jamás de los jamases! un árbitro dejará de cobrarla. Pero hoy, en un partido decisivo, en el área de castigo de Unión Veterana, fue otro el criterio.*

—*¡Muy cierto! ¡Ese tipo sabe!* —comenta Ramona—. *Ese es el problema de nuestros árbitros, el doble estándar. Y la cobardía también...*

—*¿Fue una patada entonces lo que no cobró?* —pregunta Marcelo.

—*Sí *poh*, plancha de campo, enchúfate...*

En ese momento el Twingo emite un par de sonidos extraños, mientras la transmisión radial también parece cortarse unos instantes. De pronto regresa con claridad: ...*Patricio Acuña Bustos: arreglamos su autito en su presencia.* Marcelo y Ramona ríen aparatosamente una vez más.

Landaeta ocupa considerable espacio del entretiempo en leer una vez más la interminable lista de los emprendimientos y caudillos locales auspiciadores de *Más Deporte* de radio Alegría 84.9 FM, relegando el comentario técnico de Mario a un mezquino par de minutos. El auto ha mostrado

algunos indicios de defectos técnicos, pero Santa Cruz ya no está tan lejos, y con ello el final de unos días maravillosos en que los jóvenes disfrutaron paseos por las viñas, la playa y ahora el fútbol. Ramona se siente feliz, plena. Tiene todo lo que una mujer de su porte puede desear: un buen trabajo, una familia maravillosa y buenos amigos. Entre ellos Marcelo, que sin duda es el mejor. Alguna vez un personaje funesto le partió el corazón, pero eso parece tan distante. Tan enterrado en el pasado. Ahora la tarde es fiesta, y mejor aún si gana la Unión Veterana; sin preguntarse por qué, ha tomado partido. Tal vez para sentirse parte de una epopeya que puede terminar en Tercera B, con una celebración muy huasa y muy regada. ¡Hermoso!

Estamos en la cancha número dos del estadio Municipal de Las Cabras —anuncia Pascual—, comiendo unas ricas empanadas y listos para presenciar el que puede ser un histórico segundo tiempo del partido entre el local, Ferroviario Comercial, y Unión Veterana de Peumo; los oro y cielo que hoy, si ganan, lograrán un pasaje al fútbol grande, sin importar el resultado entre Independiente de Pichidehua y Unión Barrio Alto, que por el momento no se hacen daño. Los oro y cielo pueden tocar el firmamento. ¡Están a un gol de tocar el cielo!

«¡Qué lindo! —suelta Ramona—, ojalá ganen los oro cielo». «Ojalá», respalda Marcelo.

Hay gol de Independiente, Mario —avisa Landaeta con tono severo.

—*Hay Gol en Pichidehua —anuncia Pascual— y con esto Unión Veterana necesita anotar, le urge anotar. Si no... se quedará con los crespos hechos...*

«¿Ahora le vamos al Independiente?», pregunta Marcelo. «¡Cómo se te ocurre, hueón!», contesta molesta Ramona tomándose muy en serio el partido. Hincha cruzada a morir, ha cultivado la fidelidad como modo de vida a toda prueba; al momento de abrazar los colores en el balompié no se juega. Apoyando a la franja ha soportado por muchos años calificativos como «pechosfríos», «segundones», «cagones» y otros similares; de manera que ha forjado un temple indestructible. Marcelo piensa hacerle una broma sobre los segundos lugares, pero desiste. Sabe que la reacción puede ser muy mala. Mientras, el Twingo parece tener serios problemas de funcionamiento y además la señal de la transmisión se corta por ratos más prolongados. «Ya *poh*, Chupa, hace algo bueno en tu vida...», alega Ramona.

Elías Cabrera Canales, los mejores sombreros artesanales; Patricio Acuña Bustos: arreglamos su autito en su presencia..., retorna Landaeta con potencia. ¿Cuánto queda, Pascual?

—*Restan treinta y cinco minutos para que todo esto termine, Landaeta.*

—*Más descuentos —interrumpe Mario— y veo a la gente de Unión Veterana con otra disposición, pisan el área, rematan. Se nota que se enteraron del gol en Pichidehua, lo sintieron...*

—*Estamos en la cancha dos del Estadio Municipal de Las Cabras —continúa relatando Pascual—, la pelota se va a perder en saque de costado, cerca del arco propio, para Ferro... no, llega un hombre de Unión y de chilena evita el saque y la manda lejos, cerca del área... ¡otra chilena más...! otra del Chupa (comentarista, relator y técnicos hablan al mismo tiempo y se satura la transmisión con sorprendidos “¡Ohhh!”). ¡Gooooooooool! ¡Qué golazo! ¡Impresionante! ¡Gooooool de chilena de Unión Veterana! ¡Gooooooooooooool! ¡Es el gol más lindo de la historia! ¡La gente está llorando acá! ¡Invaden la cancha! ¡Pero qué golazo, Mario! (Se escucha a Mario sollozar, gritos y aplausos ¡Gooooooooooooooooooooooooooooooooooooool! ¡Tres chilenas al hilo! Con la primera Saldaña evita el lateral y la manda a la entrada del área de Ferro, donde Ponce... ¡No, el Chupa Pinto! Nuevamente de chilena, como con la mano, deja la*

pelota a disposición de Díaz que, ¡también de chilena!, ¡es de locos! la clava al ángulo desde el punto penal. ¿Me oyeron? ¿Lo pueden creer? ¡Gooooool de Unión Veterana y es campeón! ¡Unión Veterana al fútbol nacional! Si alguien no grabó esta jugada, si no la filmaron, se perdieron los segundos más bellos de la historia del fútbol. ¡Qué digo del fútbol! ¡De la historia de la hu-ma-ni-dad...!

Los muchachos escuchan la transmisión impactados, recreando como pueden en sus mentes la coreografía de aquel gol imposible. «¿Será para tanto?», cuestiona Marcelo. «¿Tres chilenas al hilo?» —devuelve la pregunta Ramona, con una lágrima de emoción brotando de uno de sus ojos negros—. «¡Ni los *Supercampeones!*!». Marcelo se conmueve y guarda silencio. Escucha a los locos de la transmisión que aún gritan y celebran. ¡Eso es lo que le falta a sus días! Emoción en serio, una victoria épica.

Esta increíble e histórica transmisión, comenta Landaeta, es posible gracias a su verdulería amiga: La Rubia de Kennedy y a Fermín Alejandro Carreño Carreño, alcalde de Peumo...

—Quedan treinta minutos de tiempo reglamentario —irrumpe Pascual— y las banderas oro y cielo flamean como nunca. ¡Qué belleza podría ser!... (se pierde la señal de la radio).

Entre ruidos de desperfectos mecánicos, los muchachos intentan retomar la transmisión. Se detienen al costado del camino y consiguen escuchar pedacitos de relato que dan cuenta de que los resultados se mantienen. Todo está por definirse.

—Puede ser la batería, comenta Marcelo.

—Vamos a necesitar a Patricio Acuña Bustos, para que arregle el autito en nuestra presencia, insiste Ramona.

—Yo diría que el auto tiene sonidos raros, pero aguanta cualquier cosa.

—Pero perdimos la señal del partido, sentencia Ramona, mostrando una infinita desazón.

—¿Dónde queda Las Cabras?

—...

—¿Vamos?

—Queda media hora de partido, según Waze llegamos en quince minutos.

—¡Vamos! —insiste Marcelo—, ¡es ahora o nunca! —Luego se acerca a Ramona, toma el rostro de la muchacha entre sus manos y la besa tiernamente en los labios.

La chica siente que algo importante ha nacido. Un giro fortuito que los saca del trayecto a Santa Cruz los llevará a un lugar que Ramazzotti jamás hubiese cantado, a vivir el desenlace de la batalla de Cachapoal; aquella justa de chuteador y balón que sin duda en el futuro será legendaria. Camino a Las Cabras a toda velocidad, en dirección a la cancha dos del Estadio Municipal, se comienza a escribir dentro de un Twingo, con letras mayúsculas, una aventura no apta para pusilánimes.

ASÍ TE QUERÍA VER

Seguramente tiene que ver con cosas profundas, pero no *cacho*. Cosas del alma, diría Petunia; de la psiquis, diría yo. Pero, la verdad, me estoy puro carrileando, se dieron las cosas nomás, no tengo una explicación mejor. Si tuviera que volver atrás, muy atrás, lo mandaría a la mierda y ¡chao!, nada de esto hubiese pasado. Si tuviera que volver ni tan atrás, digamos solo un par de horas, haría exactamente lo mismo.

El problema, o más bien el origen de lo que pasó, es que soy un caballero. No quiero parecer pretencioso, digamos que soy un tipo decente. Cultivo esa decencia que ha sido abandonada en nuestros días. A ver, ejemplos: ¿a qué hora llega usted si queda de juntarse con una persona a las ocho? Si se pasa uno o dos minutos no pecará de impuntual; pero si pudiendo haber llegado un par de minutos antes, o a la hora exacta, llega atrasado porque aprovechó de desviarse a comprar una tontera a la pasada o de hacer cualquier trámite u operación evitable, le falta esa decencia a la que me refiero. Si nadie lo está mirando, puede hacer la trampa y la hace, porque sabe que nunca nadie lo sabrá, es un pillo. Pero, si aun cuando lo están pillando se hace el huevón, se corre, no contesta el teléfono o inventa algo para salir adelante por el momento, forma parte de aquella casta de indecentes sinvergüenzas que tiene al país donde está.

La cuestión de las deudas es muy gráfica para ir al punto. Si debe, tiene que pagar; y si no lo hace y le importa un pepino el acreedor, se esconde a esperar a que le cobren sin dar ni siquiera una explicación, no es solo un moroso: es un concha de su madre. Sobre todo cuando se trata de pequeñeces.

Lo que me más me molesta y sorprende es que exista una categoría de conchas de su madre que no solo se hacen los huevones, sino que tienen el descaro de llamarlo a uno cobrador cuando les recuerdas lo que deben o las cosas a las que se comprometieron. Y el pago de una apuesta es una deuda como cualquier otra; es más, no es solo una cuestión de plata o compromisos, si se trata de una apuesta también hay honor de por medio. Si debo, pago —soy decente— y si me deben, cobro; dando la cara y con vehemencia, clarísimo, ¿no? No se trata de ser el Señor Barriga, se trata de franqueza. Llámenme agrandado, soberbio, facho, la *huevá* que quieran; pero me enorgullece ser así.

¡En fin!, al grano. Hace unos meses salí a carretear con varios amigos y la Petunia, que ese día estaba a punto de transformarse en mi polola. Los problemas comenzaron cuando nos estábamos tomando un trago en la barra del Mito Urbano, hablando leseras y el Coto empezó a hacerse el lindo con la Petu. Cuando lo quise encarar, meses después, también le iba a sacar en cara eso, su *performance* de Don Juan de las chacras con mi mina, pero el mariconazo seguramente habría salido con que no tenía idea de que andábamos, ¡entero chueco!, lo conozco tanto. Prosigo.

Comenzó a hacerse el lindo hablando sobre personalidades psicopáticas, como si supiera mucha psicología el pastel. Reconozco que me dolió y me piqué al ver que la Petu le prestaba tanta atención. El Coto tiene labia y además tiene pinta, es grandote, de pelo claro y medio musculoso; usa la típica barba candado bien cuidada que lo único que deja de manifiesto es que se toma más tiempo para arreglarse que lo que es propio de un hombre hecho y derecho. Entonces fue cuando dijo que las personas con personalidades sicopáticas no iban a la cárcel. La cuestión me sonó rara, me acordé del Tila y de puro choro lo cuestioné, lo paré en seco y le dije que no era así. Recién íbamos en el primer o segundo trago y como cabros chicos se dio el clásico «te apuesto que sí —te apuesto que no—, ¿qué apostamos? —las entradas para Pearl Jam—. ¡Hecho!».

No me acuerdo cómo quedamos de finiquitar la apuesta. Pero hubo apretón de manos, testigos y toda la parafernalia. Una apuesta como Dios manda. Del resto de la noche me acuerdo poco y en realidad no tiene mucha importancia. El caso es que al día siguiente figuraba, a primera hora y con la terrible caña, llamando a un amigo fiscal.

—Aló.

—Aló, ¿Javier?

—¿Cómo estás?

—Medio ocupado ahora, ¿qué *cagá* te mandaste?

—No, ninguna, pero quería saber algo.

—¿Qué sería?

—Si los huevones con personalidad sicopática van a la capacha.

—¡Ay, Javierito! ¿Me llamas a las diez y media de la mañana, cuando estoy en medio de una audiencia, para saber si te pueden meter en cana?

—No es necesario que me faltes el respeto.

—En fin, sí, Javierito, sí van en cana, ¿conforme?

—Eh...

—Dime, ¿qué pasa? La verdad.

—No, viejo, nada, es que necesito algo más formal, por escrito o algo así, porque es por una apuesta.

—¿Apostaste que no ibas a ir a la cárcel por sicópata?

—¡Jejeje! No, viejo, todo lo contrario.

—Ya, viejo, te mando unos artículos al correo y quiero mi diez por ciento de la apuesta. ¡Hablamos!

Lo reconozco, me comporté como cabro chico, me froté las manos, lo celebré como un golazo en el minuto final del partido y llamé al tiro al Coto. Fue en ese momento en que la cagó, porque para hacerla como un buen concha de su madre, *tenís* que irte de negativa hasta el final y el pelota, si bien es cierto que comenzó haciéndose el loco y me dijo que no se acordaba de nada, en un momento, como bajándole el perfil al asunto, dijo: «¡Putá, cómo me hubiera gustado grabarlo!». «Ya, Javi, te compro las entradas, pero dame un tiempo, supongo que tan caras no están».

No es un misterio que las quería para ir con la Petu. Esa tarde le pedí pololeo, pero la historia romántica la cuento después; el tema es que le dije además que tenía entradas para Pearl Jam y con eso se entregó completamente. ¡Putas que fue lindo!

Como supondrán, ahí tuve que comenzar a chicotearlo. O, mejor dicho, a tratar de chicotearlo porque me contestó una vez más un *whatsapp* y después empezó a negarse, a no *pescar* y al final

el muy maricón me bloqueó. ¡Por no pagar un par de entradas de cuarenta lucas fue capaz de bloquearme! Tuve que conseguirme a última hora las entradas, pagando casi el doble del precio en reventa, y el problema no solo fue el precio, sino que me tuve que ir a meter a una población súper *brígida* y esperar solo, casi una hora a la intemperie, a que llegara el compadre con pinta de traficante que me las vendió. Además, como es obvio, de los nervios que duran hasta el último momento de no saber si la entrada era falsificada o no. A todo esto, fue un recital a toda *raja*.

No me quedé tranquilo, fui a la casa de su mamá y en un arranque de furia le dije que su hijo era un poco hombre. Eso y un par de *chuchás* más fuertes. La verdad, perdí la cabeza y la vieja *culiá* llamó a los pacos, o por lo menos dijo que los iba a llamar. Yo me fui entre los ladridos del quiltro de la casa y las quejas de unos vecinos ociosos que, parados en la esquina sin hacer nada productivo, reclamaban por el show.

Dos días después, hace un mes, el *fresco de raja* me mandó un mensaje de texto al *celu*; se los leo: «La cagaste con ir a molestar a mi vieja. Mañana te voy a dejar un sobre con la plata de las entradas con el *concerje* (con ‘c’, no sabe ni escribir el hijo de puta). La cagaste, eso nomás te digo».

Adivinen. No hubo sobre, no hubo plata, no contestó, ¡nada! Así que me rendí. O sea, decidí dar las lucas por perdidas y olvidarme del asunto. La Petu me bajaba las revoluciones y me decía que no le diera color, que el Coto era buen chato. Comencé a echarle tierrita al tema de la apuesta, pero seamos honestos; igual me dolían hartito las lucas, porque no estaban dentro del presupuesto. Pero sobre todo constatar que la gente, en especial la que quieres, no cultiva esa decencia de la que hablo.

Entonces, cuando estaba metido en las complicaciones de la pega, en el pololeo con la Petu, que resultó ser ultra absorbente, y tanta cosa que se debe hacer a fin de año; arrancándome de la oficina para hacer trámites, divisé al Coto a la distancia, en calle Rosas, entre Teatinos y Amunátegui. Iba medio cabizbajo con un bolso gris Epson, con su *notebook* dentro, colgando del hombro. Apuré el paso para encararlo, pero no alcancé a decir ni pío cuando pasó corriendo un lanza a chorro, le pegó el tirón y le robó el bolso. El Coto lo salió persiguiendo y yo me fui al trote detrás, a unos metros. Ninguno de los dos corre muy fuerte, el Coto es robusto, pero lento; yo —una lata reconocerlo— estoy totalmente fuera de forma. Cuando cruzó San Martín, con roja, un auto le pegó el chancacazo. O sea, no sé si decir que lo atropelló, fue más bien un topón, pero lo botó. Quedó medio ladeado sobándose la cadera y se puso a llorar. Ahí me acerqué y le dije sin asco: «¡Así te quería ver *poh*, concha de tu madre!».

El Coto no tuvo reacción, lloraba como niña y trataba de pararse, se le había salido un zapato que quedó tirado a la cresta y lo fue a buscar. El auto siguió de largo: ahí tienen a otro huevón indecente. No tenía nada más que hacer ahí, así que me largué de inmediato, caminé una cuadra hacia calle Manuel Rodríguez y me dio una cosa rara, tal vez un poquitín de remordimiento, por eso miré hacia atrás. Vi que se juntaba la gente donde estaba el Coto. Sí, para qué andamos con tonteras, igual me sentí *re* mal y un poco nervioso porque a lo mejor los giles pensaron que yo tenía algo que ver con el robo, como un sapo o una cosa así. Pero eso no me importó nada; lo que sí, me odié a mí mismo y estuve a punto de volver. Mal que mal es un ser humano. Pero había sido tan cerdo conmigo el concha de su madre que me contuve; seguí caminando hacia el metro, a la estación Santa Ana. Aquí viene la parte más increíble: llegando a la entrada de la estación me encuentro con el ladrón, revisando el laptop del Coto con otros dos atorrantes. No me pregunten por qué, pero les eché la *aniñá*. Me piqué a choro y les dije que la

huevá era de mi amigo (¡de mi *amigo, poh* huevón!) y que la devolvieran *al toque* o llamaba a los pacos.

Me sacaron la chucha, lo que se llama la chucha, pero me siento orgulloso. Orgulloso de todo. Si uno es consecuente, tiene que ser consecuente hasta el final. ¡Qué más da salir un poco machucado del asunto!

Por descontado que no recuperé el laptop, pero, según me acaba de contar la Petu, el Coto asume que lo perdoné y que debo ser el hombre más noble del universo por haberlo defendido. Esa es la parte que me descompono; que el Coto aún no le tome el peso a su chuecura y jure que, porque hice lo que debía hacer, lo perdoné o volveré a ser su amigo. No *cacho* qué parte de «¡así te quería ver *poh*, concha de tu madre!»; el bolas tristes no entendió. Pero, aun habiendo pasado lo que pasó, todavía no me llama, me manda recados el maldito.

Uno no pretende ser un héroe, pero sí mostrar que las cosas tienen que ser de una cierta forma, que hay ciertos valores. Pero nadie te entiende, *poh* huevón, ¡puta que cuesta ser correcto y decente en este país!

LOS CUATRO NIÑOS DE LA CASA SEIS

Érase una vez un condominio de clase media alta. Un lugar fresco y luminoso con seis casas en torno a una plazuela de prados cuidadosamente recortados, esponjosos arbustos dibujados a tijera y flores discretas emergiendo con timidez. En él encontramos seis casas de dos pisos, la mitad color damasco, la otra mitad coral, con breves antejardines y algo más extensos patios traseros, ocultos tras su homogénea sobriedad.

En la primera casa vivía una mujer soltera y sin hijos. Estaba cerca de los cincuenta, era muy atractiva y cuidadosa de su apariencia; trabajólica pero no amargada, no tenía gato alguno. Dedicaba su tiempo libre a actividades deportivas y a ornamentar su morada, la que tenía el antejardín más lindo. Una joven peruana, alta y morena de cabellos muy largos, le ayudaba desde hacía años a cocinar y también con las labores domésticas más pesadas, en breves jornadas tres veces por semana. En la segunda vivienda habitaba un matrimonio joven con dos hijas —gemelas—, y un hijo, además de la madre del marido, una ancianita amorosa cercana a los noventa años que apenas se movía. Una casa llena de ruidos y música que, hasta el comienzo de esta historia, era la que tenía más residentes. Era también y por las mismas razones la más deteriorada y la que más arreglos y mejoras había experimentado. La tercera casa, semioculta en un rincón tras un frondoso ciruelo y una robinea de dimensiones similares, era el dulce hogar de una pareja de jubilados. Ellos disfrutaban la vida para la cual se habían preparado por mucho tiempo, con tranquilidad económica y del alma, sazónada por la compañía esporádica de sus hijos e incontables nietos. Ocasionalmente les ayudaba con los quehaceres del hogar la joven peruana que trabajaba en la casa uno. En la casa número cuatro, la del fondo (pese a que todas tenían un diseño inicial y tamaño similares, esta era un poco más grande), vivían un hombre viudo de mediana edad y su hijo universitario. Parecían cómplices, amigos. Nadie podría suponer el desolador incidente que terminó con la vida de la madre y esposa, además de una hija y hermana, muchos años atrás, cuando fueron asaltadas en la calle, cerca de la Estación Mapocho y los delincuentes les dispararon a matar para vencer su resistencia. Habían derrotado al destino y hoy la casa era un despelote colorido y feliz. Un matrimonio muy conservador habitaba la quinta casa, enclavada en un rincón, pero, a diferencia de la tercera —que era la otra casa arrinconada, pero en el otro extremo—, esta lucía despejada, sobria y muy ordenada. El matrimonio tenía dos hermosas hijas universitarias; ejemplos de elegancia y modales, y un capricho de la naturaleza, de cinco años, a quién llamaron Darío, en honor a Darío I, el Grande, tercer rey de la dinastía aqueménida de Persia. No pasaron por alto que, desde el punto de vista etimológico, el nombre significaba: «el que salvaguarda el bien».

La sexta casa, la primera a la derecha del portón de entrada, contigua a una hilera de cuatro

estacionamientos para visitas, había estado mucho tiempo desocupada, días en que pareció cubierta por un misterio y, a pesar de que no existían detalles concretos para justificar la sensación que causaba contemplarla, parecía incompleta. No es que la construcción misma estuviese inconclusa, sino que algo le faltaba para ser una verdadera casa. Su dueño la compró con fines especulativos, luego la decoró y la alhajó con mobiliario y cortinajes básicos, mas se demoró demasiado en arrendarla. Con el tiempo su color pareció desteñirse antes que las otras de color damasco, pero no era más que una mera ilusión, pues si uno miraba atentamente podía constatar que las tonalidades eran idénticas.

El condominio parecía, en suma, un cuerpo con un órgano amputado. Una estructura carente de equilibrio. Hasta que el propietario de la casa seis venció su tendencia a procrastinar y decidió alquilarla a la familia Mardones, que llegó a dotar de calidez e identidad a la última vivienda del complejo.

Los Mardones llegaron los últimos días de febrero, después de sus vacaciones en Licanray. Pretendían cambiarse mucho antes, pero fue muy complicado encontrar un colegio para los cuatro hijos; de seis, ocho, diez y once años. Todos hombres. José Mardones, el padre, era un hombre inteligente y disperso. De origen sencillo, había brillado en el Instituto Nacional y luego en la Universidad de Chile. Hizo fortuna, pero luego la perdió por malos negocios e irresponsabilidad. En parte, además, por su delirio de grandeza. Sin embargo, no le costó mucho reinventarse y su cuenta corriente creció otra vez de manera acelerada al ritmo de los ingresos de la empresa constructora que gerenciaba. En las oficinas, ubicadas en la zona norte de la ciudad, en un microclima lleno de compañías similares, se respiraba arribismo y superficialidad. Construía viviendas sociales en las que él no viviría ni aunque lo obligaran, e ideaba fórmulas para abaratar costos sin arriesgar demandas. Pese a la manera como enfrentaba su cometido empresarial, y a la falta de compromiso social con que educaba a los hijos, él decía que era de izquierda; una especie de socialista renovado. Su mujer, María Eugenia, tenía una hija de 21 años, fruto de un matrimonio anterior, que vivía con la abuela materna, y una extensa historia de sufrimientos a costas. Kenita, como la llamaban cariñosamente, era el cable a tierra de José, una mujer práctica, fiel a los valores tradicionales; pulcra, autoexigente y muy comprensiva. Frente a un conflicto o situación espinosa siempre buscaba la solución pacífica y el perdón. No fue demasiado estricta con los hijos, pero no se cansaba de expresarles su amor y solicitarles que se comportaran como seres humanos, y no como bestias.

Los Mardones buscaron cultivar una muy buena relación con los vecinos, en especial con quienes también tenían niños. Desde que llegaron a su nuevo hogar, los fines de semana se transformaron en jornadas ruidosas de juegos infantiles en torno a la plazuela, a las que pronto se sumaron los nietos de la pareja de jubilados, que comenzaron a reclamar a sus padres que los llevaran los domingos a la casa de los tatas.

Toda esta inédita convivencia vecinal generada por la llegada de los nuevos inquilinos, llevó también a los adultos a integrarse en el incipiente fenómeno participativo, lo que acarrió celebraciones de cumpleaños, asados y comidas en las que los dueños de casa se desvivían por atender a sus vecinos. Esta manera de sociabilizar les permitió conocerse mejor, y así se enteraron de los aspectos no atractivos de sus personalidades y estilos de vida. Sin ir más lejos, Mario Izurieta, el padre de las universitarias, un exmilitar retirado, hijo, nieto y bisnieto de oficiales de ejército, detestó la frivolidad de José y se fue haciendo cada vez más crítico de la manera en que el vecino educaba a los cuatro hijos. Reprimía además una envidia subterránea de la descendencia

de los Mardones: mientras José, quien no tenía mucho que entregar en materia de virtudes y patriotismo, había tenido cuatro hombrecitos, su única esperanza de mantener la tradición familiar en su propio nido era su pequeño hijo Darío, y consideró que tanto los cuatro niños Mardones, como el resto de los infantes del condominio, eran una mala influencia para él. Por esa razón, y con la excusa de que la mayoría de los niños con quienes jugaba su hijo eran demasiado mayores, le prohibió juntarse con los otros chicos. Darío se sintió muy apenado, sin entender mucho del mundo en que recién comenzaba a participar; había encontrado en los juegos de la plazoleta un universo más abierto, entretenido y acogedor del que hallaba en la rigidez de su casa y en el colegio de monjas al que asistía.

Junio comenzó con malas noticias para los Izurieta. Un excoronel en retiro, pariente lejano y muy amigo de Mario, fue procesado por su colaboración difusa (jurídicamente una forma de encubrimiento) en una causa por desaparición y torturas ocurridas durante los primeros años de la dictadura. Un nuevo golpe a la así llamada *familia militar*, de la que Mario se sentía parte. Su ánimo decayó severamente, dejó de conversar con los vecinos e incluso dejó de saludarlos. José Mardones en algún momento le comentó a Raniero, el joven de la casa cuatro, el cambio de actitud de Izurieta. «El caballero es raro», fue la lacónica respuesta que recibió. Prefirió no dar mayor importancia a la situación, pero le incomodaba encontrarse con su vecino, intentar acercarse o disponerse físicamente para un saludo, sin éxito, pues lo evadía, con la vista siempre en otra dirección, al parecer concentrado o molesto.

Pero lo peor para la casa cinco vino a principios de agosto: María Jesús, la mayor de las hijas, murió en circunstancias confusas, de manera aparentemente accidental, en su propia casa, herida por una bala de la Luger P08, semiautomática de 9 mm, inscrita a nombre de Izurieta, que le rompió literalmente el corazón a la muchacha. Se trataba de un arma de colección, delgada y elegante, conocida por ser la pistola que usaron los oficiales alemanes durante ambas guerras mundiales. El ruido del único disparo quebró la tranquilidad del té que compartían con el novio de la Cotu (como la llamaban en casa) y sus padres. No volvieron a ver a aquellos amables invitados. Los peritos solo encontraron huellas dactilares de la Cotu en el arma, pero la trayectoria de la bala suponía una postura muy extraña (de abajo hacia arriba, con una leve pendiente y más de medio metro bajo del torso de la muchacha), como para sugerir un disparo intencional. Por otra parte, María Jesús estaba gozando de su mejor momento: era una muchacha corriente, alegre y llena de proyectos; se descartó un suicidio. No se encontró siquiera un indicio de alguna complicación oculta y vital que hubiese podido motivarla a buscar esa salida desesperada.

Mario perdió el juicio, su mujer Antonieta tampoco volvió a ser la misma. El condominio sintió la desgracia como propia, y el luto opacó el ambiente por varias semanas. No hubo ningún tipo de celebración vecinal con motivo de las Fiestas Patrias. La mujer de Mario, quien nunca había sido muy demostrativa, como consecuencia de la tragedia se convirtió en un ser aún más silente. Alentados por María del Carmen, la otra hija, los Izurieta pasaron un par de semanas fuera de la ciudad para intentar superar el golpe, convencidos de que con la ayuda de Dios podrían recuperarse lo suficiente para cumplir con dignidad el rol de padres de los dos hijos que aún les quedaban. En algún momento pensaron no volver.

Paulatinamente las cosas regresaron a la normalidad, salvo en la casa de los Izurieta, donde el peso de la muerte había llegado para quedarse. Planeaban vender la casa, pero tomaría tiempo y en el intertanto apenas salían de ella. Darío vivía encerrado, añorando los días en que jugaba en el

patio con sus amigos. En la última semana de octubre vio por la ventana algunos tétricos pero divertidos adornos plásticos, naranjos y blancos, entre hilachas negras; acicalaban el frontis de la casa de las gemelas y de Nito (las gemelas le decían: “hermanito”, por eso el apodo) que en algún momento se había transformado en su mejor amigo. No lo veía hacía meses. Lo extrañaba.

La víspera de la celebración de *Halloween* se produjo en un escenario muy distinto al de otros años. Mientras algunos vecinos se habían sumado a última hora con decoración abundante a la moderna festividad y habían coordinado en una reunión extraordinaria, la noche anterior, la salida de los peques a pedir dulces la tarde del 31, para la familia Izurieta el ánimo fúnebre no amainaba y el día de los difuntos no era más que un recordatorio cruel de la reciente pérdida. Niños y adultos se reunieron a las siete en la plazuela, con sorprendentes e inimaginables atuendos. La idea era recorrer las casas pidiendo dulces, ofreciendo travesuras frente a la negativa, las que según lo acordado por los adultos no serían consumadas en caso alguno, y luego dar una vuelta breve por el barrio. No pasarían a la casa de los Izurieta, conscientes del drama familiar.

Mientras, Mario Izurieta hojeaba la Biblia sentado en el comedor, al lado de una taza de café que ya se había helado, esperando que llegara la noche para intentar dormir, valiéndose de varias grajeas de eszopiclona de tres miligramos que el doctor le había recetado para dormir. Estaba tomando dos o tres veces más pastillas que las que le habían prescrito. Después de leer varios salmos procedió a matar el tiempo desarmando y limpiando la única arma que había conservado tras la muerte de su hija, un revólver Colt 45, gigantesco, al que cuidaba como a un frágil tesoro. Hubo una época en que disfrutaba como un crío al ver su imagen reflejada en el metal immaculado del arma, pulido hasta quedar como la superficie de un espejo. Hoy dicha rutina solo le permitía alienarse.

La masa colorida de niños se acercó a la primera vivienda y uno de ellos tocó el timbre. La dueña de casa, quien había llegado minutos antes del trabajo y se preparaba para ir al gimnasio, salió a abrir, algo confundida. Año tras año olvidaba la petición de dulces y terminaba improvisando. Buscó una caja de bombones que le habían regalado semanas antes en el trabajo con motivo de su cumpleaños. A las gemelas de la casa de al lado, disfrazadas de esqueléticos personajes de la película *Coco* (estrenada el año anterior), les dio cuatro bombones; a Nito, que se había vestido como Capitán América, calculando que la caja de bombones no sería suficiente para todos, le entregó uno. Además de un beso amoroso. A los nietos de los ancianos, vestidos de algún tipo irreconocible de monstruo, uno de ellos bastante vampírico, también les entregó un bombón a cada uno; de manera menos emotiva, pues no los reconoció y pensó que eran completos extraños. Finalmente, los cuatro hijos de José Mardones se acercaron ensayando una extraña formación. Cuando les prestó cabal atención a los disfraces se dio cuenta de que eran uniformes. Los cuatro distintos, uno más roto que otro, y con copiosas manchas, que pretendían ser de sangre, esparcidas en la superficie. El mayor lucía un uniforme gris del ejército chileno, recortado para su tamaño y porque era muy grueso para el calor de la estación; además una máscara de cartón con el rostro de Pinochet. El segundo uniformado, de color azul, buscaba tener la apariencia de un almirante de la Armada con un sombrero de cartón blanco de oficial, el disfraz típico que usan los niños el 21 de mayo, también tenía pintado un bigotito estilo Hitler y un parche sobre el bolsillo delantero que decía «Toribio». El tercero lucía un uniforme azul más claro, de la Fuerza Aérea, con unas gafas muy oscuras, y el menor llevaba uno verde musgo de Carabineros, también con bigotes cortos. Ella entendió la humorada; era la Junta de Gobierno del 73 en versión zombi. O algo parecido. La mujer, después de entregarles unos bombones, con alguna alusión fingidamente

solemne: «Señor general», «señor almirante», cerró la puerta, conteniendo la risa y tras unos pasos pensó que a don Mario le podría molestar la jugarreta, pero supuso que los padres de los niños tendrían la sensatez suficiente para no ir a pedir dulces a esa casa. Recordó entonces la cara de José, pintada de blanco y negro, simulando una calavera y sintió una leve inquietud. Desistió de ir al gimnasio y salió a acompañar a la pícara procesión que estaba ahora frente a la madre de las gemelas de la casa dos, quien regaba las bolsitas y calabazas plásticas, con abundantes dulces de distinto tamaño y calidad. La mujer de la casa uno se acercó, muy natural, a José.

Mientras, Mario Izurieta, al escuchar el ruido de los niños, se paró en la ventana a contemplar el espectáculo, alguna vez le pareció una celebración foránea estúpida, y se cansó de reclamar que no existía razón alguna para reproducirla en Chile, pero ya no tenía sentido oponerse, es más, sintió lástima porque su hijo pequeño no había participado. Pero cuando vio que los hijos de José lucían uniformes manchados con sangre y se fijó en especial en el mayor, cuyo uniforme del Ejército de Chile convertido en harapos, le pareció suyo, apretó los dientes y llevó el puño derecho a su boca conteniendo la rabia. No concebía cómo un adulto podía aventurarse a cometer semejante falta de respeto. No entendía cómo había llegado a vivir en un Chile tan distinto del que había soñado en los buenos tiempos de su general. Miró la foto de su hija difunta, que había puesto en el interior de un marco de alerce delicadamente tallado, en que antes estaba una foto de sus padres el día de su matrimonio, la Cotu lucía una blusa azul y un peinado impecable, parecía un ejemplo de seriedad y buen comportamiento, como de hecho ella había sido. Luego manoseó el Colt 45 con movimientos torpes y una tristeza infinita.

Tras obtener un copioso botín azucarado de parte de los abuelitos de la casa tres, que disfrutaron el ceremonial tanto o más que los niños, el grupo de monstruitos se disponía a pedir dulces en la casa del viudo. José le había entregado una máscara de cartón de la princesa Fiona a la mujer de la casa uno, que ella usó unos minutos, mientras aguantó la molestia del elástico, luego se la sacó y la traía en su mano. Repentinamente, los dos hijos mayores de José Mardones corrieron a la casa de los Izurieta, gritando consignas groseras contra los milicos y luego aullando a todo pulmón: ¡Dulce o travesura! ¡Dulce o travesura!

La mujer y José se miraron perturbados, y tras una fracción de segundos y algún gruñido ahogado, Mardones corrió hacia sus hijos mayores, quienes insistían en los gritos. Los reprendió con severidad, pero no logró apartarlos de la casa de los Izurieta. La señora de la casa uno lo respaldó, sin mucha severidad, por cierto, pero intentó convencerlos con alguna frase distractora y luego diciéndoles seriamente que se alejaran de la casa porque «el señor se podía enojar mucho con ellos». Los chicos no entendieron razones, no dejaron de reír y gritar y pronto se les sumaron sus dos hermanos menores, por alguna extraña razón su inalterable objetivo fue en ese momento la casa de los Izurieta y nada en el mundo pudo cambiar su propósito.

Escuchando la provocación, en el interior de aquel escenario sombrío, el hombre cuyo ser se había trizado poco a poco para terminar quebrándose semanas antes, acarició el revólver portentoso, en óptimo estado de conservación, con seis balas en el tambor.

LA BELLEZA DEL SÉPTIMO DÍA

«El séptimo día terminó Dios lo que había hecho, y descansó».

Génesis 2.2

Terminaba el séptimo día, hijo mío.

El mejor día de mi vida.

No contaremos las horas desde la medianoche, sino desde la mañana, desde la hora en que nos levantamos a hacernos cargo de nuestras existencias, con lo que tenemos. Con eso y, en mi caso no hasta hace mucho, con antidepresivos. Más que una licencia, es una demarcación de límites de la historia que interesa, una breve y modesta; paradójicamente, pretenciosa y de proyecciones insospechadas. Era la mañana de un día de semana, un día de trabajo como cualquier otro.

Me desperté tenso, debía enfrentar un desagradable juicio oral. Soy fiscal adjunto del Ministerio Público, hijo, es mi forma socialmente aceptada de ganarme los porotos. Pese a que la víctima estaba comprometida con el procedimiento y el acusado preso, la jornada prometía ser desagradable; cuatro carabineros, mis testigos, estaban inubicables, escondidos, dados de baja. Me senté en la silla tras el letrero de aluminio que dice «Fiscal», aún fresco y bien peinado, oliendo a «Agua Brava», la poción que subsidia el ánimo, mirando a los tres jueces con seguridad, casi con prepotencia, para solicitarles reagendar la audiencia, idéntico requerimiento que había chorreado a los magistrados días antes en otro juicio. Una forma jurídica de pedir disculpas. Así es, hijo, ya lo sabrás muy pronto, me dedico a encarcelar gente, a los malos; es un peso enorme cuando no crees que en realidad existan los buenos. Casi insoportable.

Pero el destino quiso otra cosa: el imputado colaboró y, además de la víctima, llegó muy atrasado un peregrino policía, vestido de jeans y camiseta floreada, a decir «me parece que» veinte veces en su declaración. Suficiente para una condena moderada, tal vez a quinientos cuarenta y un días, al triste autor de un robo por sorpresa. Un lanzazo. Más que suficiente para alzar la vista al cielo y reinventar el panorama. Apenas hice las minutas de rigor para las causas del día siguiente, me junté con Urzúa en la explanada del Centro de Justicia de Santiago. Tomamos un taxi y comenzamos a conversar de fútbol, apretados en la parte trasera del auto. Una conversación en la que nos referimos a más equipos, hinchadas, árbitros, estadios y jugadores, que pelos tiesos tiene mi amigo en la cabeza. Acto seguido, cuando nos disponíamos a pagarle al chofer, sin la más mínima reserva, mi colega le dijo que suponía que se había entretenido con nuestra interesante conversación plagada de anécdotas y datos. El taxista, ya con la plata en la

mano, nos dijo que detestaba el fútbol. Pronto sabrás, hijo mío, que venero el mágico juego de la pelotita e idolatro a la U. Y que mi verdadera pasión es escribir.

Ese día pedí la tarde libre, íbamos a las Parrilladas Uruguayas a almorzar, ni más ni menos que con Eduardo Sacheri. Carne y conversación de otro mundo; minutos, más que entretenidos, místicos. Llevé una copia nueva de *Papeles en el viento* para que me la autografiara, y lo mismo hizo el resto de los contertulios con ese y otros libros. Además, los que escribimos, también le regalamos, con mucho pudor, un ejemplar de alguna de nuestras obras. La carne estuvo muy uruguaya, ya entenderás a lo que me refiero. Terminamos de almorzar y vino el café. Quería que el momento fuese eterno, hijo, parecía un sueño conversar con un referente planetario sobre su rol en entrañables historias que conocía superficialmente y a la distancia, pero las adoraba de todos modos; como aquella película que ganó un Oscar con un guion de su autoría, una final de una copa subcontinental, un libro que ganó un premio con el que ni siquiera me animo a soñar. Me di el lujo además de cuestionar, interrumpir y bromear. Con las tazas ya vacías al frente sentí una pizca de impotencia ante el final de la escena íntima.

Luego lo presenté, bastante motivado por el vino del almuerzo, en una conferencia que dio cerca, en una sala escondida pero acogedora, de un complejo enorme donde yo había lanzado tiempo atrás un libro afortunado, aunque no estoy muy seguro de cuál. Tal vez no fue tan afortunado o fue en otro lugar. Me senté en la testera para tomar la palabra, al lado de coloridos pendones de editoriales y centros culturales, ahora con el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata bastante suelta y con el aroma a parrilla impregnado en la tela de mi terno *beige*. Ya no tan peinado como en la mañana.

Concluido el evento, llovieron las despedidas protocolares que se desparramaron hasta fuera del aula, luego a la antesala y terminaron en la calle. Conversaba con un exfutbolista sobre las dificultades que encuentra quien desea participar de un mundo que no le es propio; en su caso el periodismo, tras una vida dedicada al deporte. Creo que él supuso que yo enfrentaba algo parecido, siendo un abogado que incursiona en el territorio de las letras. En verdad nunca me lo he cuestionado, hijo, ni pretendo hacerlo. Entonces una llamada me recordó que tenía que asistir a una entrevista atípica. Se acercaba el fin de la jornada y del gigantesco estrés original solo quedaba una leve tensión, que fue diluyendo gracias a la compañía de Felipe, otro amigo escritor y pelotero, junto a quien emprendí una larga caminata bajo un inusual y molesto sol de mayo, trazando un dibujo imperfecto por las calles de Peñalolén y Ñuñoa. Nos dirigimos, disparando recuerdos, reflexiones y teorías insostenibles a un escenario representativo —las boleterías del Estadio Nacional, ahí donde está el Pilucho— en que daría una entrevista para un canal de la televisión venezolana.

Felipe me esperó largo rato apoyado en la pared periférica a metros de la grabación, aburrido y, supuse después, con la secreta esperanza de que lo invitara a participar en la entrevista. No me costaba nada y tal vez hubiera sido una buena idea, pero no se me ocurrió. Lo que sin duda estaba dentro de sus expectativas era que lo acompañara después al mall Florida Center a escuchar la otra conferencia de Sacheri en Santiago (lanzaría un libro acerca de la selección chilena en la Copa América), por lo mismo la despedida fue sorpresiva y mi amigo quedó bastante molesto. Me fui, producto de una decisión de último segundo, preferí volver a casa a revisar el basurero del baño.

¿Por qué? Porque hablar de nuestro sueño de tener un hijo, de tenerte, era para mí un tema duro. Significaba haber dejado todo en la cancha y haber perdido. Soy viejo y mi mujer, tu madre,

apenas un par de meses menos que yo. ¡Luchamos tantas veces y fuimos derrotados una y otra vez! Nos preparamos, con los dientes apretados y la fe del carbonero, conteniendo las lágrimas cada vez que nos acercábamos al centro médico, a dar la pelea. Tu madre es más resuelta, algún día, hijo, sabrás cómo fue este proceso para los dos y sabrás que ella es la única heroína; es como esos pilares que quedan inexplicablemente en pie cuando el resto del edificio grecorromano se ha transformado en ruinas. Una líder natural, como Mario respecto de Luigi (nuestros referentes principales), o Cerebro para Pinky. Así las cosas, cuando el SPM indicaba que nos acercábamos a «sus días» (luego sabrás, hijo, que detesto los eufemismos y diminutivos, pero muchas veces no queda otro camino que usarlos), no me atrevía a preguntar a cada rato —como un niño en un viaje extenso—, ¿ya llegó? No, no me atrevía, cada conversación sobre el tema era una tortura. Lo más simple fue, y así lo hice por mucho tiempo, revisar las toallas higiénicas arrojadas al papelerero del baño.

Esa noche revisé la humilde compresa abandonada a su suerte. Estaba como las de los seis días anteriores. En blanco. Despejada y radiante como tu porvenir, hijo mío, un cuaderno para escribir tu existencia con tu caligrafía y tu estilo. En esta tierra podrás decidir lo que te llenará de orgullo o de vergüenza al final del camino. Ahí estaremos a tu lado. Esa noche me tendí satisfecho en mi rincón de la cama, casi contento por lo que había sido una jornada de esas en las que todas las piezas calzan. La música incidental, estaba en manos de Lou Reed, quién en algún lugar del firmamento cantaba con voz quejumbrosa, casi un susurro: *Just a perfect day, you made me forget myself... I thought I was someone else, someone good...* Una vez que me quedé dormido, mi cuerpo de cúbito dorsal, laxo y vacío, soñó con un personaje ignoto pero resuelto, que recorría a paso raudo un camino azaroso e interminable, a veces, solo a veces, en compañía de otros seres de apariencia agresiva, apurando el paso a su lado, con la cabeza gacha.

La mañana siguiente me despertó tu madre lanzándose de piquero en nuestra cama gigantesca, llamándome con aquel diminutivo secreto que emplea cuando demuestra cuánto me quiere. Gritó, sacudiendo frente a mis ojos el test plástico con las rayas rojas que anunciaban que venías en camino. Ya sabrás, hijo mío, que el rojo es el color que más me gusta y esas delicadas líneas coloradas han sido y serán las mejores, las más bellas. La abracé en un imperecedero encuentro con llanto caliente. Con respiración agitada y redención. Las únicas palabras que se me ocurrieron como respuesta fueron: «Vamos a rezar para que todo salga bien».

Terminaba así el fantástico conjunto de horas del día séptimo y comenzaba el resto de nuestras vidas.

MAÑANA, CINCO DE MAYO

La primera señal fue un sueño. Es importante insistir en que fue la primera, porque muchos sueños están condicionados por las vivencias y si los otros avisos hubiesen sido anteriores, no se trataría de un sueño premonitorio sino de una mera pesadilla. No, fue un sueño impactante y doloroso. O más bien doloroso y luego impactante, porque comenzaba en torno al lecho de muerte de mi madre con toda la parentela a su alrededor, esperando el deceso, algunos llorando, pero la gran mayoría en silencio, desolados. Yo estaba sentado en una silla al costado de la cama, tomando su mano seca y mirándola con un sufrimiento atroz, desaseado y maltrecho, tal como en realidad ocurrió hace quince años. Entonces, entraba a la pieza un extraño personaje en blanco y negro, una imagen sacada de un televisor de los años cincuenta, con toda la interferencia, imperfecciones y falta de continuidad que se puedan imaginar. Era un hombre con un aire de Clark Gable, de cabello engominado y bigotes, que vestía de manera muy distinguida, con impecable esmoquin y humita blanca, que inexplicablemente no llamó la atención de los presentes. El personaje se abrió paso con su elegante impertinencia hasta llegar a la cabecera, a mi lado, y me dijo al oído con voz serena, casi con ternura: «Tú vas a morir el cinco de mayo de 2004».

Desperté muy asustado, bañado en sudor. Las tres y media de la madrugada indicaba con grandes números el reloj de mi mesa de noche y no pude volver a dormir hasta el día siguiente. En la mañana me levanté muy molido y cuando tomaba desayuno con mi señora y mis dos niños pensé contarles lo que había soñado. Alcancé a decir «anoche tuve un sueño terrible» y acto seguido me arrepentí, pensando que era una carga emocional importante y, tal vez entonces, en marzo de 2002, si alguien le daba crédito a mis palabras, lo que quedaba hasta la fecha que me había notificado el distinguido personaje, se podía contaminar un poco. Cuando Oscarito, mi hijo mayor, me preguntó de qué se trataba, hice referencia a la parte del sueño en que revivía la víspera de la muerte de mamá, agregando luego que eran tonteras, que su abuelita descansaba en paz en el cielo y eso era lo importante, para luego cambiar el tema. Él no la llegó a conocer, por lo que no fue una labor demasiado trabajosa cambiar el foco de la conversación.

Durante la jornada de trabajo estuve afectado por el agotamiento propio de la falta de descanso, pero, fuera de eso, de manera normal; tal vez un poco inquieto, pero logrando olvidar el sueño. Sin embargo aquella noche, después de leer en el cuerpo «E» de *El Mercurio* del domingo anterior, un artículo sobre poesía chilena contemporánea que me entusiasmó, me dirigí a nuestra biblioteca familiar a ver si tenía algunas de aquellas líneas que la revista destacaba entre tantos textos intrascendentes. Encontré un libro, una antología de poesía nacional editada por la Biblioteca Nacional y la DIBAM el año anterior; comencé a leer una de las obras al azar, una de Víctor Hugo Ortega que se llama *Ya lo sabes*; algo muy intenso sobre el compromiso con la

familia y el destino. El poema concluye con palabras que se alejan de la textura del resto de la composición: «Cuando la luz se apague para ti y solo para ti el quinto día del quinto mes, entre simios de madera». Sentí que el corazón se me aceleraba a mil por hora: nuevamente el cinco de mayo. Lo leí una y otra vez: «termine para ti y solo para ti», ¿qué era eso sino la muerte? Por cierto, lo de los simios de madera me sonó primero a dato de entorno, una metáfora sucia que aniquilaba el poema privándolo de valor literario. Pero instantes después di con la clave: el horóscopo chino. ¿Qué más podía ser? Me metí a internet y verifiqué aquello que intuía: El año del mono de madera era el 2004.

Desde ese día los indicios han sido muchos e inequívocos. La mayoría sin lugar a interpretación alternativa alguna, otros sutiles, casi poéticos. Supongo que a muchos no les hubiera bastado con los dos primeros para adquirir el total convencimiento que adquirí yo, pero después de cincuenta o quizás cien, se hubiesen sometido a la evidencia. Creo también que la mayoría lo hubiese comentado con sus seres queridos o sus amigos, pero ¿para qué? ¿Para preocuparlos? ¿Para hacer que su sufrimiento se extendiera dos a tres años más que lo que correspondía según el curso natural de las cosas? ¿Para que me creyeran loco? No, hice lo que se espera de un sensato padre de familia: contraté un seguro de vida. Muchos tienen cierta claridad de la época más o menos determinada en que van a morir, por un diagnóstico médico, supongamos, y ellos, por esa misma razón, no pueden asegurarse. Mi caso era distinto, no enfrentaba ningún obstáculo, ningún ejecutivo me obligaba a firmar una cláusula que dijera algo así como: «declaro no haber recibido una serie de señales y mensajes de todo tipo que indican, de manera irrefutable, una fecha puntual y próxima de defunción».

Un hombre perfectamente sano que sabe cuándo va a morir, pero no cómo ni por qué, ese he sido yo los últimos dos años. Con el paso de los días me he ido resignando y las indicaciones que han seguido no me han sorprendido tanto como las primeras, que me aterraron y me hicieron cambiar muchos hábitos. Por ejemplo, dejé de leer aquella tarde, días después de lo del sueño, cuando abrí una novela de espías que había abandonado y al comenzar la lectura en la parte superior de la página correspondiente, decía: «Espósito se acaba el 2004, para ser más exactos, el cinco de mayo». Esa vez arrojé el libro y di vueltas como loco en torno a la mesa de centro del living. Desesperado, queriendo gritar, muy cerca de perder la cordura. Más tarde, agotadísimo, revisé el libro y constaté que se refería a un proyecto energético en Los Balcanes que en la historia se llamaba «Central Espósito» y que los ingleses querían sabotear.

¿Les conté que mi nombre es Pedro Pablo Espósito?

En fin, es difícil no leer, una cosa es tomar distancia de los libros, pero cuando revisas la tarjeta de crédito que te entregan y en la fecha de vencimiento dice Exp 05/2004, comienzas a tomarlo con humor. Como les decía, intenté leer lo menos posible y eso me llevó a la televisión. La primera señal que me dio la pantalla chica fue, en rigor, compuesta. Sí, compuesta: después de que un tipo en una película de acción le gritó a otro: «Yo personalmente me encargaré de que mueras», alguien en el living subió la música cuando una banda gringa, Cake, cantaba «*el cinco de maaaayo*».

Me levanté y fui corriendo al living, donde encontré a mi señora haciendo aseo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Eso qué? —me interrogó de vuelta—. La música. ¡Ah! Me encanta, Cake, creo que se llaman —dijo mientras iba por la caja del CD—. Son los que cantan un *cover* neto de *I Will Survive*, de la Gloria Gaynor —agregó mientras me mostraba la carátula con un cerdo color café

que decía con letras grande Cake y abajo del porcino el nombre del disco: *Prolonging the Magic*.

Tomé la carátula y vi que la canción que hablaba del cinco de mayo se llamaba simplemente *México*. Entonces, investigando un poco más, me enteré que un cinco de mayo tuvo lugar la Batalla de Puebla, en México. Importante, porque fue la primera vez que el ejército mexicano pudo derrotar a una potencia extranjera mejor preparada, en ese caso los franceses. Se trata de una fecha que se conmemora fundamentalmente por los cuates que viven en Estados Unidos, de hecho se le conoce como el Día del Orgullo Mexicano. Con eso, la aversión pasó también de la lectura a la televisión. En menor medida, entonces, a los mexicanos.

Digo en menor medida entonces, porque el año pasado fuimos a almorzar en familia a un restaurante de comida mexicana extraordinario, cerca del Parque Arauco, lleno de ornamentos típicos: sombreros, nopales, charros, camisetas del «tri», máscaras de lucha libre, y calaveras por montones. Sí: calaveras, calacas; de esas que simbolizan la celebración mexicana del día de los muertos. Pues bien, disfrutaba mi burrito, despreocupado como hace mucho tiempo no estaba, cuando al levantar la vista me enfrenté con mi propia imagen en un espejo; masticaba con ganas y me chorreaba un hilo de juguito desde la comisura de los labios, entonces deslicé la mirada muy despacio, levemente hacia la derecha y una nueva señal me dejó sin apetito. Simple y clara: una calavera y después en una pizarra la fecha en cuestión. Tal vez algo predecible dado el escenario, pero no por eso menos certero. Tuve que inventar una mala comida previa para explicar el intempestivo malestar, que luego comenzó a repetirse cada vez que siento olor a comida mexicana.

Mientras, Clark Gable ha hecho de las suyas en mis sueños. Puedo dejar de leer, de ver televisión, hasta podría dejar de conversar. Pero no de dormir. Y cuando parecía que las imágenes en medio de mi descanso no irían más allá de una bucólica tarde tendido en un prado, en medio de niños jugando, arbustos, flores y pajaritos, ¡pum! Aparecía nuevamente él, con coquetos lentes de sol, vestido con una guayabera, pantalones cortos y sandalias; caminando con tranquilidad hacia mí hasta detenerse, sentarse a mi lado y quitarse las gafas. Entonces, tras un instante indefinido de esos que en los sueños pueden interpretarse como un nanosegundo o una eternidad, largaba un suspiro desganado para luego atacar nuevamente: «Te queda poco», afirmaba el muy infame, «hasta el cinco de mayo de 2004».

Hace un par de meses me senté a cenar, solo y desganado, y vi el diario abierto en una página en que aparecía el afiche de una película de zombis próxima a estrenarse. No recuerdo el nombre de la película, pero en la imagen aparecían los muertos vivientes disponiéndose a devorar al lector, en medio de un cementerio de utilería. Cuando acerqué el pasquín para ver mejor aquel ingenio publicitario que llamó mi atención, cómo no, me asaltó a traición el texto grabado en una de las lápidas: «P. P. Espósito 30 de julio 1965 – 5 de mayo 2004». En ese momento, resignado, sentí cierto alivio porque mi tormento estaba próximo a terminar. Casi agradecido de que la fecha no fuera un arbitrario día de 2009 o 2014. Mas, la verdad, nunca pude acostumbrarme y pese a estar absolutamente rendido y tranquilo, cada golpe de aquellos me dejó atontado. Ese efecto tuvieron los episodios más insólitos, como cuando al cambiar la radio de una emisora a otra, camino a la pega (nunca dejé de escuchar radio en el auto, no tenía sentido, puesto que apenas la apagaba, la artillería comenzaba a llegar desde otro lado: letreros publicitarios, voces de la calle, etc.), se escuchaba la voz de un locutor que decía «vas a morir» y entonces yo apagaba la radio; pero cuando la volvía a prender, en la tarde, lo primero que decía el mismo locutor era «el cinco de mayo de 2004, es el plazo fatal». Agregando, tras un silencio miserable: «No hay más, ni lo sueñen». También la misma terrible sensación, un golpe de adrenalina seco y caliente que se

disparaba a mis extremidades y me dejaba alerta por un buen rato, sucedía a los recordatorios más triviales, como cuando sacaba un yogurt del refrigerador y el muy hijo de puta tenía escrito en la fecha de vencimiento «Consumir antes de 5/2004». No hace mucho, Oscarito me pidió ayuda para una tarea sobre Napoleón y estábamos entusiasmados trabajando en ella. Hasta que descubrí qué día se murió el enano desgraciado. Cuando terminábamos las tres cartulinas llenas de imágenes que sacamos de la web, que apoyarían su disertación, me preguntó con enorme ingenuidad: «Papá, ¿por qué no te gusta Napoleón?».

Un día, en la oficina, me detuve a mirar el cielo. Sí, el cielo, de pie frente a la ventana contemplé la inmensidad del telón acribillado de nubes, un hermoso tejido de cirrocúmulos, esas nubes altas dispuestas en filas muy regulares de varitas de vapor. Buscaba en él algún consuelo o al menos alguna idea tranquilizadora sobre aquello que podría encontrar tras el último suspiro. Entonces, no hice más que recorrer con mi vista cansada el ordenado celaje, para notar que una veintena de aquellos nubarrones rompía el orden y armonía de la composición, formando un nítido † V / V / MMIV. Esa tarde lloré por horas. Monique, mi señora, notó los vestigios del llanto cuando llegué a casa y me llevó al dormitorio a conversar seriamente sobre lo que pasaba. Sentados, cada uno en su lado de la cama, casi dándonos la espalda, girando el cuerpo y la cabeza lo estrictamente necesario. Algún subterfugio inventé, no lo recuerdo con exactitud, pero relacionado con el trabajo, con mi jefe, si no me equivoco. Un relato difuso y errático, que tuve que reiniciar un par de veces y en definitiva no la convenció. Fue un diálogo tenso y cargado de exigencias de sinceridad que duró una infinitud. Tal vez pensó que había otra mujer o algo parecido, quizás que la había dejado de amar; no fue específica en torno a sus aprehensiones, pero insinuó esas posibilidades. Por tal razón, pese a mis intentos de vivir mi tragedia en la clandestinidad, desde ese día su mirada se tornó un poco triste y comenzó a revisar mis notas y mi teléfono, sin el más mínimo recato. A veces incluso delante de familiares o extraños.

Para revertir la situación, Monique comenzó a planificar un viaje familiar a Europa. Su plan suponía juntar el dinero con calma y viajar en el otoño de 2005. El día que me lo dijo sentí una pena tremenda. Era el viaje que siempre quise hacer y era imposible adelantarlos, no había dinero ni razón para apurarse o endeudarnos más de lo que estábamos. Salvo una, que solamente yo conocía. Me mostraba revistas con imágenes hermosas de los lugares que le interesaba visitar, muchos y tal vez incompatibles en un viaje de un mes. Participé estoicamente de los preliminares más básicos y de la selección de lugares, insistiendo en criterios como que era mejor no ampliar el número de lugares que visitaríamos si el tiempo era acotado, centrarnos en Francia y Europa Mediterránea, darles preferencia a hospedajes económicos porque nuestro interés no era conocer hoteles sino atractivos turísticos, etc. Durante esos preparativos varias veces se coló en alguna revista o catálogo alguna observación soterrada sobre mi muerte el cinco de mayo de 2004, algunas veces en palabras, otras veces semiocultas en las imágenes. Fueron, tal vez, las señales que me parecieron más crueles de todas.

La fecha se fue acercando y con ello las alarmas se volvieron más genéricas e intensas, recurriendo a las herramientas gramaticales que entrega la cercanía temporal. Comenzando por hacer referencia al próximo año, en lugar de al 2004. Luego, iniciado el año, al cinco de mayo a secas; recientemente al próximo día cinco, la semana pasada a la semana que viene. Al próximo martes. Hoy, cuando desperté, en la TV de Nachito, mi hijo menor, sonaba fuerte el contumaz coro del tema central de la comedia musical *Annie*: «Mañana». Ya no importa nada, *Alea iacta est*.

Tradicionalmente se dice que la única certeza que tiene el hombre es que va a morir, pero

dicha seguridad es acompañada de la dulce imprecisión de no saber nada más que eso, el hecho mismo. Los seres humanos han aprendido a vivir así. Y aunque en algunos juegos tipo cadena que circulan por internet nos entreguen la supuesta fecha en que ello ocurrirá, no pasan de ser pasatiempos sosos. Pese a ello, algunos toman distancia incluso de esos pasatiempos: con la muerte no se juega. ¿Seré yo el único que tuve el maldito privilegio de recibir a la fuerza más información? ¿Por qué? Hoy ni siquiera siento curiosidad; probablemente habrá algún motivo. O tal vez lo ocurrido no ha sido más que un extraño desorden de la providencia. Hace tiempo que me aburrí de pensar en eso, ahora aprovecho de ver el noticiero central con tranquilidad, entrevistan a una mujer que reclama desesperada la falta de atención médica a su padre, en medio del paro de los trabajadores del sector público. «Si no lo atienden *altiro* se va a morir», dice entre poco atractivos sollozos. Luego el presidente de la federación de los trabajadores de la salud entrega sus razones. Mientras, yo ordeno documentos en el escritorio, sobres con nombres e instrucciones, sin emoción alguna.

EL ENCANTO

«En las pequeñas tabernas de Chile, en medio de una ensordecedora mezcla de cantos, maldiciones, juegos de naipes y duelos a cuchillo hay hombres con rostros de ardillas y de otras cosas, que cuentan a diario estremecedoras historias de caballos, mujeres, hombres con ojos de monos, minas de plata, serpientes marinas y del pesebre de San Patricio. Y hay historias de todo tipo: desde las que surgen simplemente del humo de tabaco, hasta aquellas que se gestan en los vapores del whisky. Dos o tres de ellas son verídicas».

Bertolt Brecht

Cada vez son menos quienes practican la sana costumbre de dejarse caer en una cantina a pasar un rato por el mero placer de estar ahí. A compartir soledad con otros que tuvieron la misma peregrina idea; sin expectativas, sin inhibiciones, sin miedo ni un programa. Solamente a beber, incluso los brebajes más repugnantes, como cerveza mezclada con agua. A conversar en su caso, y a veces a escuchar. Como Homero en *Los Simpsons*. Reconozcamos que no hay muchos lugares en nuestras tierras que ofrezcan el ambiente del bar de Moe. Yo comencé a hacerlo cuando mi primer matrimonio naufragaba, llegaba a mi casa y apenas mi mujer me empezaba a buscar bronca, yo daba un portazo, caminaba dos cuadras y llegaba al *VOX'S*, la taberna del barrio. Poco tiempo después estaba separado, pero al *VOX'S* nunca más lo abandoné.

Dicen que se llama así porque fue el último lugar en que se presentó en vivo el grupo de Rodrigo Eitel, del mismo nombre, varios lustros atrás. Cuentan que en alguna oportunidad Eitel se peleó a combos con Redolés en la puerta del baño. Dicen también que a veces iba una chica de un grupo axé, no sé de cuál porque mi conocimiento del género es bastante precario, pero era uno de los grupos famosos, y se ponía a tomar *caipirinhas* por montones. Una vez pidió que no la fotografieran y comenzó a bailar desnuda sobre las mesas. Demás está decir que su requerimiento fue desatendido y las imágenes, que luego circularon a mansalva, contribuyeron a masificar el nombre del bar. ¡Tantas anécdotas que tiene el boliche! Algunas las he presenciado, como aquella vez que en la *VOX'S*-fonda apareció un morocho que dijo ser descendiente del Mulato Taguada y abrió fuego en una guerra de payas con Daniel Muñoz. ¡Nada pauteado! De hecho, la prueba de eso es que Muñoz dejó a su grupo de cuecas bravas mirando y al final no tocaron. El Negro era un espectáculo imposible, de un talento y chispa nunca antes vistos. No se le vio más en lado alguno, por lo mismo circuló el rumor de que no era un tataranieta de Taguada sino su reencarnación. También estuve aquella vez que una vieja, bien regia la tonta, llegó con un milico, parece que retirado, pero del alto mando del ejército, y se puso a mostrar fotos de 20 × 25 de torturas

impresionantes tomadas el '77 en la Venda Sexy. Repugnante e inolvidable.

A veces van algunos famosillos, pero los comensales habituales somos otros. Porque en general el boliche no es ni bueno, ni barato, ni bonito. Ni siquiera muy limpio. Y si uno va una noche cualquiera tal vez no pase nada interesante ni conozca a alguien que valga la pena, porque los que lo frecuentamos somos, en general, simples perdedores. E insisto, no es mucho lo que se socializa, no hay tema. La clientela estándar del VOX'S bebe en silencio, aprovecha que la música llene el ambiente, presencia el show sobre el escenario, si lo hay, o lo que la oportunidad depare bajo el tablado. La gran mayoría de las mesas están ocupadas por especímenes de sexo masculino, de entre 30 y 60 años, silenciosos e intrascendentes. Fracasados. En general, consumidos por algún vicio o por su propia historia. Algunos reflexionan o parecen reflexionar; incluso podemos ver a dos o tres hombres de mundos diametralmente distintos sentados frente a frente, compartiendo un solo trago en silencio. Cuando mucho escuchan lo que los osados conversan. Las pocas mujeres que van, muchas veces acompañando a algún varón, son las que dialogan de manera tradicional.

En algún momento, hace mucho tiempo, algunas charlas o monólogos ocurridos dentro de las paredes del bar trascendieron y sirvieron de buena publicidad. Entonces, alguien tuvo la maravillosa idea de instalar un gran letrero de madera oscura con letras blancas en el frontis que dice: «Esta es su casa, acá podrá comer y tomar. Y estamos ansiosos de escuchar lo que tiene que decir». Así fue que el VOX'S se consolidó como un lugar de culto, mencionado en catálogos franceses e italianos dado su carácter único: los que hablan o se muestran, o de cualquier modo asumen un rol protagónico, lo hacen con la seguridad de que los presentes atenderán a lo que desean compartir, aunque sea la perorata más estúpida o la *performance* de peor gusto. Me ha tocado sufrir varias de aquellas, mas lo importante es que aún en esos casos no hay un equivalente al «monstruo» del Festival de Viña que devore con patas al número estelar, basta con el silencio o la indiferencia. Pese a tal garantía, jamás me he atrevido con una alocución, mi rol siempre ha sido pasivo.

Toño, el barman, lleva años trabajando ahí. Su experiencia no le serviría en ninguna otra cantina porque las reglas no escritas del VOX'S son demasiado atípicas. Basta afirmar que aquellos a quienes se les fía suelen pagar, religiosamente. Lo que hay en el fondo es un cariño enorme al lugar, a su cultura, a su excentricidad, a su perfecta desventura. Toño tiene una relación casi paternal con los garzones, un equipo de cuatro o cinco hombres y dos mujeres que parecen haber sido siempre los mismos. Tal vez lo han sido. Conocen a los habituales, como yo, y saben cómo tratarlos, a cada uno con sus mañas. Saben también que un desconocido es una oportunidad de animar el ambiente. Pero también puede ser un asesino. Tienen suficientes herramientas como para salir del paso en toda situación.

En noches mágicas ha llegado algún forastero que comienza su juego con algún giro del tipo: «Así que este es el famoso VOX'S», luego pide un trago y se sienta al lado de alguno de los clientes, que usan la técnica de dejar una silla vacía separada de la mesa como señal de receptividad; si prefirieran el aislamiento le pedirían al garzón que la saque o ellos mismos se hubieran encargado de dejarla bien apretada a la mesa o depositada sobre ella, patas para arriba. Estos oportunos extraños muy rara vez vuelven. Algunos sospechan que es el mismo dueño que, dicho sea de paso nadie sabe quién es, el que los contrata. Lo más probable es que se trate de personajes que quieren dejar algún registro de su paso por la cantina, para difundir su «cuento». O aprendices de *stand up comedy*. Lo cierto es que buena parte de las grandes aventuras las cuentan

ellos, sin mayor introducción ni justificación: «Te voy a contar sobre aquel día...» o «Era agosto de 1989...», son rugidos de motor con que las narraciones suelen arrancar. Luego siguen caminos sinuosos, se entrecruzan, se combinan con canciones, bailes; se forman escenografías con sillas, platos, bandejas... incluso con ayuda de la humanidad de los propios mozos: «Ponte ahí y abre los brazos, Luchito, solo un poquito... *eeeso*, así mismito estaba el cornudo en medio de la calle y los autos silbaban a cada uno de sus lados...». Cuando terminan, si terminan, sus libretos reales o ficticios, espontáneos o planeados, se sorprenden a sí mismos en medio de círculos concéntricos de atentos comensales que abandonaron sus mínimas cavilaciones para regalarles toda su atención. Si el espectáculo ha sido bueno regalan aplausos.

Hace un rato llegó al VOX'S un tipo raro. Engominado y con colita, en plena noche usa lentes oscuros y tiene un trío de lunares grandes en la mejilla. Usa una chaqueta que le queda bastante ajustada, cubierta de manchas y pelusas. El hombre pidió una piscola y se sentó frente a España, uno de los habitué, que estaba a punto de vaciar su segundo jarro chopero y parece que se preparaba para ahuecar el ala. «¿Puedo?» Preguntó el tipo de las gafas. España se mantuvo en silencio, pero hizo un gesto de aprobación y depositó los antebrazos sobre la mesa, inclinando su cuerpo levemente hacia el visitante. Entonces, el hombre se quitó los lentes que escondían unos ojos grandes y dulzones y sin más preámbulo habló: «La historia que te voy a contar, dijo, es sobre una paradoja de la creación, al que llaman el Encanto». «¡El Encanto!», me dije a mí mismo, escuchando la conversación desde la mesa vecina, pero si ese hombre es de acá, su historia ya la conocemos! Motivo adicional para acercar mi silla a la mesa de España y el nuevo narrador, legitimando mi irrupción con un simple «¿A *veeer*?». Sonaba entonces fuerte en la radio del local Nydia Caro, interpretando emocionada *Hoy canto por cantar*, Toño, atento al visitante, le bajó el volumen al aparato, hasta dejarlo relegado a un leve susurro, a la espera de que aquel sujeto contara lo que tenía que contar.

«El hombre era muy feo —continuó—, con muy mala facha y además bien *rasquita*. Mal vestido, mal hablado, de no muy buen olor... Sin profesión ni oficio conocidos, hasta donde se sabe vive de la venta de cosas usadas, tal vez robadas, de todo tipo por Yapo.cl y Mercadolibre. Algunos dicen que lo han visto de colero en ferias libres, ofreciendo al público cachureos de toda naturaleza, eso no lo creo, no cuadra. Pero es un hecho que vive con lo mínimo. El tema es que llega acá bien seguido con mujeres increíbles. Hermosas. Putas, pensará uno. ¡De ningún modo!, eran chiquillas finas, cultas, profesionales. Alguna casada. ¿Qué piensas tú si ves a un tipo feo, mal vestido, que llega noche por medio con una mina distinta? Apuesto a que asumes que es un excéntrico con plata».

«¡O que tiene el pico de oro!», interrumpió el Toño desde la barra.

«No, no, no, viejito», lo contradijo el visitante, «las mujeres no funcionan así, no puede haber sexo tan bueno que por sí solo enamore a una fémica sin importar en lo más mínimo el hombre. Por lo demás el tipo era cincuentón, obeso y diabético. Y no se cuidaba, cada vez que pedía un copete decía que no debería tomar por la diabetes, pero 'qué le vamos a hacer'. ¿Qué puedes concluir de todo eso?».

«Que el hombre no solo tenía el pico de oro, sino que además era encantador, divertido, caballero... las cosas que mi señora me pedía ser», le contesté en tono socarrón. Parecía bastante razonable lo que decía sobre el Encanto, pero me disgustó profundamente que un aparecido, que llegaba a nuestro sitio, a contarnos un relato, que conocíamos tanto o mejor que él, desestimara una de las posibilidades que se han rumoreado sobre uno de los héroes del panteón del VOX'S.

Podría agregar a su lista que es un fumador empedernido y que tiene problemas de uñas encarnadas. Cuestiones, a mi juicio, irrelevantes.

«En fin», continuó, «piensa lo que quieras, viejito, pero estarás de acuerdo conmigo que las mujeres no funcionan así...».

«¿Cómo se supone que pensamos?». Interrumpió ahora una morena de pelo corto y cuello grueso, una de las dos mujeres en el lugar que acompañaba a un tipo muy parecido a ella.

«¡De manera compleja! ¡Por favor!», exclamó el hombre. «La realidad es compleja, hombres y mujeres somos distintos, eso lo sé, eso es básico: Marte y Venus. Elemental, archisabido; pero si me dicen que una mujer podría perder la cabeza por el sexo que le pueda entregar un hombre horrible y decadente, lo podría aceptar. Pero ¿dos?, ¿diez? No, esas cosas no pasan ¿O pasan?», insistió girando la silla y parte del torso para mirar a los ojos a la morena, que hizo un gesto de aprobación. «Porque eran muchas, muy bonitas y muchas, ni una sola fea». “¿Me trae otra piscola, amigo?”, interrumpió un segundo al ver a uno de los garzones. «No, ninguna fea. Supongo que acá varios lo conocen, porque venía hartito acá».

«Viene», interrumpí yo.

«Entonces me darás la razón, viejito», me emplazó, “quiero que conozcan la historia vista con imparcialidad, desde afuera...».

«Continúa, el auditorio es tuyo», inquirí interesado en su versión, parecía muy dispuesto a jugar de acuerdo a las reglas y creí que lo hacía para vanagloriarse, advertí que su teléfono yacía sobre la mesa con el grabador de voz corriendo.

«Sí, viene acá, y su leyenda ha crecido tanto que es la principal razón por la que vine a conocer el famoso VOX’S. Su epopeya va de la mano con este lugar y somos muchos los que sin conocerlo sabemos lo especial que es, pero ¡en fin! Es en el fondo un bohemio, pues se pasea a veces también por Bellavista, el Barrio Alto, Concón; siempre en el auto de la mina...».

«¡Corta el sexismo!», disparó de nuevo la mujer.

«De la chica con que anduviera», corrigió, “porque ni siquiera sabe manejar; otro de los ingredientes de su leyenda: cuando anda solo —o sea muy pocas veces— anda a pata. Cuando está acompañado lo acarrear. Quienes han conversado con él cuentan que ha intentado aprender a manejar, pero no hay caso. Por lo demás, no le parece urgente. Da la impresión de que el mundo ante sus ojos es muy aburrido. No alardea de sus conquistas cuando es visto con ellas, no las muestra, de hecho, camina un par de pasos atrás; parece esconderlas. Su verdadera prioridad en la vida es su madre. Vive con ella y no se avergüenza cuando dice que se tiene que ir porque su ‘mamita’ lo está esperando. ¡Y lo más increíble es que las mujeres aguantan eso, viejito! Su momento, su gran momento fue cuando anduvo con la Fancy, la del matinal, pero eso duró poco. Semana, semana y media con suerte. Pero alcanzó a aparecer ya entonces en los programas de farándula; el tema es que en ese tiempo quedó la duda sobre si él había sido el que le rompió el corazón a la modelo o había sido el guardaespaldas de la chica. Para la prensa rosa él no era un buen blanco, por feo y pesado, ¡cero *glamour*! Así que ni siquiera investigaron mucho. Yo he hecho toda la investigación, porque quiero escribir un libro sobre él, ¿saben? ¡En serio! ¡No se rían!».

—¿Qué tipo de investigación? —preguntó preocupado Toño.

—Periodística, *po* hombre. No va a ser científica.

—Policial podría ser y pregunto porque...

—¡No! No diga más, nadie quiere a un *spoiler* aquí...

—Dale, dale...

—Retomo entonces, ¿en qué estaba?

—En la Fancy.

—¡Claro! ¡La Fancy! Quedó la duda sobre si había tenido una relación con la Fancy o no, de todas maneras, se hizo un poquitín conocido y algunos le siguieron la pista. La Fancy quedó *pa'la* corneta, directo al sicólogo, estuvo un par de semanas fuera de la tele; drama total. Y el Encanto, *leeendo el hueón*, el martes siguiente, llega acá con la Filipina. ¿Se acuerdan de la Filipina?

«¡Cómo olvidarla!», comento. Era una bailarina clásica, pelirroja de ojos azules, delgada, pero poseedora de una figura maravillosa; bailaba con un grupo de danza contemporánea que estuvo de gira por Chile, apostaría que para un Santiago a Mil. De filipina no tenía nada, excepto el nombre artístico, que entiendo se originó porque la malla de baile que usó en alguno de sus espectáculos anteriores, que ya nadie recuerda con certeza, estaba hecha con una bandera de Filipinas. Como tantas veces, solo quedaron migas: el recuerdo de la malla y el apodo. En el VOX 'S no bailó, pero vino varias veces, la primera con unos guardaespaldas negros, enormes. La segunda, era que no, con el Encanto. ¿Qué pudo pasar entremedio? ¡Impresionante!

«La Filipina fue otra de sus víctimas» —prosigue el exótico narrador—, “se enamoró, perdió la cabeza por el Encanto. Y el hombre una semana después apareció con otra chica, una mujer tanto o más hermosa y con un puestazo en la Cancillería; y al día siguiente con la Filipina de nuevo. Sin pudor, sin esforzarse en desconocer alguna de las ‘relaciones’, pero sin presumir tampoco. Detengámonos un momento para impactarnos más: se engrupe a la Fancy, luego a la Filipina y paralelamente a esta otra mujer. Viene un día con la bailarina, el otro con la diplomática, uno con la bailarina... ¡y así! Apareció también en otro local con una de ellas, uno más pituco. Hasta que se enteraron. La bailarina primero, la mina se volvió loca y fue al trabajo de la otra: ¡Al ministerio de Relaciones Exteriores, ahí donde antes estaba el Hotel Carrera, *poh* viejito! A hacer el tremendo escándalo. Y si digo escándalo me quedo corto, comenzó a gritar, a botar los maceteros y a quebrar cosas, luego se tiró al suelo y cuando los guardias trataron de calmarla le rasguñó la cara a uno y casi le sacó un ojo. Esa noche, ¡esa misma noche! el Encanto llegó con la Filipina en todo su esplendor, vestida con un traje rojo, bonito, peinadita, ¡Como si nada hubiese ocurrido! Se le veía victoriosa, según dicen. Pero como a las doce se fueron y a la una el *máster* volvió a entrar de la mano de la diplomática. ¡*Tate!* Se veía derrotada esa loca, se notaba que había llorado, pero trataba de pasar piola, como sea: fue ella la que se fue con el hombre al final esa vez; y fue ella la que siguió apareciendo con el Encanto los días siguientes. Hasta que de un día para otro no se le vio más y apareció con la chica de los bikinis. ¿Cómo se llama? ¡Otra celebridad! Candidata a Reina de Viña y habitual en comerciales y teleseries. Y linda hasta el exterminio...».

«La Keka» —complementa el Toño—, “pero eso fue un par de meses después, fue casi la última antes de...».

«¡Puede ser! ¡Puede ser!» —se apresura el forastero a recuperar el control del discurso—, “una entre muchas. Una noche a su lado, luego abandonada, despreciada. Imaginen el pelambre. Vinieron de un par de programas de farándula a hacer su trabajo, pero entre que no lo podían creer y que no les convencía el chisme para la tele. Demasiado penca el ambiente. Con respeto lo digo, por algo vine acá, pero es la verdad. Apareció en las revistas, pero sin la cobertura ni las grandes preguntas que hasta el día de hoy nos hacemos. Salvo una teoría interesante que metía al Cartel de

Sinaloa en el misterio, lo que explicaba buena parte del entuerto, lo de la Fancy y la Keka, por cierto, lo demás era descriptivo, evitando lo políticamente incorrecto que resulta hoy preguntarse: ‘¿Cómo una chica como ella anda con un perdedor como él?’. La revista, no recuerdo si la Caras o la Cosas, estaba al frente, a la vista en el quiosco, ese día. Con una foto grande de la Keka en bikini y una chiquita de los dos abajo, en un recuadro. Saliendo del auto de ella, acá afuera. Bueno, en realidad el quiosco ya estaba cerrado a esa hora, pero tómenle el peso. Llega el hombre, ahora con otra, como a las diez de la noche, un día jueves. En un taxi corriente. Se baja con otra modelo, no famosa, pero de ojos celestes, grandes, hermosa. Distinguida, elegante, como todas. Cansa repetirlo, pero así era. Llegaba acá... Viejo, ¡acá! No dejen de prestar atención a eso, siempre acá. De la mano, acaramelados, como recién casados. Ella sobria en su elegancia, él con jeans gastados por el uso, con unas hilachas pocas, una camisa corriente, suspensores, una chaqueta de cuero barata y un gorrito de lana. Se sentaron a alguna de estas mesas...».

«La de atrás, dónde están los jóvenes» —precisó el Toño, indicando la mesa de la chica de pelo corto y su acompañante, que seguían con atención el relato y en ese instante se retorcieron en sus puestos con bastante incomodidad—. “La mesa es la misma y está en el mismo lugar. Las sillas... bueno, las sillas son todas iguales».

«Se instalaron» —retomó el dueño de la palabra— “en ese lugar y se miraron, tristes por un buen rato. Si se dijeron algo fueron susurros, nadie escuchó nada, ni mover los labios. Pero fue por un largo rato. Una hora, ponte tú. Tal vez más. No pidieron nada. ¿Cierto?” —se dirigió al Toño, quién ratificó el punto moviendo la cabeza— “Se miraron, hasta que de pronto sin decir nada ella se puso de pie y fue al baño...».

Cuento aparte: el baño de mujeres del VOX’S (el de clientes, porque el personal tiene un baño común, hasta donde yo sé), es un pequeño universo aparte, limpio y cuidado. Como van pocas mujeres, algunos machos lo usan cuando el de hombres está ocupado. Yo lo he hecho y no niego que me siento bastante incómodo y culpable. Ese ambiente color crema, esa mesita, con un tubo de aromatizante de lavanda y un cartelito plastificado detrás que dice: «Amiga: cuida este baño como el de tu casa, que no se note tu paso por este lugar», son pinceladas de un cuadro de otro museo. Muy lejano, muy distinto. Pero como está limpio y fragante, las clientas lo cuidan como se cuidaba el Metro de Santiago cuando parecía una joya. Algo para confirmar la «Teoría de las ventanas rotas», sin duda. Eso seguramente el visitante de la colita no lo sabía y tal vez nunca lo sabrá. No lo mencionó en su narración y yo no quise agregar ese detalle que tal vez, sin ser un aporte central, permitiría variar el colorido de su libro, y permitiría también que la imagen que se van a formar sea menos siniestra. Y si no, menos vulgar.

«...Se demoró, en algún momento se sentó en el excusado. Tal vez se miró un rato al espejo antes. Eso no se va a saber jamás. Pero fue cuando estaba sentada que se disparó. En la boca, con una pistola Famae de esas que usan los pacos. Se escuchó el disparo y la gente corrió, la mayoría arrancando del local, solo algunos al baño. Alguien preguntó desde afuera si estaba bien...».

«¡No!» —Interrumpe por enésima vez el Toño—, “yo entré al tiro, no iba a estar preguntando tonteras si se había escuchado un disparo...».

«¿Y qué fue lo que viste?» —interrogó ahora rendido el forastero, asumiendo que en esta parte la versión de primera fuente del Toño era insuperable.

«Preferiría olvidarlo» —dice el barman con un suspiro—, “pero ya que estamos en esto... en principio no vi nada, el baño vacío me dio un poco de miedo. Yo estaba desarmado, pero con la seguridad de que el balazo había salido del baño me acerqué con cuidado a las tazas. Ahí fue que

pregunté si estaba bien. Golpeé la puerta y entonces vi un hilito de sangre que corría por el suelo desde el interior. Abrí la puerta del wáter y ahí la vi, con la cabeza reventada, un hoyo en la nuca. Sentada en la taza, con los calzones abajo, la cartera al lado y el cuerpo sobre los muslos. Así” — demostró el Toño mientras se sentaba en una banquita, dejando caer el cuerpo hacia adelante mientras continuaba sentado—. “Esta parte” —dijo, tocándose la nuca en la misma posición, bastante incómodo— “era una masa roja, el fondo del baño estaba salpicado y lo más importante, cerca de su mano, la otra, no la de la pistola, había un papel de cuaderno con una nota o carta, en que le juraba amor perpetuo a ‘mi perrito’, y decía que si no podía tenerlo para siempre para ella, no valía la pena vivir...».

«¡Se *suicidoó!* ¡Se suicidó, *poh* viejito!” —retoma el hombre que no quiere perder protagonismo en la narración del drama que nos convoca—. “Se quitó la vida por amor al susodicho. ¿Ese es el fin de la historia? Podríamos decir que sí, luego de eso al Encanto se le vio mucho menos. Menos, pero después de aparecer en los diarios y generar varias habladurías sin asidero, fantasiosas. Insistieron en lo del Cartel de Sinaloa, en que era el hermano escondido de los Piñera. ¡En fin! Ninguna de ellas confirmada. Ya ven” —dice entonando un cierre tipo discurso político—, “no hay misterio más interesante que el del Encanto... pronto en librerías...».

Se escuchan un par de aplausos desde el otro extremo del bar, cerca de la entrada. La emoción me llevaba a hacer lo mismo, pero me doy vuelta y lo veo; está aquí. El Encanto en persona ha ingresado una vez más en el VOX’S, no sé en qué momento. Anda con chalas, unas bermudas de un color pardusco, una polera rosada con cuello piqué y una guitarra acústica con poco uso en la mano; se escuchan murmullos y crujidos de silla. Por un momento pienso en un show muy bizarro, considerando la guitarra: imagino que canta algo así como un epílogo de su propia historia, algunas estrofas sobre la suerte del Don Juan posmoderno de los bajos fondos santiaguinos. Pero nada de eso, el Toño vuelve a subir la música y se escucha a Tom Jones cantando *Sex bomb*, mientras el hombre camina a la barra y el narrador —que pide otra piscola— revisa la grabación del teléfono. Frunce mucho el ceño, al parecer no grabó todo o no se escucha bien. Los comensales por su parte cambian el tema de conversación; la chica de pelo corto y quien ya se había identificado como su hermano, acercan sus sillas a la mesa de España y el forastero de la colita, inaugurando una tertulia de difícil pronóstico, esta vez guiada por ella.

El Encanto, ya en la barra, le muestra la guitarra a un muchacho de pelo largo y crespo que viste una polera de los Dead Kennedys, el joven la revisa minuciosamente, pero no la toca, luego le entrega varios billetes de diez y cinco lucas y se retira conforme con el instrumento sobre el hombro. Por otra parte, el inefable vendedor toma asiento en una mesa apartada y pide un chacarero y una michelada. Se ve más gordo que nunca. A veces pienso que si solo pudiera haber gozado en carne propia alguna de aquellas anécdotas, que fuese parecida en algún sentido a las tuyas, mi presencia en el universo, de algún modo, se justificaría de una vez y para siempre. Y siento algo raro cuando pienso que, pese a haber tenido la cantidad impresionante de mujeres que tuvo, y que tal vez seguirá teniendo, eso pareciera no importarle. Mientras, en otra parte de la ciudad, algún virgen de más de treinta, con mejor apariencia física que él, sufre el rechazo o la indiferencia de la mujer que admira, sin que exista nada, ¡nada! que explique esta sinrazón.

Permanezco varios minutos mirando el jarro de schop, casi vacío, con algo de espuma fétida en el fondo. Me queda plata y quiero tomar algo más. Entonces me pongo de pie y me acerco al portento, le pregunto cómo está. ¡Muy bien! —me dice— e indica una silla, para que lo acompañe un rato.

PUNTA DE DIAMANTE

—Tienes que soplar y pedir tres deseos —me dice mi hijo entregándome un diente de dragón.

Miro la insignificante esfera de pelusas e intento que alguna motivación para vivir llegue a mí, espontáneamente. Algo para no mentir una vez más, sin fundamento ni razón. Pero no, no tengo nada que pedir. No quiero nada, no siento nada. Soplo en dirección al diminuto capricho de la naturaleza, sin fuerzas, como un enfermo terminal y parte de ellas se desprenden iniciando un vuelo aleatorio e intrascendente. Soplo entonces un poco más fuerte y le entrego el tallo desnudo a mi hijo.

—¿Qué deseos pediste? —me tortura con su menuda voz.

—No te lo puedo decir —le contesto, fingiendo una sonrisa de padre sabio y protector—. Si te lo dijera, mis deseos no se cumplirían.

Después de eso, permanezco sentado al lado de esa pequeña personita que debería llenar de júbilo mis días, con la mente en blanco. Él me cuenta una aventura de los *Paw Patrol*, en que hay un perro que habla y es bombero, creo que otro es policía. O algo así. Intento generar un diálogo, contribuyendo con un «ahá», un «mmm» o un «¿y qué paso entonces?», simulando prestarle atención.

Minutos más tarde llega su madre, mi ex, y se lo lleva. Un frío beso en la mejilla pone término al trámite. Ahora puedo descansar de la hipocresía. Pero no sé dónde ir.

Camino sin destino, prendo un pucho y me acerco a mirar la vitrina de una tienda en que ofrecen a la venta montones de utensilios que no creo puedan interesar a alguien en estos tiempos: juguetes de mala confección, libretas, papeles, lápices chinos. Entre tales cachureos llama mi atención la caja, desteñida por el paso del tiempo, de *Mi gran país*, un juego de mesa ochentero; la versión del conocido *Monopoly* manufacturado por la criolla *Plásticos Pardo*. Me parece que ofrecen a la venta en \$2.990 —el precio está muy borroso, podría ser también \$8.990 o quizás \$990—. Siento por un instante una conexión potente con el pasado, esos tiempos duros en que un juego de ese tipo podía alegrar a un niño pobre como fui, por meses. Años en que sufrí hambre, miedo, malos tratos y abandono. Pero así también pude ser intensamente feliz con pequeñeces como ese juego. Chupo con vehemencia la colilla del cigarrillo, pero se acabó y no me quedan más. La ansiedad y el vacío, por el contrario, siguen ahí. Sigo mirando la caja del juego, que parece devorada por la fotografía del cerro Santa Lucía con sus árboles y estructuras palaciegas, confinando la imagen del edificio Diego Portales a un secundario rincón, allá en la esquina superior derecha. Recuerdo que en el cerro di mi primer beso, a Marina. ¿Qué será de Marina?

Me doy vuelta para continuar mi insípido trayecto, pero inmediatamente y sin una razón especial me devuelvo y entro en el local. Está oscuro, desordenado y con un fuerte olor a

desinfectante ambiental *Lysoform*. Lo atiende una señora de unos sesenta años, que usa enormes lentes bifocales de marcos gruesos. Está sentada, tejiendo en silencio en un rincón. No me saluda, no hace ningún gesto que demuestre que se ha percatado de mi presencia. Me acerco, apoyo las manos en una vitrina y le pregunto:

—¿Cuánto vale *Mi gran país*, el juego?

Ella levanta la vista y dice algo que no escucho, en la medida en que mi expresión denota que no la oí o no la entendí, repite con más claridad:

—Disculpe, ¿qué se le ofrece?

—El juego —insisto—, el juego de mesa *Mi gran país*, está en la vitrina de afuera, dice \$2.990. ¿Es el precio?

La señora se pone de pie con dificultad, toma un bastón inglés y camina hacia el exterior para ver el producto. La acompaño y le indico la caja, ella entra de nuevo a la tienda, quita los estorbos y lo saca, toma un paño desteñido y le quita el polvo.

—Es un clásico —dice—, tiene las calles y barrios de Santiago; el Club Hípico, el estadio, las torres de gas... y mire, tiene billetes bonitos. Son los de antes de la UP. Ya no los hacen con ese detalle.

Sin más trámite lo compro y continúo mi deambular con la caja bajo el brazo, sintiendo un calor imaginario proveniente de su interior, pensando que este juego pudo haber sido uno de los deseos que debería haber pedido un rato antes.

Tras unos pasos llego a un territorio que me intimida, es una punta de diamante, un lugar en que una calle diagonal termina en una plazuela con una fuente circular de cuatro bandejas de agua. En los rincones, decenas de escaños, que alguna vez fueron verdes, reposan en silencio. En un par de ellos hay gente solitaria haciendo una pausa en sus vidas. Tal vez esperando algo. El panorama agudiza mi angustia, con la mano derecha acaricio la caja que llevo sujeta fuertemente bajo el brazo izquierdo. Con algo de flexibilidad, podría decirse que *Times Square* es una punta de diamante o por lo menos algo muy cercano a la noción que tenemos de ese tipo de esquina. Una punta de diamante gigante, mórbida, que encandila con su grosero tamaño y sus luces capitalistas; turba y aliena. Tal vez no sea malo ser aplastado por ese escenario, permite el goce del exceso y la pretensión. Algo de eso encontramos también frente al Obelisco, en Buenos Aires, señalado de manera tal vez no tan punzante, pero certera, por el cruce de Corrientes con Presidente Roque Sáenz Peña: otra punta de diamante, recuerdo que cuando estuve ahí hace un par de años, sentí también una sensación extraña, pero nada como esto, tenía que ver más con soledad; eran los tiempos en que aún sufría la soledad. Pues son en definitiva otras las puntas de diamante que enternecen e inspiran. Son muchas en este lugar del mundo, portadoras de historias mínimas, imbuidas del desconcierto de la repentina reunión que abre el barrio e insinúa el trabado camino de aquella calle diagonal, que va formando estos parajes, una y otra vez, en la medida que se abre paso rompiendo la monotonía de tablero de ajedrez de las perplejas calles paralelas.

Recuerdo otros empalmes semejantes, buscando la explicación a las extrañas sensaciones. Como aquella en que confluyen las calles Juanita Aguirre y Alfonso Donoso, intersectando ambas la avenida Libertad, en San Bernardo. Ahí donde estaba la amasandería del Polo, un tipo ganador, medio delincuente. Trabajaba con un calvo muy delgado, un personaje extraño que acarreaba las mercaderías. Siempre pensé que ese flaco algo quería o algo tenía con mi mamá. O el ángulo muy agudo que formaban las calles Capitán Godoy y Primero de Mayo, al llegar a Bulnes, que para mí representaba el comienzo del trayecto a la casa de mi alcohólico padre, allá lejos, al lado de una

venta de ropa usada que llamaban de manera irónica Muricy, pretendiendo que era la versión pobre de la extinta cadena de tiendas departamentales. Hoy, este lugar en especial, me repele, pero desafiando el malestar me instalo en una de las bancas.

En el vértice mismo hay un negocio de venta de lanas, *Lanas Dina* se lee en tres letreros ubicados en el frente y en cada uno de los lados del boliche. El frontal es más grande, está muy sucio y tiene un logo de lo que supongo es una marca de lanas con la silueta de un cisne. Sus vitrinas son una explosión de colores y texturas. Por un momento pretendo entrar, pero, contenido por la experiencia inmediatamente anterior, pienso en lo terrible y carente de juicio que sería volver a casa con un juego de mesa y varios rollos de lana. Ridículo, con todas sus letras. Además, justo en ese momento, sale una mujer de la tienda y toma con dificultad un letrero abatible que anuncia en una lista los productos estrella del local: «Lanas de todos colores, palillos, agujas e hilos», lo cierra y entra con él a la tienda.

La calle a unos metros es casi una autopista, con mucha circulación de vehículos. Pasan tan veloces que no se puede apreciar más que su silueta. No hay un semáforo que detenga su vértigo. Los cruces peatonales deben estar en otro lado, lejos, supongo. Si los hay. Tras la avenida una luz anaranjada, que sugiere la puesta de sol, hace invisible el panorama, quizás hay otro mundo más allá de los automóviles. Comienza a hacer frío, tal vez debí haber traído una chaqueta.

A lo lejos se escucha algo parecido a música que comienza a acercarse. Son dos muchachos de cadencioso andar. Uno lleva una enorme radio en sus manos, de la que proviene la canción, es reguetón. Me descompone el reguetón, es una cuestión física, pero también del alma. Me hace imaginar un callejón sucio, oscuro, con basureros llameantes y toneladas de desperdicios esparcidos por doquier; en que aparecen negros y puertorriqueños con jockeys cuadrados, enormes, ataviados con cadenas doradas colgando de sus cuellos, empuñando pistolas de manera horizontal. Listos para traficar drogas y violar mujeres. En realidad, lo de las drogas y las violaciones no me causa tanto rechazo, son formas de comportamiento humano que no pretenden legitimidad, terribles pero honestas. Lo medular es que el reguetón es una expresión artística —si se le puede llamar así— que simboliza los días que no quiero vivir, estos días. Cuando era niño y las cosas eran más fáciles no había reguetón.

Decido abrir el juego y miro su colorido tablero, un cuadrado plegable lleno de casillas que invitan a seguir las reglas: impulsado por el azar de los dados avanzarás más o menos, pero siempre en el mismo sentido. Constantemente marchando en una ruta estricta hasta llegar a una esquina, momento en que estarás obligado a girar, para continuar otra recta. En algún momento te detendrás, comprarás, especularás; con la intención de derrotar a los otros participantes para, en definitiva, si te va bien, hacerte rico. Recuerdo que rara vez terminábamos de jugar, si alguno de los jugadores comenzaba a tener mala fortuna, solía ir perdiendo el interés y el derrotero a la quiebra podía tomar un buen rato. No es grato acompañar estoico el triunfo del otro mientras vives tu pequeña desgracia. Menos aún fuera del juego, en los desafíos importantes de la vida.

Concluyo entonces que mi existencia ha sido de algún modo una calle diagonal, desadaptada, que mutila la predictibilidad de las calles que se desenvuelven con arreglo a un plan, creando puntas de diamante en cada corte. Lugares que en general son aprovechados urbanísticamente para componer encuentros, intentando disminuir el trastorno causado por aquel loco capricho del camino que no quiso ser como los otros. Al final, en alguno de esos vértices, la cruzada llega a su fin y ese lugar especial sella aún con más *glamour* el porvenir de la calle transversal. Muevo un momento una de las casitas plásticas que trae el juego; hay de dos tipos: las pequeñas y amarillas

que representan una casa y las rojas, grandes, que dan cuenta de un hotel; la observo con detención y luego la devuelvo al lote. Con un dedo las revuelvo mientras una lágrima inesperada cae por mi cara. Tomo de nuevo una casita y la arrojo a la fuente, después otra. Así, con cada una de ellas. Luego miro los dados, pienso en tirarlos y hacer algo con mi destino según el número que salga. Por unos instantes delibero con ambos dados fuertemente empuñados dentro de mi mano derecha, resuelvo que no hay más que dos alternativas. Pares e impares. Los arrojo al piso, ruedan unos centímetros y ahí está el resultado nítido ante mis ojos: un tres y un seis.

Me pongo de pie, dejando el juego tirado en el suelo y camino, ahora más rápido. Cada vez más, en dirección al río de coches que corre velozmente a unos metros. No me detendré.

DEMASIADO FRÁGILES

1

Yanina era virgen cuando conoció a Sergito, él también lo era, pero no lo sentía como algo especial. Era difícil decirle Sergio a Sergito, pues era un muchacho muy amable y empático; además todas las facciones de su rostro eran infantiles, muy finas, rozando la perfección. Los presentó Edgardo, compañero de curso de Sergito y amigo de la infancia de Yanina, una tarde en que se juntaron con varios chicos en el parque O'Higgins y se embriagaron todos, salvo ella. Yanina vestía unos jeans blancos, ajustados, que terminaron con innumerables manchas verdes de pasto en las rodillas y a la altura de las nalgas, y un peto con muchos vuelitos que la hacía ver más pechugona de lo que era. Sergio usaba unas bermudas y una polera de Rob Zombie, que contrastaban bastante con la ingenuidad del semblante y sus modales delicados. A Yanina le llamó la atención el refinamiento de la barba de un par de milímetros de Sergio y esa manera de hablar sobre el futuro, bastante más madura que la del resto. A él lo que más le llamó la atención de Yanina fue que le prestaba atención cuando hablaba. Y su culo.

El viernes siguiente se juntaron fuera del instituto, de manera supuestamente espontánea. Sergio se disponía a acompañar a Edgardo a un ensayo de su banda *grunge*, pero ir a comerse un lomito con Yanina era bastante mejor panorama, más aún si se trataba de la Fuente Alemana; buscó una excusa inverosímil para la escapatoria. Después de la panzada caminaron por la vereda norte de la Alameda con paso lento, tal vez con miedo a que si llegaban a algún destino que forzara la despedida, la excitante tensión de aquel segundo encuentro terminaría para siempre con un prosaico «nos vemos», de esos que casi siempre son mentira. En algún momento enfrentaron una reja tipo baranda que les impedía cruzar la calle y comenzaron a rodearla, pero al ver el paisaje alternativo, una pequeña placita en el costado surponiente del cerro Santa Lucía, Yanina dijo que estaba cansada y quería sentarse un rato. Eligieron una banca de madera cerca de un farol y ahí, tras una larga charla melosa e intrascendente, se dieron el primero de muchos besos.

Ambos atesoraron el recuerdo de aquel beso en la banquita, fue un episodio simple y fundacional. Pero para Yanina fue incluso más que eso, no le costó nada enamorarse perdidamente de Sergito y a partir de ese momento centró sus propósitos más significativos en él. Antes de la experiencia de la banquita pensaba estudiar, tener una carrera, preocuparse de la familia, cuidar a sus padres y tal vez tener, cuando llegara el momento, alguna relación que trajera uno o más hijos. Después de aquel día, 7 de noviembre de 1993, las cosas comenzaron a girar, cada vez más

rápido, en torno a un porvenir al lado de Sergio. Se obsesionó con atar el lazo con firmeza; en términos concretos que Sergio le pidiera pololeo y luego matrimonio. Estaba dispuesta a tomar la iniciativa e incluso a forzarlo si a él le faltaba determinación. El romance fluía y a él, pese a que era mucho más tímido que los chicos de su edad y efectivamente le faltaba coraje, le sobraba ingenio para jugar con las palabras.

—¿No te molestó que te presentaran como mi polola? —dijo Sergio con bastante naturalidad mientras esperaban el autobús en el paradero de la 248, tarde, después del cumpleaños de una amiga de ella.

—No, *paná* —respondió ella, con una sonrisa etérea.

—¿Y no te gustaría serlo?

—¿Es una propuesta?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De la respuesta...

—¿Cómo así?

—De lo que responderías a una propuesta como esa... si yo te la hiciera...

—Pues que sí —dijo Yanina sin certeza de si respondía a una propuesta o a meras especulaciones.

Sergio le dio un beso profundo y después de eso ambos asumieron que habían dado un paso enorme. Eran pololos.

2

Los papás de Yanina adoraron a Sergio. Su hermana adolescente, Leonor, fue al principio bastante distante con la indiferencia que simulan los púberes cuando sienten atracción por alguien. Ciertamente, le gustaba Sergio, pero no lo suficiente para traicionar a su hermana, y en la medida que lo fue conociendo comenzó a sentir respeto y un cariño entrañable por él.

Sergio vivía con la abuela y una tía, pues sus padres consiguieron asilo político en Suecia el 76, mientras se ocultaban en un desván y él vivía a varios kilómetros con la madre y la hermana de su padre. No hubo tiempo para que escapara con sus progenitores. Sin embargo, recibió de su Yaya y su Mamita como las llamaba, un cariño desproporcionado, contaminado con lástima. Yanina era la pareja que siempre soñaron para Sergio, una chica ideal, atractiva, estudiosa, centrada, respecto de quien no tenían cuestionamiento alguno. Para Yanina dicha aceptación no era suficiente y se esforzaba por llamar la atención de ellas y satisfacerlas con regalitos y buenos tratos.

Los muchachos comenzaron a tener sexo unos días después de formalizar el pololeo. Como tantas otras parejas, Sergio invitó a Yanina a su casa un día que estaba solo. Arrendaron unas películas en el videoclub de la esquina y en algún momento dejaron de prestar atención a una cinta mal grabada con *Indecent Proposal* para hacer el amor, una y otra vez, mientras la película corría hasta el final. Y el resto de la noche, a la luz de la pantalla con la imagen congelada de los créditos. Como si nunca antes lo hubieran hecho, porque nunca antes lo habían hecho.

En la madrugada, Yanina puso un *cassette* con varias canciones lentas en una radiograbadora y le dijo a Sergio que desde que lo había conocido veía el mundo de una manera distinta y que los momentos relevantes, como el mágico encuentro de aquella noche, quedarían grabados de manera indeleble en sus recuerdos. Luego, sentada sobre sus piernas en la cama, mirando de frente a Sergio, comenzó a recorrer su historia juntos, describiendo, con abundancia extrema de minucias, vivencias como la juega en el parque O'Higgins, el primer beso en la banquita, la conversación que formalizó el pololeo, el día que Sergio conoció a su familia y, por cierto, cada detalle del acontecimiento específico que vivían. Yanina le dijo que siempre había soñado con perder la virginidad de la manera como efectivamente había ocurrido: con el hombre que amaba y cuando ella lo decidiera, sin presiones, sin que el dolor de la penetración le impidiera el goce y sin descubrir algún tipo de impedimento o carencia propia o de su pareja. Sergio la escuchó atento y con algo de culpa, constatando que Yanina no vislumbraba ningún tipo de trampa en la invitación a su casa sin avisarle que estarían solos.

—¿A qué te refieres con carencia? —interrumpió Sergio—. ¿El tamaño de lo mío?

—No solo eso —respondió la muchacha mirándolo a los ojos—. Que el sexo sea rico, que dure lo necesario, que seas cuidadoso, apasionado y también que yo cumpla mi parte.

—Pero... ¿te pareció bien el tamaño de mi pene? —insistió Sergio, ignorando el resto de las aclaraciones de Yanina.

—¡Obvio! ¡Es muy lindo! —dijo ella, acercándose a darle un beso, el cual él evadió echándose un poco hacia atrás.

—¿Cómo lindo? —insistió Sergio—. ¿Chiquito, pero lindo?

—No, amorcito: grande y lindo.

—Y eso, ¿cómo lo sabes?, ¿has visto muchos?

—Yo era virgen, te lo recuerdo.

—¡Por eso!

—Una siempre sabe, comentarios de amigas. Algunas veces vi desnudo a mi papá.

Sergio sintió una curiosidad gigantesca por saber más sobre el miembro del papá de Yanina, pero consideró inadecuado profundizar dicho diálogo, mas, consciente de la inseguridad de sus palabras, se abrió a su amada de par en par confesándole que siempre se había sentido poco dotado, que sus amigos solían hablar de dimensiones que lo intimidaban. Ante eso, Yanina lo acarició y le sugirió, con absoluta seriedad y certeza, un cotejo. Se paró, tomó una regla de plástico que estaba cerca del televisor y la acercó al pene de Sergio. Él le aclaró que la medición debía hacerse en estado de excitación y comenzó a estimularse con la mano, con dificultad dada la intensidad amorosa de las horas recientes.

Minutos más tarde procedieron al ceremonial y luego, aprovechando la reacción y la felicidad de Sergio por el registro, algo abultado por la manera de situar la regla que intencionalmente usó Yanina, hicieron el amor por última vez aquel día, escuchando *Yellow Ledbetter* de Pearl Jam. Más que como el día de su debut erótico, Sergio recordaría por mucho tiempo el episodio asociándolo a aquella canción. Para él fue la noche de los 18 centímetros.

Los primeros problemas serios de su idílico camino se produjeron bastante tiempo después, cuando Yanina descubrió unos cuadernos en que Sergio escribía sus vivencias y algunos poemas. Estaban ocultos en una caja plástica, llena de cosas de su tía, al pie de un viejo mueble en el living. En uno de los relatos, el primero al que Yanina le dio una lectura rápida, Sergio elogiaba la

belleza de Leonor, su hermana, empleando las palabras «parecida a Yanina, pero de cabello más claro y mucho más hermosa». Leonor nunca se enteró de aquel escrito ni mucho menos de que Yanina lo había leído. Se dieron un tiempo.

Después de una semana vivieron una dulce reconciliación, las llamadas empezaron temprano, las primeras fueron estúpidas manifestaciones de orgullo a la espera de que el otro dijera que estaba convencido de volver. Finalmente, Yanina le dijo que lo había pensado bien y que lo perdonaba. Sergio sintió un tremendo alivio y la invitó a cenar al Jardín Secreto y luego a un motel de medio pelo en calle San Martín.

En la mitad de la noche Yanina comenzó una vez más a repasar los recuerdos sobre los momentos cruciales de los días juntos, parecía sentirse más excitada por dichos recuerdos que por cualquier orgasmo. Fue la primera vez que hablaron de hijos, sin haber hablado antes seriamente de matrimonio.

Yanina terminó los estudios años después y Sergio hizo lo propio con más dificultades. Intentaron buscar un lugar en el que pudiesen trabajar juntos, pero sus actividades eran muy distintas. Además, mientras Sergio consiguió sin problemas ocupación en un banco, en el que se desempeñó por mucho tiempo, a Yanina le costó mucho conseguir empleo. Las cosas en la casa no estaban bien y eso se notaba en el carácter de ella, buena parte del tiempo estaba silenciosa e irritable. Los obstáculos para conseguir trabajo de Yanina repercutieron también en la dinámica de la relación, la que pese a ello se había desarrollado, habían creado códigos propios, valoraciones compartidas y una infinidad de recuerdos que, de un modo u otro, los condicionaban. Fue precisamente en esos días que Sergio le propuso a Yanina arrendar un departamento en el centro y ensayar una convivencia. La idea a ella le pareció atractiva, como una forma de preparar la familia que soñaba construir, con muchos «pajaritos», como llamaba según su propio dialecto a los hijos, a su lado. Pero temía que fuera una prueba difícil y que no logran superarla, como les había ocurrido a algunos cercanos. Sentía además bastante miedo de abandonar a sus padres, considerando cuánto impactó en ellos la abrupta independencia de Leonor, que se fue a vivir sola a Valparaíso después de la última Navidad. Sus viejos la extrañaban y eran bastante reiterativos en sus lamentos. Yanina pensó que abandonar el nido en ese momento era darles un tiro de gracia. Empero llevaba diez años junto a Sergio, la decisión no debería parecerles intempestiva. El futuro juntos dependía de cómo se planificara e implementara el ineludible nuevo capítulo de la historia.

Para Sergio el giro fue bastante más simple, su abuela, la «Yaya», había muerto meses después de su titulación, y su tía, después de mucho tiempo, encontró un novio aparentemente definitivo, un hombre viudo y con hijos mayores que parecía ser una buena persona. Era obvio que cada uno debía buscar la proximidad física con su respectiva pareja y eso no aumentaría la distancia emocional entre una tía y su sobrino especial. Nunca dejaría de ser su Mamita. Una tarde, después de comer en una pizzería de la esquina de Portugal con Alameda, Sergio y Yanina decidieron arrendar juntos. Fueron horas de conversación para definir el plan, que se hizo carne varios meses después ya que la tarea de buscar un hogar común, que satisficiera sus necesidades y se ajustara a su presupuesto, no fue sencilla.

A días del Año Nuevo de 2003 trasladaron sus modestas pertenencias a un sucucho de sesenta metros cuadrados en un gigantesco edificio en calle Libertad, en el centro de Santiago. Consiguieron una camioneta destartalada que manejó un compañero de trabajo de Sergio. En algún momento del traslado en la radio del vehículo sonaba Nirvana, Sergio dijo en voz alta, fastidiado,

que detestaba el *grunge*, entonces su amigo acercó la mano al control para cambiar de sintonía justo cuando comenzó a sonar *Yellow Ledbetter*. Sergio detuvo abruptamente su mano y le dijo:

—Excepto esta canción, me gusta mucho.

Bajando las cosas, Sergio descubrió una serigrafía enmarcada de un animal que podría ser un gato o un zorro, cuya mirada salvaje lo intimidó. La tomó con ambas manos e inclinó la cabeza para un lado y otro al contemplarla, luego llamó a Yanina y le preguntó con bastante desprecio:

—¿No pretenderás que colguemos esto en el living? —Ella se rio de manera desafiante y le contestó:

—Precisamente en el living es donde va a estar. —Sergio la miró de arriba a abajo, luego chasqueó la lengua y subió al camión en busca de más muebles para descargar.

La convivencia fue complicada pese a que cada uno de ellos hizo muchos sacrificios para que el proyecto resultara; ya eran adultos, no tenían excusas. Yanina estaba muy entusiasmada, pero afectada también por la soledad de sus padres y las constantes frustraciones en su búsqueda de trabajo. Sentía que su destino tal vez fuera ser una buena dueña de casa, abnegada y fiel. No obstante, el aburrimiento del día a día la atormentaba y decidió vender cosméticos por catálogo, aprovechando el gran número de vecinos del edificio, además de la cercanía con otros edificios tan densamente poblados y con el centro de Santiago. Mientras, Sergio operaba como proveedor, trabajando hasta diez horas diarias en el banco. En el verano Yanina consiguió un trabajo de tiempo parcial, con una remuneración exigua, en una agencia de viajes de medio pelo cerca de la Estación Central.

Sergio acusó el aburrimiento de la rutina, engordó veinte kilos y comenzó a perder cabello. Yanina, por su parte, se había cortado el pelo y mantenía una melena que no llegaba a los hombros; había subido también de peso. La atracción física entre ellos disminuyó y él no tardó en buscar aventuras sexuales en su entorno laboral y en refugiarse en la cocaína. La primera vez que fue infiel se sintió muy culpable y casi estúpido, porque la compañera de trabajo con quien se había acostado no le gustaba en absoluto. Pero luego apareció Alejandra, una mujer atractiva, chispeante y bien posicionada en el banco. Casada. El nuevo rol de amante, sumado a las dificultades de la convivencia cotidiana, llevó el estrés de Sergio a niveles insoportables.

Mientras, Yanina, ignorante de la traición, comenzó a asumir los inconvenientes, primero para conseguir trabajo y luego para mejorar las condiciones en la agencia, como clásicas formas de discriminación a la mujer. Abrazó entonces la causa feminista y participó activamente en la campaña presidencial de Michelle Bachelet; abrió además un blog para canalizar sus ideas, al que tituló *SegundoSexo*, firmando sus filípicas con el seudónimo *Yanomás*. Cuidó mucho la estética de su sitio, de colores tierra, letras de fuente sobria y diagramación muy cuidada, como si la hubiese hecho un profesional. Dedicó desmedido tiempo y esfuerzo a su cruzada y, así, terminó por saturar a Sergito.

Un día él le preguntó sobre lo que escribía tan concentrada en el computador y Yanina, a modo de respuesta, soltó un sonoro pedo. Entonces Sergio la increpó:

—Eres una odiosa feminazi, todo lo que dices y escribes tiene olor a regla. Todo lo que haces tiene olor a regla.

La relación se desmoronó en un segundo. Yanina lo miró y ensayó un récord de miradas de odio por minuto mientras resoplaba como yegua y pensaba en qué responderle que no la desperfilara. Que no evidenciara que se sentía agredida en la esencia misma de su lucha, por una mera vulgaridad. Optó por descolgar la serigrafía del living y abandonar en silencio el

departamento en dirección a la casa de sus padres, con aquel cuadrúpedo enmarcado bajo el brazo.

3

El abandono afectó físicamente a Sergio, sentía una presión en la zona occipital que avanzaba rauda por el cuello y el cráneo, junto con una picazón en el pecho. Lo más molesto: un inmenso dolor en las sienes, de día y de noche, que le impedía dormir; como si alguien lo apuntara con un dedo acusador en la cabeza, tratando de perforarla. Esto es la derrota final del amor, pensó. Pero decidió no rendirse. Habló con Alejandra para terminar el romance prohibido, ya no le interesaba y se transformaba, a esas alturas, en un estorbo para cualquier planificación trascendente. Luego de insistirle a Yanina con correos electrónicos e innumerables llamadas —que en su mayoría no contestó y cuando lo hacía solía cortar intempestivamente—, acordaron juntarse a conversar. El lugar elegido fue la placita, en la banca al lado del farol. Habían pasado 72 días desde que ella se había marchado.

La noche que se juntaron hacía frío. Yanina había luchado por convencerse de que lo más sano era la separación definitiva e iba dispuesta a no ceder a las súplicas de Sergio, pero al caminar al sitio de la cita los recuerdos comenzaron a derrotar su voluntad.

Cuando se encontraron, tras un frío saludo, un Sergio bastante arreglado y perfumado, un poco más delgado y con enormes ojeras, la invitó a tomar asiento y le entregó un papel en el que, años antes, ambos habían escrito una serie de proyectos, con fechas tentativas, y ella había dibujado tres pajaritos al pie. Sus futuros hijos. Yanina se quebró y besó a Sergio, saboreando varias lágrimas tibias de uno y otro. Temblando, demasiado frágiles, se serenaron, se pusieron condiciones y luego tomaron un taxi al hogar común donde tuvieron sexo animal por varias horas.

Pero no fue simple continuar al día siguiente como si nada hubiese pasado. Yanina sabía que Sergio era más bien conservador, si no machista, que no compartía buena parte de los principios centrales de su nuevo mundo y que, como si fuera poco, era difícil que abandonara las drogas y se transformara de un día para otro en una pareja fiel. Asumía que era muy difícil que un adulto cambiara sus costumbres, sobre todo aquellas que derivaban de aspectos centrales de su personalidad, y muchas de esas zonas elementales de Sergio, como su inseguridad y su extrema sensibilidad, eran la fuente tanto de lo que odiaba como de lo que amaba de él.

La convivencia cotidiana se envenenó con las crecientes negativas de Sergio a repartir los roles y obligaciones de la casa de una manera que ella estimaba apropiada a la realidad y al respeto que se debían como iguales. Sergio argumentaba que él era quien trabajaba en serio, que su remuneración era el sustento del hogar y que estaba enfermo de los nervios y estresado. Insinuaba que el trabajo de ella era innecesario y que por lo mismo no podía abandonar las responsabilidades domésticas. Yanina soportó la falta de cumplimiento de varios de los acuerdos, más porque no quería sentir que había sido un error volver que por convicción.

Pasado un año, casi no hacían el amor, la salud de Sergio se había deteriorado. Transformado en un bulto, salía a las siete y media de la mañana, para volver a las diez de la noche a ubicarse inmóvil en la cama, con los ojos vacíos, apuntando a un televisor cuya programación no le

importaba. Agobiado, reincidió con Alejandra, quien se había separado y tenía varias aventuras paralelas. Ella le entregó las llaves de su piso para que pasara cuando quisiera. A tener sexo, no a latearla con desventuras que no le interesaban. Un día, al llegar al departamento, la encontró semidesnuda, en cuatro patas, en el suelo del living, mientras el exmarido la penetraba y un tipo, al que Sergio no conocía, exhibía un miembro negro y lleno de venas para que Alejandra le hiciera una felación.

Sergio volvió a la casa tan abatido que olvidó el preservativo que se traslucía en el bolsillo de la camisa. Al verlo, Yanina sacó violentamente el condón de su lugar y se volvió loca. Lo golpeó innumerables veces con un adorno de madera, una bailarina recuerdo de un viaje a Bahía Inglesa, que era lo que tenía a mano, hasta romperlo. Los pedazos rotos en el suelo quedaron como testimonio material de la ira desbocada una vez que se cansó y se encerró a llorar en su pieza, luego de cerrarla con seguro.

Sergio se fue y pasó la noche en un prostíbulo del centro, un lugar decadente, perdido entre las callejuelas más oscuras del norte del casco histórico. De madrugada llamó a un viejo del trabajo, no tan cercano, pero solitario y compasivo, y le pidió la ducha. Mientras buscaba un lugar para depositar sus huesos, durmió varios días en la oficina, soslayando la mirada compasiva de Alejandra.

La noche después del quiebre, Yanina leyó varios de sus antiguos textos del blog. Entonces algunas de esas arengas feministas la devolvieron a la realidad. Repasó mentalmente sus accidentados años al lado de Sergio y descubrió que había sido muy dichosa en la pobreza, y sin tener a su lado un hombre que la amara de verdad. Había sido feliz en medio de la mentira. Le bastó llenarse de ambición y expectativas, que ni siquiera fueron tan contundentes.

De madrugada, a una hora estúpida para escribir, se sentó conforme y optimista frente al computador y comenzó a teclear frenéticamente el testimonio de su relación de pareja, sabiendo que Sergio nunca la acompañaría en su ruta ni en su cama. Sabía además que, por la intensidad de los recuerdos, tantas primeras veces, la edad con que comenzaron el pololeo y la cantidad de años que estuvieron juntos, lo ocurrido no podría quedar atrás con facilidad. Pero entendía también que era un desafío para su dignidad como mujer empezar a vivir su propia historia; extensa o breve, colorida o lúgubre, hedionda o fragante. Con o sin «pajaritos». Como fuera, pero evitando falsear la realidad, aceptando aquella lúgubre convicción de que lo que vendría no podría superar lo vivido, lo perdido. Lo quizás insensatamente abandonado. Escribir enfrentando los hechos, sin asumir un rol de víctima y valorando lo positivo de un noviazgo frustrado, fue terapéutico; habían pasado más de dieciocho años juntos, habían construido un edificio endeble que se había derrumbado, empleando para ello casi la mitad de sus vidas.

Días después caminó por la Alameda, recordando los hitos de siempre: La Fuente Alemana, el paradero de la 248, ahora paradero de varias rutas del Transantiago, la pizzería de la esquina de calle Portugal y la placita al lado del cerro Santa Lucía. Ahí estaban el banquito y el farol. El recorrido le pareció más breve y el panorama más aburrido. Se sentó en un banco al frente del que fue su tesoro para contemplarlo desde una mejor perspectiva, luego sacó de la cartera el papel que la había convencido, años atrás, de insistir en aquello en lo que no tenía sentido insistir. Estaba amarillento y los dobleces habían comenzado a romperse. Pensó en sus viejos que habían formado una familia y aún estaban juntos. Plenos. Ese era el modelo que no pudo imitar, tal vez porque en nuestros días no se puede imitar. Miró los pollitos por última vez, dejó el papel doblado sobre el escaño y volvió a casa.

4

Sergio fue a buscar sus cosas un día convenido y se fue a vivir a un departamento antiguo en Providencia. Le hubiese gustado despedirse de Yanina, pero ella optó por no aparecer ese día. No hubo un adiós definitivo con miradas sosas y palabras de buena crianza. Ella continuó con su trabajo y las actividades proselitistas. Se transformó en presidenta de una organización feminista, la que, gracias al financiamiento del gobierno de Piñera, creció y adquirió importancia en el medio. Tiempo después, la dejó para ingresar al servicio público, su nueva oficina que compartía con una chica de veinticinco años, que le recordaba mucho a sí misma, quedaba a pasos de La Moneda. Alguna vez vio a la distancia a Sergio en el Metro, o le pareció verlo, pues él había comenzado a usar lentes de manera permanente, detalle que le restó certeza a la imagen. No volvieron a hablar. Le mostró a una amiga lo que había escrito y ella le dijo que podría subirlo a un blog o publicarlo. Tal vez no fuera una historia con final feliz, pero resultaba útil para la causa: el relato de una mujer fuerte que se respetaba a sí misma. Un ejemplo a seguir.

Yanina optó por participar en un taller literario que ofrecían un par de señoras maltrechas en el mismo edificio en que trabajaba. Así transformó la historia que había escrito, su historia, hasta dejarla irreconocible, pero mucho más atractiva desde el punto de vista literario. Profundizó el aspecto político del abandono familiar de Sergio y agregó más truculencia a las crisis. Cambió la expresión «pajaritos» por «cachorritos». Agregó personajes, haciendo más frondosas ambas familias, e inventó toda una trama de intrigas en torno a la infidelidad del hombre, a quien transformó en el protagonista para que el activismo subyacente no fuera tan obvio. Creó además un personaje sabrosísimo: la mujer con quien en definitiva Sergio optaba por quedarse, a quien, coincidentemente y sin sospechar, llamó Alejandra. El personaje sufría bajo el filo de la pluma un destino cruel al lado de Sergio, lo que le dejó un sabor algo amargo, pues, ese clímax antes del final abierto, pese a que era la zona de mejor ritmo y mayor densidad de emociones de su novela, parecía ser una forma sutil de venganza. Yanina nunca buscó venganza, de ningún tipo, de eso estaba segura.

Paralelamente escribió otros cuentos feministas que publicó en una modesta autoedición de tapa morada con la silueta de una mujer. El libro tuvo bastante éxito, tanto que la organización que había dirigido, que seguía creciendo, había desarrollado un centro de estudios y una editorial, decidió publicarlo, iniciando con él la colección de ficción. Al lanzamiento en el GAM fue Sergio, se ubicó a bastante distancia de la testera y se fue antes del final de la ceremonia, apenas Yanina tomó la palabra. Ella gozó intensamente el vino de honor en compañía de sus amigos y familiares. Se escucharon suaves melodías de cantantes chilenos, la mayoría mujeres. Nada de *grunge*. Cautivada por la armonía del entorno decidió que el evento sería solo el comienzo, pues tenía demasiadas historias por contar. Mas nunca publicó la novela.

Hace unos días, mientras se dirigía a la casa central de la Universidad Católica a presentar el libro de una compañera feminista titulado *Memorias de mujer*, el flamante segundo libro de narrativa de la editorial, buscó una vez más el banquito al lado del farol, en la plazuela, al costado del cerro. No lo encontró. Intentó, mientras recorría la placita que ahora parecía sucia y descuidada, recordar aquellos pormenores de su relación con Sergio que tantas veces repetía hasta la saciedad y solo encontró una mezcla entre lo que había vivido y lo que había ficcionado. Sintió una extraña melancolía al acordarse de cuántas veces describió esos detalles, afirmando que no los olvidaría jamás. De pronto se quedó quieta, no tenía ganas de irse con esa

sensación de derrota, pero no hubo caso. La hora avanzaba y tenía obligaciones que cumplir.

Se fue sintiendo impotencia frente a la volatilidad de la memoria y una emoción inexplicable al constatar que, no importa si nos esforzamos en cuidarlo o en expulsarlo, ni aquello más intenso del amor de pareja trasciende siquiera a una parte de nuestras diminutas existencias.

TRANSGRESIÓN

No es una idea original, es solo un plan maestro.

No proviene de un chispazo de mi ingenio, sino de toneladas de fantasía que han enriquecido nuestra tradición. En cierta medida, algo de realismo y no ficción han contribuido al esquema. Quiero enfatizar eso porque de lo contrario podrían decir que no soy más que un desquiciado intentando hacerse notar. Para eso está Twitter.

No, lo mío es un homenaje a lo que mejor sabemos hacer: transgredir o trasgredir. Elige la versión que más te guste, con o sin n en medio, significan lo mismo; lo que le da sentido a nuestras vidas. En cuanto homenaje debe ser bello y elegante, por lo mismo decidí buscar modelos clásicos y concluí que un objeto mil veces elegido, y que pese a ello conserva su vigencia, es la irrupción en la ceremonia del matrimonio. De hecho, la famosa fórmula: «Si alguien tiene algo que decir que hable ahora o calle para siempre», es un llamado inequívoco a la transgresión. Pero no por ello le resta espectacularidad. Dejen levantarme, tomar un café con galletas de limón, y luego continuaré contándoles cuál es mi propósito. Si quieren algo, sírvanse, tengo también té verde y otros tipos de galletas, en la gaveta sobre la cocina, no sean tímidos. Están en su casa.

Como decía, la celebración del matrimonio es un evento emotivo y ordenado, en el que las expectativas están puestas en la realización del guion mil veces desarrollado, pero que, pese a todo, no parece monótono. En las Bodas de Caná, Jesús, al convertir el agua en vino, realizó la más hermosa de las transgresiones en el escenario que pretendo invadir. Una irrupción gloriosa, tras la cual muchos terminaron ebrios como cosacos. Fue una forma de transgresión porque desordenó los planes del mismísimo creador: «Y, como faltase el vino, la Madre de Jesús le dijo: ‘No tienen vino’. Jesús le respondió: ‘Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora’». Sin embargo, lo hizo. Desobedeció.

Comprenderán que pretendo hacer una puesta en escena menos epifánica, estoy consciente de mis limitaciones, si pudiera hacer milagros otro hubiese sido mi destino. Tal vez sería famoso. Tal vez sería querido. Pero por ahí va la cosa. Quiero hacer algo teatral, por lo mismo compré algunas vestimentas que servirán para mi ingreso. Pensé en alguna fanfarria, pero tendría que instalar dispositivos de sonido, se perdería el factor sorpresa. Por lo demás me costó la elección definitiva sobre si intervendría en la ceremonia religiosa o en medio de la fiesta. Si lo hiciera en la fiesta no tendría sentido competir con la estridencia de la música. Por eso y por otras razones que omitiré, será en la ceremonia religiosa, con su piadoso ambiente, y de preferencia en el momento del Ave María. Está lejos de mi esfera de decisiones, pero ojalá elijan el de Bach, el de Schubert está un poco trillado.

Antes de salir, me voy a dar una ducha y me afeitaré con una navaja. A la antigua. No me voy a

depilar, esas siquieras no son elegantes. Mi cuerpo no es atlético, pero es funcional a mi propósito; la desnudez en sí no es bella ni fea, depende de la superficie desnuda que contemplamos. Pero siempre es transgresora, desde el Génesis en adelante, pese a que es aceptada en el arte, desde hace mucho tiempo tiene escasa aceptación en la calle, en nuestras actividades cotidianas. En nuestras bodas. Hoy en día nadie en su sano juicio se escandalizaría por la contemplación de un desnudo en una pintura o escultura. No tendría sentido sentirse ofendido, impactado o herido al ver a los humanos tal y como somos, descubiertos de vestimentas u otros accesorios. Pero otra cosa muy distinta, e igualmente carente de lógica, es afirmar que todo cuerpo desnudo es bello. Podré lamentar mucho y empatizar con alguien que ha perdido una extremidad, pero tras esa desgracia su cuerpo perderá armonía. Tiene sentido cuidar tu organismo, por una cuestión de salud, pero cuando caes en el exceso solo revelas un déficit de personalidad, un vacío existencial. Por eso el fisicoculturismo es rampón; en el equilibrio está la clave; construyendo equilibrios generamos un entorno óptimo para que el género humano se sublime a través de expresiones genuinas y desinteresadas de transgresión. Espérenme un rato, ahora debo ducharme, a veces me demoro porque el calefón no funciona muy bien.

Me costó tomar una decisión acerca de las vestimentas. Pensé también en una barba gris, como el marino que irrumpe en el casamiento descrito por Samuel Taylor Coleridge, para contar la historia de la maldición que recae en el pobre ser que segó la vida de un albatros. La apariencia debe ser cuidada en la obertura, algo misterioso pero firme. La idea de la barba me seducía, de hecho, hace días que no me afeitaba, como lo hice metódicamente por años. En cuanto al traje, me decidí por una túnica verde oscura. Si me dicen «como la de Harry Potter», los mato. Es una túnica larga y opaca, de un verde muy oscuro, casi negro, que podré lucir y luego desprenderme de ella con facilidad para quedar desnudo. Transgresión pura. Tuve que comprar una mochila de idéntico color, para los insumos, de lo contrario mi apariencia sería asaz horrible; eso fue mucho más difícil. Veo un problema, eso sí, elegí estas sandalias *Crocs* porque debo quedar completamente desnudo y actuar en ese momento de manera inmediata, por eso debo desprenderme de manera muy ágil del calzado. Pero no me convence la apariencia de estas chancletas, se ven demasiado posmodernas. Creo que será mejor usar unos zapatos muy holgados, sin cordones. Voy por ellos, vuelvo en un segundo.

Sería de gran ayuda que las puertas del templo estén abiertas, Ben Braddock tuvo más dificultades de las necesarias en *El graduado*, porque, sin mayor explicación, las puertas de la iglesia estaban cerradas. ¿Se imaginan un matrimonio en Chile con las puertas cerradas? ¿Cómo entraría la horda de invitados atrasados? Sin embargo, Ben pudo rescatar a Eleine —la novia que no deseaba el matrimonio— y consumar la transgresión. Una transgresión ruidosa, violenta y bastante antiestética que terminó en un vulgar bus de pasajeros, con los amantes prófugos sentados en los últimos asientos. Espero encontrar estacionamiento cerca, porque pesa mucho. ¿Estamos listos? Vamos al auto. Es por allá, al final del pasillo, a mano derecha.

Esperen un momento, a propósito de vehículos vulgares, mi auto está demasiado sucio. Lo voy a lavar antes, si no, comenzarán a especular sobre mi estado mental y emocional después de mi detención... Sobre todo si el auto es un Cadillac Eldorado. Y no quiero que personajes tan básicos como los policías especulen acerca de mi psiquis. Soy un ser humano normal y lo que haré es valioso, ya verán. Me voy a poner un overol para lavarlo. No se muevan de aquí.

Quizás les llame la atención que tenga un auto clásico y caro, pero soy viudo, gano un buen sueldo y puedo gastar en cosas que valen la pena, como libros, ropa y un buen auto. El Cadillac es

un muy buen vehículo, no sería yo en un Mercedes Benz o un Camaro, supongo que a estas alturas les hará algún sentido la distinción. Pero lo mío no es obsesión, ¿ven ese abollón? Sí, ese sobre el parachoques, puedo vivir con él. Tampoco necesito lavarlo todos los días, de hecho, ya vieron el lamentable estado en que estaba. Es solo un auto, no la extensión de mi personalidad, aunque diga bastante sobre ella. No lo humanicemos ni aumentemos su importancia. Pero, ya que estamos en esto, pongámosle un poco de cera.

También tomo buen vino y uso ropa de calidad. Lo medular es no creer que uno es mejor persona por ser más educado o tener mejor gusto, esa creencia es expresión de la peor de las chabacanerías. Lo importante es sentirse satisfecho con lo que uno es y lo que uno hace, incluso cuando llega la hora de transgredir. Un ejemplo nítido de transgresión de mal gusto lo encontramos en *El Padrino*, cuando el vulgar negociante le hace una propuesta delictual a Vito Corleone, a la que el Don responde con el emblemático: «Vienes a mi casa, el día de la boda de mi hija y me pides que mate por dinero». Lo que en realidad hace es desenmascarar una forma ramplona de transgresión, eso es lo que quiero evitar. ¿Qué les parece? ¡Cambia la cosa! Parece un auto del año, cuando lo veo limpio y reluciente me convengo de que rojo cambridge metálico es el mejor color para este modelo, mejor que el azul zodiaco, que tal vez no se ve tan desmejorado cuando está algo polvoriento.

Luzco impecable, mi auto está limpio, encerado y mis materiales están a mano, dispuestos de manera ordenada. ¿Les hablé de las armas? Claro que no, es de mal gusto comenzar hablando de algo tan técnico y agresivo. Dispongo de un arma corta, una Glock 17 de primera generación, con corredera retenida y una Máuser que puede ser adaptada como arma larga. Tal vez podría lograr mayor simetría con dos pistolas idénticas, pero en definitiva creo que emplearé primero una y la otra después, y me tomaré, en la medida de lo posible, un respiro entre ambas. Alguna vez pensé decir en ese momento dos o tres ideas centrales sobre la lógica de la transgresión, una perorata básica pero esclarecedora. Pero no, convendremos que si la transgresión se explica, ya no es transgresión. Siéntanse afortunados por lo mismo, forman parte del selecto grupo de almas que tendrán alguna noticia de la razón de la sangre. La idea es disparar lo menos posible, me sitúo a años luz de aquellos adolescentes locos que un día amanecen sensibles o deprimidos y parten al colegio a matar a todo el que se cruce por su camino, eso es simplemente estupidez. Chicos que encuentran en la muerte una salida cobarde y se quieren llevar consigo a un buen lote. Partiendo por los que se burlaron de ellos y les hicieron mucho daño. A mí nadie me ha hecho daño.

Mi idea es disparar a los novios, a nadie más en la medida de lo posible. Un tiro a cada uno. Certero, a matar. De ese modo, la desnudez, expresión sublime de pureza de mi suma transgresión, pasará a segundo plano. Nunca el fallecimiento de una persona será una situación para aplaudir, es un hecho intrínsecamente desgraciado. Pero si quieres hacer un pastel tienes que quebrar huevos. Dios no dudó a la hora de consentir o planear la muerte de su primogénito por una finalidad superior. Mi principal misión como ser humano es consumir la transgresión a la que me encuentro llamado, independiente de que una de las víctimas sea mi hija, es lamentable, pero necesario.

Sin duda se trata de una transgresión luminosa, si leen bien a René Gidart dejarán de buscar una y otra vez las respuestas en *Edipo Rey*: Cuando hablaba de «la naturaleza ecléctica de la transgresión incestuosa», de uno u otro modo estaba señalando mi camino. Toda forma de originalidad artística anterior, después de mi intervención, no será más que un aburrido exordio.

Son las dos de la tarde, llega la hora de salir, es bastante lejos. No, no quieren saber más detalles del matrimonio de mi hija, tampoco quieren saber quién es ni mucho menos con qué

extraño espécimen pretende contraer matrimonio. Haré una pequeña concesión a su morbosa curiosidad, y a su tranquilidad moral, revelando que es un miserable *new rich*, sin un origen ni un destino que valga la pena tener en cuenta.

El día es radiante, los objetos parecen relucir. Incluso en este sucio rincón. Permítanme revisar mentalmente pormenores de la puesta en escena. Sí, aquí, de pie, al lado del auto, ya no queda tiempo para ir más lejos. ¿Cómo evitar llamar la atención se preguntarán? ¿No debería acaso llevarla del brazo al altar? ¿Es que pretendo en algún momento salir y volver en el instante indicado? La respuesta a todas esas preguntas es una sola y simple: no estoy invitado. Prefiero evitar las explicaciones al respecto. Solo diré que las razones no tienen nada que ver con mi forma de ser, mis gustos ni mis actos. El quiebre ocurrió cuando ella se fue de la casa, hace muchos años, me reservaré los motivos. Únicamente diré que fue antes, incluso de que enviudara. Cuando los invitados me vean entrando con mi túnica verde, les parecerá algo exótico, pero estoy seguro que supondrán que lo que busco es un rencuentro. Por lo mismo, podré acercarme con la mirada serena y nadie me invitará a salir de manera poco amistosa. Y si alguno lo hace, la transgresión tendrá que ensuciarse con más sangre que la necesaria.

El bolso está pesado, siento algunas gotas de sudor en la frente, parecen indicar preocupación o debilidad, ¿no creen? Nada más erróneo, es solo porque el esfuerzo de cargar el bolso y poner a punto el auto me han hecho sudar. Menos mal que traje un pañuelo para limpiarlas. Uno como los de antes, como los que ya no se usan, de algodón, con mis iniciales bordadas. La ansiedad me corroe... ¿Quién es usted? ¡No me toque...! ¿Cómo qué me aleje del auto? ¡Es mi auto...! ¡No abra ese bolso...! ¡Le aseguro que puedo salir de este lugar cuando yo quiera! ¡Soy un hombre libre! ¡No! ¡No son de juguete!

¡No son de juguete!

EL MIEDO

«¡Qué duro es contemplar, cuando estuvo a mano la felicidad, con qué torpeza la disipó la insensatez!».

Arthur Schopenhauer.

Luna tomó el sobre. «Señora Luna Quevedo», había escrito Aarón con letra infantil, casi burda. No necesitó saber más pormenores, entendió cabalmente la tragedia que anunciaban aquellas tres palabras. Había sentido miedo antes, todos conocemos el miedo; miedos circunstanciales, miedos infundados, miedos místicos, miedos pueriles. Pero a lo de ahora el nombre le quedaba chico. Las otras formas de llamarlo —horror, pavor, terror— no pasaban de ser exageraciones propias de películas clase B. No se trataba de una consecuencia de su ser femenino, ella era una mujer fuerte, su historia había sido una constante demostración de valor: Luna la niña abandonada, la puta, la traficante; luego, Luna un ejemplo de rehabilitación, Luna enamorada... En ese trayecto había perdido la libertad y a varios de los que amó. También perdió un seno.

La muerte se paseó por su círculo cercano, comenzando por el deceso de su tío Boris, cuando Luna tenía trece años. Él era su referente paterno, el hombre que la crio en concordancia con ciertos extraños códigos barriales, en la casa de sus abuelos. Lo adoraba, le aceptaba su flojera, su drogadicción, su suciedad e incluso algunas caricias malas que recibió de él y que hoy se deshacían en el olvido. Luna se entristeció mucho y temió quedar más desvalida de lo que ya era, cuando le diagnosticaron el cáncer a Boris. Tan solo dos meses después él falleció y la desesperación que violentaba a su enjambre familiar, además del patente sufrimiento físico de su tío, había nublado su percepción de la realidad. Un miedo a borbotones aleatorios, como retorcijones, que ella pensó que no superaría jamás y sin embargo no tardó en derrotar.

Optó por irse de la villa. Le robó el monedero de la Cato a su tío Daglas, ese en el que guardaba la plata del negocio, y se fue. Lo más lejos que pudo, noventa kilómetros al sur en línea recta, al lugar recomendado por algunas amigas. Se trataba de la sugerencia difusa pero bien intencionada de la polola de un soldado de la Banda de Los Moto y también de otras dos chicas, no tan amigas, que trabajaban en un *topless* de mala muerte, cuyo letrero decía «Siluetas», pero al que sus clientes llamaban «Zorras y tetas»; mujeres algo mayores que Luna, pero avezadas. Le aconsejaron irse a aquellas tierras pues eran el lugar ideal para comenzar una nueva vida, siempre y cuando consiguiera el respaldo de la *Madame* Sol, lo que no le costaría mucho porque Luna era bonita, trabajadora, limpiecita y obediente.

Llegó así a un paraje simple en el acceso norte de Graneros. Luna tenía alguna experiencia sexual y prostituirse no le parecía más repugnante que limpiar baños. Sin embargo, estaba ansiosa: no podía volver, no podía fracasar.

¿Podríamos evaluar honestamente sus decisiones? Es difícil. Consiguió dinero, se independizó. A los veintidós años había reunido un pie para un departamento minúsculo en Peñalolén, y poco después conoció a Sotito, su primer amor; un camionero rubio, macizo y de buenos modales que viajaba periódicamente al norte. Sucesivos e interminables viajes en que a veces no era droga lo que transportaba. Se fueron a vivir juntos, a la propiedad de Luna y ella comenzó a vender falopa y a estudiar Estética Integral. Le fue bien en sus dos actividades hasta que un día, instantes después de que un desconocido le comprara dos *monos*, los muchachos del OS7 irrumpieron en su hogar y rompieron cuanto encontraron. Luna sintió pánico: dos días antes Sotito había traído bastante *merca* y estaba ahí, a la vista, como un exótico plato de fondo en medio de la mesa del comedor; era casi un kilo. No alcanzó a esconder la droga, ni la balanza ni los pequeños papeles recortados a tijera, de hojas de cuaderno. Los policías revolvieron y destruyeron buena parte de sus recuerdos, incluso los íntimos como cartas y fotografías; además sus productos y herramientas de trabajo. Del otro trabajo. A pesar del desastre, Luna sintió algo de alivio porque Sotito estaba muy lejos en ese momento y, sabiendo que la habían detenido a ella, podría enterarse y huir.

No dejó de amarlo pese a que jamás la fue a ver al Centro Penitenciario Femenino en San Joaquín, era lógico que no pudiera ir. El fiscal y su propio abogado defensor le pidieron que lo delatara, para que la pena fuera menor. Pero ella se mantuvo firme en aquella lealtad propia del amor ciego.

Estuvo casi dos años en la cárcel y luego debió cumplir una libertad vigilada por un tiempo más. Nada mucho peor de lo que había sido su infancia y juventud.

Con el certificado de cumplimiento en la mano comenzó desde cero, como Dios manda. Le tomó algún tiempo, pero desistió de buscar a Sotito, se lo sacó de la cabeza y asumió que el mágico romance, destinado a durar para siempre, había terminado y emprendió con fervor un camino nuevo.

Nunca más supo de Sotito, sin embargo, la dolorosa búsqueda por suburbios de la capital, paraderos de camiones, plazas de pesaje y puntos de venta de marihuana y pasta base, le obsequió una nueva pareja; otro camionero: Fernando.

Fernando se movía en grande, no solo con jale, también con armas y gente: peruanos, colombianos, dominicanos y haitianos; en general mujeres y niños que esperaba, arriesgando el pellejo en medio del desierto minado y empleaba luego en Santiago en sus otros giros, o se los entregaba al Mono Santelices, quien proveía a las fiestas del barrio alto de carne fresca para orgías de diversos tipos, y a parejas, en general extranjeras, de hijos más o menos morenitos, con la totalidad de la documentación al día. El Mono trabajaba con un doctor, a quien llamaban con pompa por su inventado apellido compuesto: Gyllén-Funes. Luna pensaba que esa denominación era real y que correspondía a un nombre de pila y un apellido. Aquel matasanos se dedicaba a la parte más lucrativa del negocio: los órganos humanos. De un solo chiquillo se podía obtener, con suerte, hasta un millón de dólares. Pero de eso no supo más que rumores imprecisos y Fernando mantuvo los detalles herméticamente ocultos. También participaban de la red funcionarios de varios servicios públicos; ellos eran los tentáculos del modelo delictual de negocios, burócratas de tercer orden que permitían que la cosa funcionara como reloj.

Luna dejó de trabajar para dedicarse al ocio, se cambió a una casa grande en Macul, donde vivía con la hermana de Fernando, su pareja y los dos hijos de ellos. Fernando llegaba rara vez, lo suficiente para que Luna fuera feliz. Feliz pese a que, tal vez por alguna infección venérea, contraída en los duros días de Graneros, no pudo tener hijos. Intentó un tratamiento de fertilidad en la clínica especializada Monte Blanco. Pero no resultó y la solución más simple estaba en sus manos.

Una de las pocas veces que fue con Fernando a la oficina del Mono Santelices, cerca del Terminal Pesquero, revisó varios álbumes de fotos en una sala de estar, sucia pero acogedora, en un segundo piso de un lugar de arquitectura inverosímil: la parte más precaria del primer piso, en la que funcionaba una sandwichería, soportaba las tres o cuatro habitaciones de material sólido del segundo piso. Estuvo toda la tarde mirando los ojos y la sonrisa de niños de distintas edades y colores. Se decidió por un colombianito, muy blanco para ser mulato, de un año y dos meses. Se llamaba Aarón Caicedo, quien, tras las conversaciones de rigor, pasó a llamarse Aarón Urrutia Quevedo. Fueron a celebrar a El Ancla, con camarones y vino blanco. Luna tenía entonces 35 años, había logrado lo que quería y poco le importaba que Fernando le fuera infiel. Si es que, como algunos le decían, había otra u otras.

Conocer a Aarón, embriagarse de su sonrisa, de sus juegos y su mirada ingenua, fue la mejor parte de la vida de Luna. Llevarlo al jardín y luego al colegio, comprarle ropita y juguetes, conocer a sus compañeritos y a sus muy normales familias. Cada vez que una felicitación de un profesor, una presentación en el colegio, una cena en familia o cualquier otro detalle insignificante llenaban su corazón de alegría, pensaba que la única manera que pudo conducir a aquel maravilloso estado emocional había sido precisamente el camino que ella había elegido, episodio tras episodio. Que cualquier otro esfuerzo no habría resultado; sin duda estaría viviendo aún en el chiquero en que sufrió sus primeros años, en medio de vicios vulgares, insalubridad y delitos ordinarios.

Desde pequeño Aarón demostró ser un niño más despierto que la media, con extraordinaria facilidad para el aprendizaje y muy curioso. Como todo crío, durante un período significativo apabulló a los adultos con preguntas sobre su entorno.

Una tarde mirando el bloque policial en un noticiero de la televisión abierta le preguntó a Luna qué eran las drogas, ella se tomó un tiempo para contestar. «Son cosas que la gente usa para sentirse mejor, pero hacen muy mal, por eso están prohibidas», le dijo. Aarón, sentado en el sofá, apoyó los codos sobre sus muslos y puso ambas manos bajo su barbilla, así mientras continuaba viendo el noticiero, parecía sumido en profundas reflexiones. Luna lo observó con inquietud y pensó agregar algún tipo de juicio tranquilizador, pero antes de que pudiese intervenir el pequeño afirmó con convicción: «La gente que vende esas drogas, sabiendo lo mal que hacen, debe ser muy mala, ¿cierto, mamá?».

El mundo bajo el techo del grupo familiar de Luna se desarrolló de manera corriente con el paso de los años, ella armó un emprendimiento de cosméticos naturales, perfectamente lícito, salvo en lo relativo a su financiamiento original. Ella se resistió a entender que en el fondo se trataba de una forma de lavado de dinero, pues empezó con tan poca plata que ese detallito no podía empañar lo bien que funcionó el negocio. Sabía que era autoindulgente, pero quería silenciar parte de la verdad completando una transformación definitiva. Su nuevo mundo era brillante hasta que comenzó a sentirse inexplicablemente muy cansada, no podía desarrollar con fluidez sus obligaciones domésticas, ni siquiera seguir el ritmo de los juegos de Aarón. Cuando

los exámenes mostraron un tumor de cuatro centímetros en su mama izquierda, sintió miedo de perder lo que había logrado con inmenso sacrificio, ahora que su existencia estaba llena de sentido y pasión. Este nuevo miedo era más que otra cosa un desafío y así lo entendió Luna a la brevedad. Se trataba de una sensación extraña que se manifestaba como un llamado a luchar, a seguir luchando. Y a eso estaba acostumbrada.

Afrontó las terapias con templanza y con el tiempo la enfermedad se esfumó, intentó que los suyos no la compadecieran y se mostró tan enérgica como pudo, si quería llorar se encerraba en el baño y luego de unos garabatos salía para asumir sus tareas. Gracias a aquel trabajoso disimulo, Aarón nunca dimensionó la gravedad de la enfermedad de Luna. Verla completamente calva, pero sonriente, le pareció una excentricidad más de su madre. Un día ella lo sorprendió frente al espejo del baño, lanzando tijeretazos en su morena cabellera y debió explicarle que él se veía muy bien tal y como estaba y que ella pronto usaría de nuevo el pelo largo, como antes. La mirada de decepción de Aarón estuvo a un tris de quebrarla, pero logró mantener la serenidad con algo de calor en las mejillas.

Luna decidió no usar prótesis después de la extirpación del seno, pese a la insistencia de Fernando. La mutilación cumplía un rol importante, le permitía expiar sus culpas, sentir que no tenía ninguna deuda por el mal que había causado y que, de alguna manera, como parte de la familia a la que pertenecía, seguía causando.

Como una forma de demostración de su respaldo, Fernando le propuso matrimonio. Luna lo rechazó, no era amor lo que faltaba, había perdonado, aún sin certeza, aquellas supuestas infidelidades, lo consideraba un buen padre y en esencia una buena persona. Pero ella sabía lo que él hacía, aunque cada día desviara su mirada para que los vestigios no la salpicaran y el matrimonio —un par de papeles banales, meros formalismos— contaminarían su perfecta tranquilidad hogareña y su éxito empresarial, de aquella faceta sórdida y oscura de Fernando. Él buscó otras maneras de complacer a Luna: fiestas, regalos, viajes. Durante 43 años lo más lejos que había estado de Santiago había sido en Graneros, en un par de años conoció, en compañía de Aarón, Brasil, Argentina, México, casi la totalidad de Europa, China y Singapur.

Aarón era pequeño cuando viajaron por una semana a España. Paseando por la Plaza Mayor de Madrid, el niño corrió hacia un vendedor ambulante que ofrecía frasquitos de agua con espuma jabonosa y un palillo para hacer burbujas; a escasos metros otro joven de pelo largo y vestimentas estafalarias, daba un espectáculo grandioso con pompas de jabón enormes, apoyado en música de Mike Oldfield. Aarón le prestó atención solo a las pequeñas burbujas que eran arrojadas por decenas al viento por aquel joven de piel muy oscura y sonrisa amplia que parecía gozar cada vez que lanzaba al viento nuevos globitos; idénticos, inestables, efímeros. Luna le dijo a Aarón que se fijara en el show de las burbujas grandes, algunas del tamaño de un ser humano, pero no hubo caso: «El señor se puede enojar si le revienta su globo», le dijo, para luego seguir persiguiendo embelesado las esferas cristalinas pequeñas; corría tras ellas, las reventaba, intentaba capturarlas. «A veces el tamaño no es lo más importante», les dijo el vendedor, mientras Luna le extendía un billete de cinco euros. El hombre que apenas había oído hablar a los adultos, pero interactuó un buen rato con el pequeño, les preguntó al final si eran colombianos. «Apostaría que lo sois — insistió y mirando al niño remató—: Tú eres cartagenero, ¿no?». Luna tomó fuertemente de la mano a Aarón y salieron de inmediato de la plaza.

No fue la única vez, también en Ciudad de México, haciendo fila para entrar al Museo Nacional de Antropología, Luna se sintió muy incómoda cuando algún curioso les preguntó si eran

colombianos. Y mucho más cuando, tiempo después, Aarón le propuso con entusiasmo viajar a Cartagena de Indias. La negativa radical de Luna desconcertó a Aarón, quien ya sospechaba de las actividades de su papá. Consideremos que si bien Fernando trataba con mucho cariño a Aarón, nunca se sintió un auténtico padre, sus emociones no afloraban con la naturalidad necesaria para sustentar un vínculo potente. Le fue imposible cruzar la barrera de la verdad.

Una tarde de primavera, mientras caminaban a casa, de vuelta del colegio, a Luna le pareció que Aarón tenía la cara congestionada, como si hubiese llorado. Pensó que los compañeros podrían estar molestándolo y le pidió que le contara lo que le pasaba. El niño aprovechó la oportunidad y fue directo, hablando fuerte y sin vacilación: «Yo no me parezco a ustedes, mamá; por favor, sean sinceros conmigo. No va a cambiar nada, pero no quiero que me mientan». Luna sintió quemante aquel antiguo miedo que la afligió durante la enfermedad de su tío Boris, el miedo de perder a un ser querido; ahora al más querido de todos. Sin embargo, no encontró valor para hacerse cargo de sus actos e insistió tozudamente en el engaño. Le cogió ambas manos, se agachó para mirarlo a los ojos con fijeza y dijo: «No hables tonteras», en los instantes siguientes parecía que continuaría alguna explicación más convincente, tomando un par de veces aliento como para comenzar; sin embargo, su determinación se fue desinflando y terminó por guardar incómodo silencio. Ya en la casa, le dijo a Aarón que le dolía mucho la cabeza y que podía salir a jugar con sus amigos.

Aarón resultó ser un buen alumno y en los ensayos de la PSU sacaba puntajes sobresalientes, sobre todo en matemáticas. Mientras, Luna y Fernando soñaban con un futuro promisorio; el muchacho sería un profesional serio y respetado; un arquitecto, un ingeniero, tal vez un médico. Aarón sentía que vivía momentos cruciales y solía pasar tardes enteras meditando, intentando adoptar las decisiones correctas, encerrado en su dormitorio en absoluta soledad. Leyó a Erich Fromm y Hermann Hesse. Fue así que optó por irse para siempre. A Colombia, a Cartagena de Indias, donde iniciaría la búsqueda de sus raíces con serenidad. Para ello siguió las indicaciones que el propio Mono Santelices le entregó a escondidas, a cambio de una interesante suma de dinero que Aarón tenía en una cuenta de ahorros que Luna había abierto para su futuro. Con dieciocho años recién cumplidos podía hacer con su destino lo que quisiera.

Esperando el vuelo que lo llevaría muy lejos comenzó a sentir un gran alivio, pero también miedo. «Aquí no hay lugar para cobardes», se repitió un par de veces en voz alta momentos antes de abordar el avión. Había dejado arriba de la mesita del living un sobre con una larga carta en la que describía lo que había sufrido, cómo se había enterado de la verdad y afirmaba con enternecedora convicción que pretendía que su vida, y la de todos, no fuese más que una vida real. Agregaba que estaba agradecido y no guardaba resentimientos. Varias gotas de lágrimas diseminaban la tinta antes de la firma. En el sobre solo se animó a escribir: «Señora Luna Quevedo».

LA ISLA

El collar de flores que me colocan a la salida del aeropuerto está bastante maltrecho. Hace mucho calor y la humedad me descompono. El vuelo, que debió demorar seis horas, duró siete y media y mi fobia a los aviones, además de problemas de presión y el cansancio acumulado, me pasaron la cuenta. Lo único que quiero es irme de una vez al hotel y me abordan con ese collar de flores tan lamentable. Bostezo con la boca bien abierta y le pido a Sandra, mi mujer, que tome su maleta para que nos larguemos rápido y acto seguido le grito a Natacha, su hija, que viene de regreso del baño del aeropuerto con toda tranquilidad, que se apure. Me levanto un segundo los lentes de sol para revisar la reserva del hotel y veo a la distancia a una mujer contoneándose con las manos en las caderas, mientras se saca la foto de rigor con el collar de flores. Entrecierro los ojos y los abro lo más que puedo, una y otra vez, para convencerme de que es ella. No cabe duda, Nancy está también en Rapa Nui.

Me cuesta largos minutos volver a concentrarme. La única vez que había estado por estas tierras fue hace más de quince años y no tenía mucho interés en volver. Pero Sandra y Natacha querían conocer los moais, y tomar jugos tropicales en Anakena. Todo empezó cuando, como actividad de su clase de música, Natacha bailó pascuense, ataviada con un atuendo típico de buena confección. Se veía maravillosa. Ella investigó más sobre la música y la cultura rapa nui y su entusiasmo creció. Nos propuso el viaje. Y luego insistió hasta que no me quedó otra alternativa que rendirme.

Si bien Hanga Roa ha crecido, el pueblo es demasiado pequeño aún y será difícil evitar a Nancy por cinco días. O una semana. Es la duración habitual del viaje turístico, pero si tengo suerte su permanencia podría ser más corta. Si no, y ha venido a hacerme la vida imposible al último confín del mundo, la cosa se pondrá negra por un buen rato. Como en los viejos tiempos.

Mientras bajan las maletas en la puerta del hotel, las chicas cantaban *Kaoho mai koe mamaruau, Maite tiare mamaruau*. Me tienen enfermo con la cancioncita. Mientras me chequeo les digo que iré a dormir una siesta; que aprovechen de ir al *Ahu Tahai*, que queda cerca, y que saquen muchas fotos, desde distintos ángulos. Agregó, de manera irónica, que no se les vaya a ocurrir rayar los moais, porque no pienso sacarlas de la cárcel.

La habitación matrimonial es amplia y confortable; son pocos los hoteles en la isla, y los buenos menos aún, este sin duda es uno de ellos. Los muros no tienen adornos, salvo un cuadro con una enorme fotografía en que aparece una mujer polinesica de amplia sonrisa, con una falda, un corpiño y una corona de plumas blancas y múltiples y enigmáticos dibujos marrones y blancos sobre la piel. Abajo dice *Tapati*, con letras grandes. Recuerdo que se trata de la celebración típica de los rapanuis y que alguna vez pensé que si volvía lo haría para presenciar esas actividades y

competencias. No fue así.

Me tiro sobre la cama e intento dormir un rato, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Nancy y su sonrisa maligna, posando socarrona frente al fotógrafo. Revivo en mi memoria algunas de nuestras peleas más violentas. Golpes, tirones de pelo, insultos. Uno de sus múltiples rasguños me dejó una cicatriz de un par de centímetros bajo el mentón. Agreguemos momentos de vergüenza en la calle y en mi oficina, y verme obligado a cambiar la chapa de mi casa. Puede estar ocurriendo cualquier cosa, pero ella siempre muestra esa risa maldita, ya sea que esté enojada, nerviosa o triste, da lo mismo cualquier emoción; en el fondo no es más que un tic mórbido. Es la imagen que me tortura. La veo incluso en la pascuense de la foto. A veces lamento no haberla matado cuando pude.

Es de noche y salimos a cenar fuera del hotel, la comida es cara en Isla de Pascua, pero prefiero ir a un lugar sofisticado, de lo contrario puede aparecer ella. A ella le gustan las picadas. Arrendamos una camioneta Nissan NP 300, gris, grande, petrolera, ruidosa. Mientras las mujeres me muestran entusiasmadas las fotos con los primeros moais y las que sacaron de paso en el cementerio (un curioso atractivo turístico de Rapa Nui), no emito sonido. Miro a través del gran ventanal que da hacia la calle una y otra vez. Es una noche oscura, se ven los transeúntes que pasan por fuera del restaurante, iluminados por la escasa luz artificial. Terminamos de cenar y cuando les propongo irnos, Natacha dice que quiere una porción de *po'e*. Sandra pide un expreso. Mientras, me voy a fumar un cigarro a la calle. Reviso el celular, la señal es débil, examino mis redes sociales con parsimonia. Comienzan a caer escuálidas gotas de lluvia con un destino aleatorio a causa del viento, una cae en mi cigarro. Siento frío, salí con una camisa muy delgada. A la distancia se acercan dos mujeres caminando por la acera del restaurante. Una de ellas parece ser Nancy. Mantengo mi posición en la puerta de entrada, dándoles la espalda, oculto bajo el ancho dintel, simulando una conversación telefónica. Pasan frente a mí y siguen caminando, ahora estoy seguro de que una de ellas, la más alta, es Nancy. Aunque no le veo la cara, su fisonomía es inconfundible; es ancha de hombros, piernas muy delgadas, casi esqueléticas, siempre usa ropa muy ceñida a las caderas para lucir más curvas de las que en realidad tiene, a veces usa relleno en el corpiño pues no tiene mucho busto. Hoy viste unos jeans ajustados hasta bastante más arriba de la cintura, una blusa clara y una parka café sin mangas. Apenas pasan tengo la certeza de que es ella y entro sin más al restaurante.

«¿Con quién hablabas?», me pregunta Sandra. «Pega», respondo cortante, consciente del rubor en mis mejillas, no sé qué hacer para disimularlo. «Hace calor acá», digo cambiando el tema, «afuera está helado».

Pienso que el mejor de los panoramas para mañana es un paseo al volcán *Terevaka*, un lugar fuera de los circuitos turísticos masivos. Menos posibilidades de toparnos accidentalmente. Las mujeres quieren ir a *Anakena*, no me queda más remedio que aceptar, es a lo que vinimos, además no quiero que sospechen.

Tras un abundante desayuno en el hotel, salimos en dirección a Anakena, visitaremos varios sitios turísticos durante el itinerario. Hay un camino interior, más rápido, que nos llevaría directo a la playa, pero las mujeres prefieren la ruta costera, con un sinnúmero de detenciones en áreas patrimoniales. Pararemos al menos en las más importantes. Le digo a Sandra que dormí muy mal, culpando a una supuesta dureza en el colchón y le pido que maneje. Me ubico en el asiento del copiloto y lo reclino hasta dejarlo casi horizontal. A los cinco minutos me duermo.

Despierto un rato después, nos estamos estacionando. «Eres muy fome, papá», dice Natacha,

«viniste a Rapa Nui a puro dormir». Me encanta cuando Natacha me dice papá. No le costó nada acostumbrarse a vivir con un extraño en la casa; es una chica fantástica. Me levanto torpemente y salgo de la camioneta. Estamos en el *Ahu Akahanga*, uno de los menos llamativos, los moais fueron derribados en esta parte en algún momento, parecen apilados a la espera de un mejor destino. Como están boca arriba, o boca abajo, se pueden observar mejor sus rasgos faciales y los detalles de la confección. Me conmuevo al contemplar a estos titanes de piedra en el suelo, tan vulnerables, considerando que antaño se erigían imponentes sobre su podio. Este *ahu* me trae bellos recuerdos del viaje anterior, cuando vine con mi madre, mi tía y mi hermano. Respiro hondo y lo que siento es un rocío de juventud. Camino tras las mujeres. Natacha se ubica frente a los moais abatidos, lanza una carcajada enérgica y luego posa con los brazos extendidos marcando una línea casi perfectamente diagonal y le grita a Sandra que le saque una foto. «Pero estos son feos, se cayeron», le responde su madre, con una mueca de disgusto. Pienso en la apreciación estética de la caída. De la derrota. Siento la necesidad de contradecirla, pero no quiero iniciar un diálogo espeso. Corro hacia Natacha, la abrazo y le grito a Sandra: «Ahora estoy yo, la foto no puede salir fea».

Después de incontables tomas, volvemos al auto, enderezo el asiento, detecto unos papeles y otras cosas en el receptáculo de la puerta del copiloto. Comienzo a revisar; son copias de transferencias electrónicas hechas a la automotora. Considerando los montos, deben ser de un arrendatario anterior, pero además hay una foto de 10 × 15, con borde blanco, en que aparece una pareja en *Rano Raraku*, se ven felices. La foto es buena, salvo porque el fotógrafo puso un dedo sobre el visor y tapó una parte de la imagen. Supongo que por eso la desecharon. Además, hay un dulce, un chupete con envoltorio rojo. Leo: «Chupa Chups». Se lo muestro a las chicas y pregunto: «¿Todavía les dicen *Kojak* a estos dulces?». Sandra se ríe y me pregunta qué es *Kojak*. Comienzan a bromear sobre mi edad, entre sonoras risotadas. No me queda claro si desconocen todo antecedente sobre *Kojak* o si fingen dicha ignorancia para burlarse con propiedad. Le quito el envoltorio al dulce y comienzo a chuparlo. Me miro en el espejo retrovisor, no sé si me veo más joven o más ridículo. Tal vez las dos cosas. Minutos más tarde llegamos al *Ahu Tongariki*, el *ahu* más espectacular de la isla; del caramelo no queda casi nada, me miro una vez más en el espejo, tengo la boca y los labios rojos. «Límpiate», me dice Sandra. «De ninguna manera, me veo mejor así, las fotos van a salir más...». Me quedo pensando en un adjetivo que no encuentro, Natacha dice: «Coloradas». Nos quedamos un largo rato en el lugar. Gracias a Dios no hay muchos turistas, por lo que he conseguido tranquilizarme y olvidar la presencia de Nancy.

Llegamos a la playa, es hermosa, aunque el viento molesta un poco. Me cuesta bastante hacer un agujero en la arena para instalar el quitasol, pero finalmente lo logro. Luego me tiendo sobre una toalla, usando un traje de baño con múltiples imágenes del Pato Donald y una polera negra que no estoy dispuesto a sacarme por nada del mundo. Las mujeres ríen y juegan en la arena y el mar como si tuvieran cinco años. Traje un libro, más con la intención de tapar mi rostro que de leer, sin embargo, ahora lo leo con relax. Es interesante, trata sobre el planeta Marte, su origen, particularidades y de cómo algún día podríamos viajar allá y colonizarlo. Miro hacia el horizonte y me siento muy pequeño, pero distendido y feliz.

Hemos pasado un día más en Rapa Nui y por lo menos no ha ocurrido ningún desastre. Acabamos de tomar desayuno y ahora caminamos por la calle principal, en busca de algunos recuerdos y también de un lugar donde comprar algo para comer y repelente para mosquitos que necesitaremos usar durante el paseo del resto del día. Las mujeres están fascinadas, viendo pareos

y sombreros en una tienda. Yo estoy en la entrada mirando el celular. Una mujer se agacha a mi lado, mirando unos adornos, puedo verle el trasero muy redondo atrapado en unos pantalones rojos, de nylon, se trasluce un hilo de ropa interior insignificante; trato de mirar sin que se note. De pronto, la mujer se pone de pie y voltea. Es Nancy. No puedo entenderlo, pero no me di cuenta, me siento como un ratón con un fierro sobre el cuello un instante después de haber sido atrapado por la ratonera. Me mira y sonrío muy ladina: «¡Qué sorpresa!», dice, con cinismo. Trato de contenerme, pero necesito decirle en este mismo momento que no conseguiré su objetivo. Miro a las mujeres, Natacha se está probando algo, Sandra mira en dirección hacia mí. Tendré que dar explicaciones. «Espero no molestar», dice en atención a mis evidentes gestos de incomodidad. Tras unos instantes de silencio tenso, se disculpa. «Parece que no andas solo, ¡pásalo bien! Es muy lindo este lugar». Camina unos metros, atraviesa la calle y entra a un auto sedán blanco, creo que es un Chevrolet. Un auto grande con varios años de funcionamiento; muy sucio, con múltiples rayones y abolladuras. En su interior hay, al menos, dos personas. Ella se sienta atrás y el auto parte segundos después.

Sandra se acerca y me pregunta quién era. Mis pulsaciones están a mil, pero creo que logro disimular, le digo que trabaja en el edificio donde está mi oficina. Entusiasmada con una salida de playa, mi mujer no le da mayor importancia al encuentro. No puedo dejar de pensar en el auto, parecía un auto convencional y maltrecho, nada especial. Mientras estuvimos juntos siempre odié la altanería de Nancy, esa expresión de autosuficiencia con que me recordaba a cada momento que yo no tenía un origen acomodado, como el de ella. A veces incluso noté un poco de lástima. Pero jamás fue refinada y ahora se viste de manera todavía más vulgar y anda en un auto económico. A lo mejor es de algún conocido suyo de la isla. Mala señal, de ser así lo más probable es que su estadía sea prolongada.

Durante el viaje a *Rano Kau*, que iniciamos una vez provisionados, manejo en silencio, tratando de disimular mi preocupación. Llevo una botella de agua con sabor a pera en la cavidad al lado de la palanca de cambios y cada vez que puedo le doy un sorbo, presa de la ansiedad. Tengo que tomar la iniciativa, decir cualquier estupidez, para que no se note mi inquietud, las mujeres son demasiado perceptivas. «La vegetación de acá es muy distinta a la de Chile», afirmo convencido. «Estamos en Chile se supone», me contesta Natacha, en un tono desagradable, entre molesto y sorprendido por una ridiculez supina; eso me sirve, puedo mantenerme en silencio y pensarán que me enfadé, es lo que hago siempre. Mientras, la imagen invasiva y peligrosa de Nancy aparece una y otra vez en mi cabeza. El resto del día no es más que un trámite, una vez que viste un moai, los viste todos. Si fuiste una vez a *Rapa Nui*, a menos que te hayas enamorado del lugar, lo que es bastante frecuente, no tiene mucho sentido volver.

Es de noche y no puedo dormir. Natacha ronca en su habitación, Sandra me acaricia la espalda e intuyo que quiere hacer el amor. Le digo que hoy no. Me responde que lo único que busca es cariño, no penetración. En definitiva, tenemos sexo; un encuentro breve y mecánico, que es un auténtico desahogo. Después conversamos, le cuento que Nancy representó una parte muy mala de mi vida, que me hizo daño con sus intromisiones y venganzas. Que todavía le tengo miedo. Invento haber visto a una mujer similar en la isla, sin decirle que tengo la certeza de que es ella. Me dice que jamás tema reconocer cuánto me afectó esa ruptura, por mucho tiempo que haya pasado. Me acaricia la cara, diciendo: «Es cuando somos heridos que realmente aprendemos». Sé que no son sus palabras, pero no le pregunto a quién se las escuchó o dónde las leyó. Da lo mismo quién lo haya dicho, es cierto, pero por mucho que lo sea no quiero estar eternamente aprendiendo. Está

bueno ya.

El día siguiente, camino a *Anakena*, visitamos *Rano Raraku*, el circuito es largo y muy amplio, no es difícil ocultarse si uno percibe algún peligro con forma de mujer. Me siento seguro acá, en el lugar en que se supone fueron forjados los moais. Entro en confianza y se los presento con bastante seguridad y grandilocuencia a las mujeres, como si fuera un guía turístico. No parecen hastiarse de la uniformidad facial de estos monumentos, que podría entenderse como un emblema de aburrimiento y molestia a ojos de buen occidental. De pronto Sandra tropieza y se cae sobre su rodilla izquierda; queda bastante maltrecha, pero puede caminar con algo de dificultad. Decidimos partir, no hay mejor panorama que la playa. Se instala con la pierna estirada en la parte de atrás y Natacha se instala en el asiento de copiloto. Llegamos a *Anakena* y compramos jugos y empanadas de camarón con queso, en unos locales típicos. Después nos instalamos en la playa a haraganear el resto del día. Sandra se baña mucho rato, tal vez con la ingenua expectativa de que el agua de mar alivie su contusión en la rodilla. Natacha me cuenta que está enamorada de un compañero de colegio. Le digo que tenga cuidado, que deje que las cosas se den con naturalidad y que, si no es así, es mejor; insisto en que el colegio es un lugar para estudiar; le digo con convicción que ya tendrá tiempo, toda una vida, para el amor. Ella parece hablar un lenguaje distinto, con énfasis distintos, con expectativas diferentes. Recién entra en aquella primitiva etapa en la que el principal problema del amor es el desamor. Llega un grupo grande de turistas a la playa, a la distancia me parece ver que una de las mujeres es Nancy. Pero cuando se instalan a metros de nosotros constato que no es. Definitivamente no es. Siento una morbosa curiosidad por la apariencia de Nancy en traje de baño, supongo que usaría uno muy provocativo si viniera a este lugar.

Voy a dar una vuelta, a metros de la playa, a cierta altura, hay unos moais, desde ahí se puede dominar el lugar con la vista, deseo que ella llegue para poder mirarla en paz. Ya no siento el temor del primer día, creo que en el encuentro sorpresivo de ayer se mostró demasiado cauta, sería un exceso temer aquellas truculencias de nuestros últimos meses juntos o, las peores de todas, esas de los primeros meses tras nuestra separación.

Me aburro, vuelvo a la playa, me siento con las piernas cruzadas sobre la toalla, contemplando la puesta de sol, y termino de leer el libro sobre Marte, mientras Sandra y Natacha hablan del amor y del sexo en la juventud. La muchacha está relajada, irradiando complicidad con su madre. Envidio la fluidez de esa relación. Pienso una vez más en Nancy. ¿Tendrá hijos? ¿Deseará tener hijos durante lo que le resta de fertilidad? Calculo que no debe ser mucho tiempo. Para mí el asunto está cerrado con Natacha, a ella la adoro como si la hubiese engendrado y, por lo mismo, no siento ningún tipo de vacío o insatisfacción por no haber sido la causa eficiente de la existencia de un ser humano.

Ha pasado una semana desde que llegamos, no he vuelto a ver a Nancy, pero aún pienso en ella más de lo que me gustaría. Con menos miedo, con algo de nostalgia e incluso con cierto erotismo. Desearía encontrármela y decirle con absoluta franqueza: «Pensé que me perseguías y la verdad me hubiese gustado, te extraño, me gustaría ser importante en tu presente. Quisiera que nunca nos hubiéramos separado».

Ya hemos recorrido toda la Isla, incluyendo el *Terevaka* y una infinidad de cavernas negras y agrestes. En una de ellas me di un fuerte golpe en la cabeza, que me obligó a usar una venda grande ayer; hoy solo un parche. Estamos llegando a la playa de *Ovahe*, un lugar casi oculto, de arenas tanto o más blancas que las de *Anakena*. Las mujeres quieren practicar *snorkel*, un

lugareño les dijo en el hotel que la variedad de colores y diversidad de la flora marina era inigualable. Dijo también que pusieramos atención a los cuarzos, sello distintivo del fondo marino. No pretendo caer en el juego, sino leer una vez más mi libro sobre Marte, creo que cuando volvamos a Santiago buscaré otro para profundizar en el tema. Estacionamos el auto a gran distancia y nos acercamos, saltando entre las rocas que ocultan la playa. No hay otra forma, es un reducto maravilloso, pero muy pequeño y escondido, casi clandestino. Cuando llegamos, cerca de las cinco de la tarde, la playa está casi vacía, hay solo una pareja tomando sol. Ella, una mujer de unos treinta años, tal vez rubia, se desabrochó el sostén del traje de baño. Veo su espalda descubierta muy bronceada, con múltiples lunares y manchas. El hombre, de unos cuarenta años, barbón y de ojos azules, también está muy tostado, y en muy buen estado físico. La mujer nota nuestra presencia y se abrocha como puede el corpiño del traje de baño, sin levantarse.

Las chicas entran al agua mientras yo me quedo leyendo. Traje unos pistachos en una bolsita y comienzo a comerlos con entusiasmo. Me instalo a unos seis metros de la pareja, no puedo evitar escuchar la conversación. La voz aguda de ella y sus risotadas retumban como truenos. Es enfermera y le describe unas escenas macabras del Instituto Traumatológico, entre carcajadas siniestras y comentarios desafortunados. Me pica la herida y decido sacar la vendita y meterla en la bolsa de los pistachos. La pareja se da unos besos que me hacen salivar, intento concentrarme en la lectura mientras guardan silencio e inconscientemente llevo una y otra vez los dedos a la herida. Ha comenzado a brotar una gota de sangre.

Después de unos minutos constato que se acabaron los pistachos, amarro bien la bolsa para no dejar las cáscaras en este bello lugar. La mujer vuelve a hablar y le dice con tono melancólico: «La Nancy se debió haber quedado». Él no contesta. Ella continúa luego de unos instantes: «No me quedó claro si está pololeando o no con el pascuense». Él se ríe muy fuerte. «¿Cómo va a ser pololeo si el huevón vive acá y ella en Santiago?». «De todas maneras, creo que vio a su ex en la isla», insiste la mujer, acercándose al hombre. «Un caso siquiátrico, un celópata de mierda, y por eso se fue». Arrojo el libro a la arena, me pongo de pie y corro hacia el mar, con rabia, con muchas ganas de gritar.

Una vez dentro, mientras me refriego la cara una y otra vez, intentando que no se note, lloro.

BILLY

Ayer en la tarde, mientras veía *La noche de los lápices* en el *notebook*, horrorizado por el salvajismo policial de la película, alguien tocó el timbre de la casa. Salí a ver quién era y me encontré con dos pacos que habían dejado su patrulla estacionada sobre la cuneta. Me asusté más que la mierda, comencé a hacer una revisión mental de mi comportamiento reciente. Lo más cercano fue lo de las tres lucas que me pelé hace más de diez años y no tengo la más mínima intención de contar detalles. Y una cazuela medio satánica que dolosamente cociné en unas cabañas de El Quisco, durante las vacaciones del verano pasado, que tuvo a varios del grupo con diarrea por días. El caso es que me espanté mucho, me quedaron los testículos en la garganta.

Pero no, no venían a detenerme, era la pareja de mi tío Billy que me andaba buscando. ¡Qué sorpresa enterarme de que estaba vivo! Sentí una emoción extraña, entre melancolía y lástima. El sargento Candía, eso decía la insignia, me dijo que debía llamarla. Que era urgente. Supuse que me entregaría un número telefónico para que yo hiciera la llamada con tranquilidad, dentro de la casa, pero en lugar de eso marcó él mismo y me pasó su celular cuando ella contestó. No la había escuchado hablar antes, creo, por lo que con las primeras palabras dichas por una voz maltratada por el tiempo y bastante apesadumbrada, me sentí muy frágil. Asumí que estaba siendo víctima de alguna forma sofisticada de fraude, en que, si los pacos no estaban participando, sus disfraces eran realmente buenos. Para qué decir la patrulla. ¿Qué podía hacer? ¿Pedir auxilio a carabineros de verdad? Pero luego de los lamentos genéricos de aquella viejita, los detalles del relato comenzaron a parecerme reales. Nadie como ella podía conocer el proyecto incompleto que había sido Billy, ni cómo dañó a la familia, ni cómo sus enfermedades, incluso las ocultas, lo habían llevado tan tardíamente a la muerte. Pero había ocurrido. Ese día, unas horas antes. Y lo que me pedía la viuda tenía cierto sentido. Me suplicaba que le hiciera un lugar a mi tío en nuestra bóveda familiar en el Cementerio General y que cooperara con los gastos mortuorios del singular medio hermano de mi papá. Creíble, no me pedía ninguna transferencia inmediata y además me insistía en que debía ir al velorio. Creíble, pero muy descarada, considerando que yo no veía a mi tío desde el 93 y la escasa o nula cercanía afectiva con la familia. Nunca había estado con nosotros cuando necesitamos ayuda.

Billy fue una de las ramas endebles del árbol genealógico de la familia. Mi abuelo era funcionario de ferrocarriles, en una época en que aquello era una buena noticia. Lo malo: murió atropellado por un vagón de treinta toneladas, dejando tempranamente toda la responsabilidad de la descendencia a la viuda, Fidelisa. Sus dos hijos, uno de nueve y otro de cuatro años —mi padre—, tuvieron que acostumbrarse a la fuerza a vivir sin el gran referente paterno que él era. Mi abuela encontró refugio en un pintoresco cité, en una casita que era de un hermano suyo, un hombre

misterioso; no se sabe mucho de su historia, pero, al parecer, era dueño del conventillo completo.

El lugar era bonito, un típico callejón estrecho encerrado por altas y descascaradas murallas de adobe, en el corazón del barrio Franklin. Con múltiples cachureos y plantas en medio, ubicados allí como escollos estratégicos para evitar que los chicos, jugando a la pelota u otra salvajada, metieran mucho ruido. Allí Fidelisa conoció a su segundo marido, Aurelio, un hombre rudo y silencioso. Quitado de bulla, pero no ajeno a los vicios. Con él la abuela tuvo dos niños: Guido y Billiano —el tío Billy—, ambos criados como choros, entre los más fieros de la ciudad: los del Matadero. Aurelio nunca mostró interés en corregir a los chicos, y las permanentes peleas con mi abuela, que incluían golpizas —ella nunca reclamaba, continuaba con las labores domésticas, tapándose los machucones—, llevaron a mi padre a reprenderlo y enfrentarlo. Pero mi viejo era pequeño y malo para los combos; no tuvo éxito alguno.

Billy fue lo único que podía ser: un pandillero, peleador, mujeriego y alcohólico. Él y Guido se parecían a sus hermanos mayores en lo mandados a hacer para el trago, pero se diferenciaban en que ambos habían desarrollado al máximo su carácter pendenciero. Les encantaba pelear entre ellos y con cualquiera que les diera excusa. Un día, cuando Billy aún era un muchacho, al ver a su madre lastimada y dando por sentado que había sido golpeada por Aurelio, sin hacer pregunta alguna, caminó directo al comedor. El viejo tomaba un caldo criaturero para recuperarse de una borrachera. Billy pateó la mesa, lo agarró firmemente del cuello, lo miró a los ojos y le dio dos golpes de puño que lo mandaron a besar el suelo de cemento pulido, noqueado. Todo en silencio, sin comentarios. Aurelio supo desde ese minuto que no podría seguir abusando de su mujer.

Pero Billy no necesitaba una razón profunda para agarrarse a combos, estaba en su esencia. Guido, por su parte, aprendió a boxear en alguno de los gimnasios del sector. Veía a su hermano Billy en cada saco de entrenamiento y en cada contrincante que enfrentaba en las prácticas. Billy, sintiéndose desafiado, ingresó a una academia de karate, una de las primeras en Chile; una excentricidad. Se destacó, y mejoró sucesivamente el color de cinturón hasta llegar al negro. Tal devoción por las artes marciales le permitió compensar en cierta medida el deterioro que en su organismo había causado la adicción al pipeño, al aguardiente y a un vermú de dudoso origen que metían en botellas usadas de Cinzano. Si al menos hubiera sido selectivo en lo que tomaba, la decadencia no hubiese sido tan violenta. Era macizo, alto, pero su estructura corporal no era óptima: piernas cortas, al igual que los brazos, una cabeza comparativamente grande, un cuello más bien luengo y delgado. Su trasero era sobre todo largo; ni grande ni chico: largo. Y sus pies, verdaderas empanadas, con empeines altos y anchos. Físicamente Guido y Billy eran muy similares, pero Billy, pese a ser menor, era un pelín más grande y mucho más fuerte. De rasgos toscos y un poco más moreno. Le gustaba usar poleras que dejaran a la vista los músculos, conseguidos gracias a la práctica deportiva y a su trabajo como cargador. Además de karateca, dicen que era bueno para las pesas. No sé si habrá sido tan multifacético. Descollaba también en otro tipo de duelos, con apuestas incluidas y adornados por gritos y arengas costumbristas: los certámenes de carga de sacos de papas, que eran de dos tipos: de peso y de cantidad de sacos acarreados contrarreloj. En sus brazos los sacos parecían bolsitas de té.

Con los años, las peleas salvajes fueron dejando secuelas en los cuerpos de los muchachos, pero el de Billy acumuló más cicatrices y tatuajes. Al entrar en la adultez, la sola presencia de estos hombrones intimidaba, especialmente la de Billy: la mirada dura y el porte altanero, generaban una especie de aura que inquietaba a cualquiera que se cruzase en su camino. Por eso las pandillas de ladrones y traficantes del Matadero se los pelearon, pero ambos mantuvieron su

independencia. A combo limpio. La manera de hablar de Billy no le favorecía tampoco. Además de vulgar y básico, su voz era algo aguda. Por lo mismo, desarrolló mucho el lenguaje corporal, que lo llevó, entre otras cosas, a un éxito extraordinario con las mujeres. Apoyado en su pinta de choro, pero bien arreglado, con cadenas de oro, camisas ajustadas o poleras sin mangas, y kilos de gomina, dejó que su imagen hablara por él. Sin mucho filtro, tuvo mujeres para aburrirse y algunas para el olvido; y buena parte de las enfermedades venéreas comunes de la época.

Una de aquellas damas fue especial, la más linda del barrio. Se llamaba Gilda, tal vez de origen italiano. Consiguió lo que ninguna había podido: robarse el corazón de aquel hombre de piedra. Con sus cabellos rubios y ojos celestes, y bastante más refinada que las mujeres del sector, era una reina de belleza natural. Billy llegó a ella con flores y una sonrisa. El romance fue breve y apasionado, pero tuvo un desenlace tortuoso cuando ella lo dejó por otro tipo con más plata. Billy no volvió a ser el mismo. Tiempo después se emparejó con la que supongo fue la mujer que me llamó, de quien no tengo más antecedentes. Era la hija de «El Rey de la Papa», el hombre con el puesto más grande dedicado al tubérculo en el mercado del barrio Franklin. El título nobiliario que adquirió al incorporarse a su nueva familia, no consiguió que Billy se hiciera cargo de los dos hijos que tuvo con ella como corresponde a un padre. Ambos hijos, siendo aún muy jóvenes, y aburridos del infierno que significaba descender de aquel antihéroe, optaron por irse. Nunca más se tuvo noticias de ellos.

La última vez que vi al tío Billy fue en el funeral de mi papá. Debería haber tenido entre 48 y 50 años. Hacía más de diez que mi madre no lo veía y le costó reconocerlo; era otra persona, había perdido la musculatura y la facha de galán. Yo lo vi, pero no crucé ni media palabra con él, estaba hecho un desastre, incluso se veía más pequeño. El terno prestado con el que llegó le quedaba grande. Su nariz colorada reventaba con erupciones y terminaciones venosas en toda la gama de colores entre el violeta y el azul marino. Sus ojos habían empequeñecido y descansaban sobre unas ojeras monumentales. Movía la mandíbula de un lado a otro, insinuando que muchas cosas no encajaban bien dentro de su boca. Usaba un bastón corto, caminaba con dificultad. Pero lo que más me impactó fue verlo casi calvo, yo recordaba la espesa melena negra que lucía en las fotos.

Esa vez andaba con una mujer algo menor que él, morocha, de cabello rizado y teñido muy amarillento y con numerosas raíces blancas. Tal vez era la mujer con la que hablé por teléfono. Lo abrazaba y consolaba como si estuviese sufriendo en serio. Eso no me cuadró. Entiendo que le dio el pésame a mi vieja, pero conmigo no habló, ni hizo el intento.

Días después, comentamos su presencia en unas onces familiares. René, el hermano mayor de mi papá, nos contaba algo tristón peripecias increíbles de su medio hermano. Una vez, borracho, le pegó a una monja hasta dejarla inconsciente, reclamando a quienes lo contuvieron que era un hombre disfrazado para robar. Otra vez se equivocó de botella y se tomó un buen trago de agua de cubas. Decía mi tío que tal vez le hizo bien, que algo ayudó a limpiar el desperdicio que tenía por dentro.

Sin duda la mejor de las anécdotas fue la del día en que, curado como huasca, comenzó a pelear contra su imagen en un espejo de la academia de karate. Como sus movimientos eran débiles, debido a la borrachera, se demoró en quebrarlo. Cuando despertó le contó a Guido: «No me vas a creer, tuve un combate con un hombre muy grande, me costó un mundo, pero lo vencí; el problema es que al final me empezó a atacar con vidrios».

La mañana siguiente escribí un *wasap* a mis excompañeros de curso —tontones con los que me

es difícil hablar algo en serio— y les relaté la insólita escena de los pacos en casa, trayéndome las súplicas de la viuda de Billy. Reconocí que yo hubiese apostado cualquier cosa a que había muerto hacía un rato. Es más, si mi mamá hubiera descubierto alguna señal de vida de Billiano, por débil que hubiese sido, asumo que lo hubiera buscado para ayudarlo, él siempre había sido respetuoso con ella. Casi siútico. Aunque mi madre nunca lo decía ni lo demostraba, tiendo a pensar que lo quería harto. Les conté también, sin muchos detalles, en medio de las agotadoras bromas de *chat*, quién era mi tío Billy y les pregunté a los que son abogados, qué debía hacer. Coincidieron en que mandara a la señora a buena parte y me dieron sólidos argumentos legales, apoyados en artículos e incisos de leyes de número apabullante. Pero yo, mientras más leía los consejos, más me convencía de que Billiano merecía un lugar en nuestra tumba. No sé si honores, pero al menos un lugar para que sus restos reposaran con cierta dignidad, cerca de aquellos que fueron su familia. Por mucho que la relación no hubiera sido óptima.

Sin duda iré al velorio, y en algún momento brindaré con la viuda, tal vez con bigoteado, para lamentar la ausencia de aquel rústico hombre y de su inconfundible estilo que ya no tiene cabida en un mundo de *millennials*.

Debo expresar mi enorme gratitud a quienes me han apoyado en este camino, en especial a mis colegas escritores José Antonio Lizana, María Eugenia Lorenzini, Francisco Morales, Christopher Rosales y Maivo Suárez.

También a los buenos lectores que respaldan mi trabajo, como Nicolás Bocaz, Marcelo Leiva, José Miguel Morales, Macarena Pinto y Andrea Ríos.

Vaya un agradecimiento especial en esta oportunidad para Miguel Ángel Gutiérrez, quien nos contó con cierto pesar, en un chat de cuarentones infantiles, el relato del cual nació "Billy".

A Barbara Feldon, muchas gracias por una serie de profundos suspiros que aún no termina.



Roberto Rabi González (Santiago, 1974) es escritor, abogado de la Universidad de Chile; profesor y magíster de Derecho Penal y Procesal Penal y fiscal adjunto de la Fiscalía de Chile. Forma parte también del Colectivo de Escritores Deportivos Independientes.

Es coautor, de *Relatos Azules, algo más que fútbol* (2013) que obtuvo el Reconocimiento Nacional en categoría Relato del Instituto de Historia y Estadística del Fútbol Chileno. También de *Relatos fiscales & privados* (2014). Autor de los libros de cuentos *Santiaguinos* (2015) y *Malparidos* (Forja 2016) que obtuvo el Premio de la prestigiosa Revista Lector en su categoría el año 2017 y *Cuentos en tinta azul* (2018). Su obra más extensa, en coautoría con Gustavo Villafranca, es *Toda la historia de la U* (2017), texto de más de 800 páginas en que se revisa en su totalidad la historia del fútbol del cuadro estudiantil. Compilador de las tres antologías de relatos y crónicas deportivas *Una forma de vida* (2014, 2016 y 2019).

Demasiado frágiles (Forja 2019) es su último libro de cuentos.

Si el estilo literario es el hombre o la mujer mismos, aquello que en palabras los refleja de cuerpo y alma enteros, el estilo de **Roberto Rabi** lo dibuja también en toda su dimensión: sinuosa y honda. Sus relatos están anclados en un mundo reconocible, el Chile de hoy, aquel que en breve será ayer, pero las historias escritas anhelan dejar una huella, un surco, una raíz.

Para ello usa armas literarias tan sutiles como efectivas: un lenguaje apegado a los hechos y situaciones que desenvuelve, personajes que hablan como sienten y anhelan y desenlaces de impacto, cuyo efecto permanece. Así, “La belleza del séptimo día”, “Mañana, cinco de mayo”, “El miedo”, “La isla”, y los demás que componen el volumen, dejan marcas no demasiado frágiles en quien se asome a recorrerlos.